

A photograph of a person walking away from the camera on a dirt path through a forest. The trees are covered in autumn foliage, with yellow and orange leaves. The lighting is warm and golden, suggesting late afternoon or early morning. The person is wearing a dark jacket and pants. The overall mood is solitary and contemplative.

EL HOMBRE QUE CAMINABA SOLO

CLAUDIO HERNÁNDEZ

El hombre que caminaba solo

Claudio Hernández

Primera edición eBook: diciembre, 2017.

Título: El hombre que caminaba solo.

© 2017 Claudio Hernández.

© 2017 Diseño de cubierta: Maialen Alonso.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados

Este libro se lo dedico a mi esposa Mary, quien me aguanta cada día, mis niñeces, como esta. Y espero que nunca acabe. También dedico este mi libro a mi suegro que fue un padre para mí, y sé que desde el cielo o al lado mío, sigue riéndose cuando escribo. Él siempre sabía que era capaz de hacer cosas como esta, pero quería arrancarme un graznido. Él ha conseguido todo mi amor y lo llevo dentro de mí. Para tí.

El hombre que caminaba solo

1

Con el otoño llegaron las castañas y las setas, aunque nunca las recogió. El hombre que caminaba solo, hacía eso; caminar. Los laberintos del bosque eran para él recuerdos y sosiego, pero una trampa mortal cuando el jodido Alzheimer le jugaba una mala pasada. Claro, no debía andar solo por el bosque. Horadando con su encorvado cuerpo, los frondosos bosques, y los milenarios caminos angostos, unas veces cuesta abajo, otras, hacía arriba. El hombre que caminaba solo, se inspiraba en la naturaleza, para dejar atrás todo el sufrimiento vivido por la desgracia de su mujer, Maria Ángels, quién, desde hace décadas, ocupa una silla de ruedas y tiene que acostarla alzándola como una vieja muñeca de trapo, porque... Porque su hija ya no estaba con ella.

Revivir aquellos momentos le resultaba doloroso y solo los primeros rayos de luz le hacían sentirse bien. Incomodo, pero al fin y al cabo bien. Sabía que estaba vivo. El accidente pudo ser peor. Él conducía con demasiada lentitud, pero un kamikaze de la carretera lo había apartado de su línea blanca, escupiéndolo como un proyectil hacia el barranco. Todo dio vueltas y vueltas, pero ella no lo llevaba puesto; el cinturón de seguridad. Y salió despedida por la ventanilla como un trapo deslavazado. Pensó que se había ido para siempre. Aquella sangre, el crujir de sus huesos escuchándose junto con los golpes de campana del coche. Aquel grito ensordecedor. Y cuando al fin el coche se detuvo, incrustado en un enorme roble, la siguió viendo por el espejo retrovisor, que no se había movido de su sitio. Ella no se movía. Era un bulto entre la maleza. Desde entonces, el hombre caminaba solo. Para pensar. Para olvidar. Porque ella se había quedado paralítica y nada fue igual. Nada.

O quizá no fue así. Él olvidaba muchos recuerdos y el accidente era uno de ellos. No. No había sucedido así. La realidad era que en el accidente ella

estaba sola, patinando con su coche sobre la helada calzada hasta empotrarse contra un árbol. Pero lo había olvidado. Como tantas cosas olvidaba, aunque todavía conservaba una lucidez inquietante cuando era él. Su mundo parecía irreal. Tan irreal como todo lo que vendría ahora.

Que difícil era comprender una mente enferma.

—Una castaña —susurró Emilio mientras la punta de su mocasín removía las hojas muertas, para sacar a la luz una enorme castaña—. Está mordida —añadió hablando solo. A los pájaros que estaban callados o al propio silencio, que solo un frondoso bosque puede crear. O quizá no; algunas veces el viento lloraba entre aquellas ramas y lo llenaban de tristeza.

Levantó la vista del suelo y miró las ramas de los árboles. Cerca debía haber un castaño. El sol intentaba colarse por esa telaraña de ramas que parecían una vieja alfombra tejida por miles de hilos. Sus ojos, arrugados, no se cerraron. Bajó la cabeza y siguió caminando solo. Como lo hacía habitualmente desde décadas. A veces con las manos entrelazadas a su espalda, el resto con los brazos inertes a ambos lados del cuerpo y muy pocas veces, con las manos hundidas en sus bolsillos del pantalón, que habitualmente eran de pana. Incluso en verano.

Emilio media un metro setenta y pesaba desnudo, sesenta y dos kilos, muy lejos de aquellos noventa kilos de años atrás, cuando le daba duro a las pesas; el culturismo. Ahora estaba encorvado y su carne estirada como la piel de un lagarto. Estaba pálido y donde antes había una melena, ahora había una incipiente calva y a los lados, el cabello muy corto, color ceniza. Tenía todos sus dientes y ya estaba jubilado. La mella de las cinco operaciones a lo largo de su vida por hernias discales, no le permitían andar muy deprisa, pero el temple lo tenía helado. Era tranquilo y lloraba con las películas. Sin embargo, no lloraba por su hijo al que abandonó cuando el chiquillo tenía dieciséis años.

Su amor, era su hija Aina.

El suelo húmedo y cubierto de hojas cubiertas de escarcha y gotas de agua, le conducía a través del bosque. Hacia el descubrimiento del siglo. No todo podía salir bien aquel día de primeros de otoño.

Pisó una seta que se despachurró bajo su pie. Un ruido insignificante que no llegó a escuchar. Levantó el otro pie y siguió caminando, hasta que lo vio.

Varios dedos como si estuvieran retorcidos sobresalían de un montículo de hojas, y parecían señalar a todas partes, menos al cielo. A sus 67 años todavía podía ver bastante bien y no usaba gafas. Lo vio con claridad y su corazón se aceleró. Solo un poco. Sintió como el viento de esa mañana era ahora más frío de lo habitual. Más que cinco minutos antes. Sacó sus manos de los bolsillos de su chaqueta ceñida a su cuerpo. De color marrón y con una larga cremallera que bien podría pasar por una cicatriz, por el aspecto que tenía, se situaba desde el cuello hasta el cinturón.

Sus largos dedos se extendieron como zarpas a medida que se iba acercando al descubrimiento, como si quisiera buscar una pared en la que apoyarse. Los dedos inmóviles y blancuzcos se hacían cada vez más grandes. Las hojas tapaban un cuerpo. Sin duda, sin vida. En un extremo del montículo alargado como un ataúd, asomaba el dedo gordo de un pie desnudo.

Se le erizaron los pelos que no tenía en su cabeza. En la coronilla, y sintió como si de repente se hiciera el silencio más absurdo del mundo. Había hallado un cadáver cubierto de hojas muertas, como lo que debía estar bajo ese montón. Su primer pensamiento fue; voy a llamar a la policía.

Y llamó.

Tenía el teléfono preparado con una agenda rápida con los números más precisos, la policía, los bomberos, su hija. Su huella dactilar se posó sobre el botón iluminado de policía. Se llevó el teléfono móvil a la oreja y empezó a escuchar el primer tono de llamada.

Su corazón le seguía palpitando, pero no tan acelerado como se esperaba. Emilio había sido un excelente psiquiatra y todavía podía recordar, aunque a veces se olvidaba de todo.

—¿Diga? —dijo una voz de mujer sin identificarse como la policía. Emilio se retiró el teléfono de la oreja enrojecida por el frío y miró a la pantalla táctil, dudando de si se había equivocado al marcar. Estaba seguro de

que no era así. Esa fue una de las pocas veces que había acertado.

Se llevó el teléfono a la oreja otra vez.

—¿La policía?

—Sí, ¿qué desea?

—He encontrado un cadáver —dijo sin titubear.

2

El inspector de policía Andrés López estaba apurando su cigarrillo entre una nube de humo que giraba sobre sí mismo, retorciéndose, como un torbellino y extinguiéndose después. Con sus dedos largos y callosos, cogió lo que quedaba del cigarrillo entre sus secos labios y lo lanzó al suelo, empujándolo con su dedo corazón que hacía las veces de un resorte. La colilla aterrizó en el suelo golpeándose dos o tres veces, como una piedra redonda deslizándose sobre el agua cuando es lanzada con fuerza.

La camarera lo miró con cara de hacer pocos amigos. Andrés le sonrió. No era ella. La misma mujer menuda que había soportado todo el humo de sus cigarrillos hacía ya algún tiempo y sacaba la lengua viperina, cada vez que le señalaba el letrero de prohibido fumar. Esta vez era una chica todavía más joven. Recién cumplidos los dieciocho años. Con el cabello largo y ondulado. Rubia. Con ojos claros y una estatura media. Sus labios, a rebosar de jazmín, casi le arrebatan la hermosura por el disfraz de un payaso. Tenía un buen cuerpo y estaba embutida en su traje de camarera, que consistía en una indumentaria negra, con el eslogan en una esquina del bolsillo que acariciaba uno de sus pechos abultados como globos.

Café no sé qué.

Andrés ya no lo recordaba y tampoco se había fijado en las letras. Marta, que estaba frente a él, bordeando la mesa metálica y de superficie rugosa si lo recordaría, pero no se lo preguntaría. Para Andrés era el bar de la entrada del cine Albéniz, que tantos recuerdos le traía.

—No has cambiado mucho —dijo Marta mientras su dedo índice, concretamente con la yema, acariciaba el borde de su vaso de leche caliente. Una superficie lisa y redonda.

—Sin embargo, tú sí que has cambiado hija —acució Andrés. Le había llamado hija una vez más.

Ella frunció el ceño y bajo su nariz, se dibujó una sonrisa.

—¿Me estás llamando vieja? —Soltó una risita como la de una niña mala. Sus ojos brillaron, bajo la mezquina luz de la cafetería. Pero brillaron.

—No. Solo he dicho que has cambiado. Ahora eres más mayor. Solo un poco. Te veo más madura.

Ella estaba inclinando la cabeza hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—Si solo han pasado algunos meses —le recriminó ella.

—Creo que es el color de tu cabello, lo que te hace diferente. Cuando te conocí, eras una niña asustada. Ahora, sin embargo, te veo una mujer guerrera. ¿Qué tal tu vida? ¿Sigues descifrando enigmas?

Ella asintió con la cabeza.

—Estoy escribiendo un libro sobre ello —admitió—. Toco un poco de todo. Aunque creo que me he quedado estancada. No sé si será un ensayo, una guía práctica o una novela como tal. —Sus ojos bizquearon.

Andrés puso su larga mano áspera sobre el cajetín de cigarrillos, que estaba sobre la mesita. Tenía la imperiosa necesidad de sentir la nicotina en sus pulmones. El áspero tacto del papel del cigarrillo bailando en sus labios secos.

—Siempre puedes escribir nuestra historia. El asesino del código —le recordó Andrés mientras un canto de la cajetilla golpeaba el borde del pulgar. Un cigarrillo, salió como una lengua blanca.

Marta le sonrió. Era lo que mejor que sabía hacer. Sonreírle al hombre que la ayudó a salir de un interminable túnel tenebroso en el cual se había convertido su vida. Su soledad. El inspector Andrés se había convertido en

todo un ejemplo de padre para ella. Y ahora estaba aquí, porque le apetecía ver a su niña. Y eso le hacía feliz.

Había vuelto de Madrid para pasar dos días con ella, pero nunca imaginaria que la estancia se prolongaría hasta los tres días.

—Fue muy divertido —contestó ella con un bigote de nata bajo su nariz. El vaso tintineó al apoyarse sobre la superficie de la mesa.

—Dímelo a mí —dijo Andrés mientras aspiraba de su cigarrillo, tan fuerte que hasta los ojos parecían hundírseles en sus cuencas.

—Los asesinatos eran espantosos, pero lo de los mensajes me entretuvo un tiempo —añadió ella mientras se limpiaba el bigote con una servilleta de papel.

—¿Ahora te parecen espantosos? —Andrés quiso reírse, pero él sabía que no era hombre de risa fácil. No sonrió—. ¿No te gustaba el terror?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, claro. —Su dedo jugueteaba otra vez con el borde del vaso.

—Y volviendo al color de tu cabello —dijo Andrés en un intento de disuasión—. ¿Te lo has aclarado, no es así?

—Eres muy perspicaz —sonrió ella.

—Eso me dicen todos —dijo Andrés soltando una nubecilla de humo que se disolvió bajo la lámpara que estaba centrada sobre su mesa. La luz era como un sol oculto por las nubes.

Marta volvió a bordear el canto del vaso con sus carnosos labios y sorbió un nuevo trago de leche. Esta vez, no hubo bigote en el labio superior.

—¿Y qué tal con ese sargento tan inquietante? —Marta se había desviado de nuevo del tema. Era curiosa.

Andrés aspiró de su cigarrillo mientras un extremo mostró el color rojo de las ascuas de un fuego.

—¿El que yo le llamo, panza?

Marta soltó una risotada.

—¡Qué bueno!

—Estará paseándose detrás de su mesa en estos momentos, con la barriga sobre sus huevos enormes, estrujados bajo el cinturón. Me lo veo venir.

—¿Eh?

—Y no me rio de esta situación. Solo que me impacta. Y por cierto, tengo que llamarle y decirle que he regresado a Gerona. Querrá verme. Será una visita escueta, eso espero. Pero le veo con más barriga, más bigote y con unos huevos mucho más grandes.

Marta se echó a reír. Su risa contagiosa llenó la sala de la cafetería y hubo alguien que giró la cabeza.

—Siempre has sido un cachondo. Muy serio, pero en el fondo un hombre noble.

Andrés escondió su rostro detrás de una densa nube de humo. La camarera le miró de reojo con los dientes apretados. Un cliente de una mesa lejana, levantó la mano y señaló la cortina de humo. La camarera abrió los brazos.

—Y cuéntame un poco más de tu vida —dijo Andrés mirándola con sus ojos que parecían siempre estar tristes y apagados, pero con un color que sobresalía a todo lo demás.

Marta puso las manos sobre la mesa. Sus largos dedos finos de piel suave parecían estar acariciando la superficie. Sus ojos comenzaron a brillar, con un líquido acuoso. Estaba aflorando una lágrima en cada uno de ellos. Pero no eran lágrimas de dolor sino de emoción, y no sabía cómo decírselo a su adoptado; padre.

—Hay una cosa nueva en mi cuerpo —explicó con voz trémula.

Andrés aspiró de nuevo de su cigarrillo.

—¿Estás embarazada?

Ella asintió con la cabeza. Sus pómulos se sonrojaron y sus ojos brillaron bajo la mezuquina luz de la lámpara. Sus uñas se deslizaron por la superficie de la mesa.

—Estoy de tres meses. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Y me lo dices hoy? —Andrés no respondió a la pregunta de Marta.

—Tenía miedo...

—¿Miedo de que, Marta? Te dije que eras como mi hija que nunca tuve, pero que encontré. Recuérdalo. —El rostro de Andrés seguía impassible con su hirsuta piel vagando por la luz de la bombilla.

Marta agachó la cabeza. Sus ojos se fijaron en lo redondo y perfecto que era el círculo del vaso.

—No sé. Quizá debí confundirme. —Levantó una mano emocionada—. Quizá porque nunca tuve el padre ideal, todas mis ideas se retorcían en mi cabeza. Además, quería que fuera una sorpresa. Sí, eso creo.

Los dedos de Andrés con las uñas casi amarillentas, llevaron la colilla esta vez hacia su taza de café vacía. Allí dentro el humo se ahogó en un hilo que subió de forma súbita hasta la lámpara que estaba sobre sus cabezas.

—Esa es la mejor de las noticias que me podías dar hija.

—Me has llamado hija. Me gusta eso.

—Porque te considero mi hija. Siempre te lo he dicho. Todos estos meses. Todavía recuerdo la humedad de tus labios en mi mejilla. —Andrés se tocó la cara sin apartar la vista de ella. Una mirada que parecía cansada.

Marta levantó la cabeza y le sonrió. Una de sus manos cogió la mano de Andrés, con suavidad. Él sintió el calor de ella y algo dentro se le removió en una extraña sensación placentera.

—¿Quieres ejercer de abuelo del bebé?

Andrés se emocionó con los ojos húmedos, algo impropio de él.

—Claro, hija, claro que sí. —No tardó en responder.

Marta esbozó una larga y amplia sonrisa.

Los dos siguieron hablando de ello, mientras la mañana transcurría hasta el mediodía.

3

Emilio estaba rodeado por dos policías locales que sostenían un bloc en sus manos y un bolígrafo. Sus vestimentas de azul y a rayas blancas, al igual que las pegatinas del coche, brillaban bajo la oscuridad de las ramas y el brillo de las luces del coche patrulla. Una extraña mezcla de sensaciones y de efecto de luz, que abordó a Emilio lo puso nervioso, que todavía seguía sujetando el teléfono móvil en una de sus manos temblorosas.

—¿Y cuándo dice que la descubrió usted? —preguntó uno de los policías. El más alto y con la espalda como un ropero. Su aspecto no era nada amigable.

—No lo sé. No lo recuerdo —dijo Emilio que empezaba a sudar por la frente. Una ráfaga de aire agitó las ramas y varias hojas oscuras cayeron al suelo.

El policía más bajito abrió los ojos con cara de mosqueado. Tenían un cadáver a sus espaldas, porque aquello eran los dedos de una mano humana y el hombre que había dado la voz de alerta decía que no recordaba nada. Eso estaba muy bien.

—¿Pero cómo no se va a acordar de nada si ha sido usted quien ha llamado supuestamente a la policía, verdad?

Emilio se limitó a encogerse de hombros como un niño. Su encorvado cuerpo, se dobló más hacia adelante, como un árbol partido en dos.

—¿No va a contestar? —Le reprimió el policía alto que había abierto sus brazos en señal de protesta—. No tendremos más remedio que convertirle en un presunto sospechoso...

—¿De qué! —vociferó Emilio cortándole de cuajo. Su teléfono móvil cayó al vacío inerte, como un peso muerto y el golpe fue acolchado por las hojas amontonadas en el suelo.

—¿Está nervioso? —Le preguntó el policía más bajito, mientras escribía en su bloc de notas. Estaba levantando un acta o eso era lo que le habían dicho nada más personarse ante él.

—No —respondió Emilio buscando con la mirada el teléfono móvil—. Aquí esta. —Se agachó a recogerlo y los policías se apartaron de él.

—Pero no recuerda nada —dijo el policía alto que había bajado los brazos a ambos lados de su costado, dejándolos inertes.

—No. No recuerdo nada —dijo Emilio.

La mano del policía parecía querer ir en busca de la reglamentaria que estaba protegida en su funda. Un movimiento absurdo. De superioridad. De chulería.

—¿Sufre de alguna enfermedad, señor? —El policía bajito estaba esperando que le dijera su nombre pues había observado que todavía no le habían identificado.

—No lo sé —contestó Emilio ya erguido.

El policía más alto estaba empezando a ponerse nervioso.

—¿Recuerda cómo se llama? —La voz del policía alto sonó grave. Sin embargo, su mano se retiró de la reglamentaria. Las luces azules, arrojadas, se reflejaban en sus caras.

—No —dijo Emilio.

Ahora el policía alto cogió el micrófono del intercomunicador, que estaba sujeto de su hombro y pulsó el botón lateral, mientras se lo llevaba a la boca.

—Aquí unidad tres. Necesitamos urgentemente la presencia de los Mossos d'Esquadra y un psicólogo. —Se dio la vuelta y bajó el volumen de su voz—. Creo que tenemos a un loco suelto.

Emilio le escuchó.

4

Había engordado mucho. Ahora su panza era más voluminosa y el cinturón, fuertemente apretado alrededor de su bajo vientre separaba la zona de la barriga que parecía desprenderse, de las enormes pelotas que había desarrollado entre medio de las piernas. Estaba sentado cuando el teléfono sonó.

Un timbrazo como un despertador rebotó por las cuatros paredes de su despacho hasta ser absorbidas por sus oídos, que parecieron reverberar un instante.

Dejó que el teléfono sonara dos veces, tras lo cual alargó el brazo con la mano abierta. Al descolgarlo, escuchó la voz nerviosa o quizás agitada, de un miembro de la Policía Judicial. Era la voz de Jordi. Su contacto más seguro con dicho cuerpo; era su sobrino.

—Iñaki, creo que se ha encontrado el cuerpo de la desaparecida hace un mes.

—Todos los días desaparece gente. Refréscome la memoria Jordi. —La voz del sargento Iñaki seguía siendo grave como de costumbre y su rostro no conocía tampoco, sonrisa alguna.

—Se trata del caso Aina. Desaparecida hace un mes entre Anglés y Amer. El caso llegó a la televisión autonómica TV3 y los vecinos se volcaron en prestar su ayuda para buscarla.

Iñaki enarcó las cejas. Sus dedos se enrollaron en su abultado bigote gris. Había pasado tiempo.

—Sí, ya sé de quién se trata. Hace cinco semanas exactamente que desapareció, junto a su hija y sus dos tías. ¿Se ha procedido al levantamiento del cadáver?

—¿Cómo sabe que está muerta?

—¡Por qué me ha acaba de decir que cree que han encontrado el cuerpo de Aina! —Esa pregunta tan estúpida le había irritado al sargento que se levantó de su silla, produciendo un chirriante ruido.

—Sí, es verdad. He dicho eso. Perdone por la confusión.

La panza de Iñaki se paseaba ahora entre el hueco formado por la silla y la mesa oxidada.

—¿Han identificado el cadáver?

Hubo un corto espacio de silencio que pareció prolongarse en el tiempo. Como un resuello.

—Todavía no ha llegado nadie señor. —La voz de Jordi se escuchó como un ronquido. Estaba canalizada hacia el desconcierto—. Su gente y la Policía Judicial no han llegado todavía...

—¿Pero están avisados, verdad?

—Sí, claro, señor Iñaki. Todo el protocolo ha sido activado. Incluso el Juez Forense está de camino. —Ahora la voz sonaba más tranquila con un soplido al final.

—¿Qué ha sonado?

—Nada señor.

—¡Ah! —El sargento tomó asiento de nuevo. Esta vez la silla no chirrió—. ¿Y cuál es la ubicación?

—Se ha procedido a llamar a la Guardia Civil...

—¡Ya! Pero no a mí, que es quién está al mando en esta región. —La voz del sargento comenzaba a elevarse por encima de ruido de los coches, que penetraba por la ventana de su despacho, como una taladradora.

—Los policías que nos han trasladado su estado, son polluelos, señor. Han llamado a emergencias en lugar de seguir todo el protocolo.

Les había llamado "polluelos". Iñaki esbozó una cínica sonrisa.

—Esto lo arreglo yo. Ahora mismo envío dos unidades para allá como dictan las normas. Dígame, ¿dónde está?

—Un kilómetro después de la salida del pantano de Susqueda. A dos kilómetros en el interior del bosque que colinda con Amer.

—Está bien, iré yo también para allá. Mis hombres se perderían como niños.

Otra vez afloró la sonrisa bajo el mostacho de Iñaki que estaba garabateando algo con un bolígrafo en un papel. Su frente estaba empezando a sudar, pero no se habían formado gotas todavía.

—Perfecto señor. Aquí le estaré esperando.

—Y no me llame señor, que nos conocemos ya.

Jordi era su sobrino, que había elegido ser Mosso d'Esquadra en lugar de Guardia Civil. Pero todavía seguían llevándose bien. Todavía.

5

Las luces azules destellaban como fogonazos rociando la escena del crimen como si estuvieran dentro de la feria de Murcia. Una feria que ya se venía arrastrando desde la época medieval en dicha comunidad y que a estas alturas tenía un gran reconocimiento nacional. Ahora había dos coches patrulla casi idénticos, repletos de pegatinas y agitando esas dichas luces sobre sus cogotes y las ramas de los árboles. Y sobre todo, el montículo de hojas que el suave viento se veía incapaz de levantarlas. La mano seguía estando rígida y presentaba un color purpúreo muy acusado en una de ellas. La otra permanecía blancuzca en parte porque le faltaba la carne de los dedos. Los animales de la noche se habrían dado un festín con ese pedazo de carne.

El policía alto estaba al lado del montículo de hojas que no dejaban entrever el cuerpo, probablemente hinchado, de aquel cadáver y lo estaba

mirando con cierto asco. Todavía no habían procedido a levantar una sola hoja marchita. A su lado seguían cayendo hojas de los árboles por la suave brisa.

Emilio estaba apoyado en el capó de uno de los coches patrulla, con el culo aplastado en él. Todavía sujetaba en su mano derecha el teléfono móvil y no tenía intención de llamar a nadie más. No recordaba nada. Ni siquiera si tenía el documento de identidad en su cartera. Incluso ni se le pasaba por la cabeza pensar en su cartera. Sus ojos estaban inexpresivos y su rostro, era pura inocencia.

El policía más bajito, estaba frente a él, como instigándole. Mirándole con una mirada furibunda, que carecía de sentido. Los Mossos d'Esquadra daban vueltas por la zona, con sus intercomunicadores pegados a la oreja. Sus voces se escuchaban como los zumbidos de las avispas.

A pesar de estar dentro de un bosque, rodeado de la naturaleza, el aire olía a rancio. Una densa y pegajosa nube de olor les rodeaba, como la peste de la mierda.

6

Ya antes del terminar el crepúsculo del mediodía, Andrés se había tomado el tercer café bien cargado y se había ventilado media cajetilla de cigarrillos ante la atenta mirada de la camarera. Marta solo llevaba en el estómago un único vaso de leche y ya no tenía el bigote blanco. Sus manos, calientes, acariciaban constantemente la áspera piel de las manos de él.

La camarera de detrás del mostrador le hizo señas a su compañera con la mirada, mientras movía la cabeza como si esta, estuviera suspendida por un muelle.

—Él es muy viejo para ella —dijo la muchacha de cabello corto. Un delantal negro, pero húmedo, le tapaba sus grandes pechos. Sus labios estaban arrugados de forma cínica y sus ojos no brillaban, sino que reflejaban asco.

Su compañera le dio un codazo.

Un cliente levantó la mano.

—Voy —dijo ella y la dejó fregando vasos y platos.

En la mesa del final del todo, en plena penumbra, porque la lámpara arrojaba las más tenues de las luces sobre la mesa, Andrés decidió que ya era hora de marcharse de allí.

—¿Nos vemos esta tarde? —inquirió Andrés con un cigarrillo humeando entre sus labios, para variar.

Marta asintió con la cabeza y retiró las manos, para ponérselas sobre su pequeña y abultada barriga.

—Sí, claro. ¿Dónde quieres que nos veamos? ¿En mi casa? Te presentaré a mi pareja. —Los ojos de Marta chispeaban en la penumbra.

—No quiero molestar —dijo Andrés levantándose de la silla. Esta no chirrió, sino que las gomas en las patas, parecían agarrarse al suelo en silencio.

Habían hablado más de dos horas y no habían sacado el tema de quién era el padre de la criatura que estaba en camino. Andrés pensó por un momento, que estaba perdiendo facultades. Sin embargo, supo que eso fue fruto de la emoción. Para él, una extraña sensación que se le escapaba de las manos.

—No es una molestia. Quiero enseñarte mi nueva vida. —Los ojos de Marta pidieron una súplica.

Andrés cogió el medio cigarrillo que le quedaba y lo dejó caer al suelo. Su pie aplastó el fino tubo y el humo se ahogó bajo de su zapato. La enfermera, desde lejos, levantó las manos.

—Está bien, pero será tarde, porque quiero visitar a unos compañeros de trabajo —explicó Andrés mirándola con sus ojos claros.

Marta se puso de puntillas y sus labios se estiraron de oreja a oreja en una agradable sonrisa.

—Te quiero Andrés —dijo Marta.

7

Los dos vehículos de la Guardia Civil iban zumbando por la larga recta antes de la entrada del pueblo Anglés. El sargento Iñaki iba mesándose el bigote y su semblante era serio. Los dos vehículos de color verde no pasaban inadvertidos para nadie. Durante los cinco minutos que duró la carrera por la recta más larga del mundo, de unos veinte kilómetros, los coches zumbaban como moscas, escupiendo un azulado humo que se disolvía en turbulento aire.

Por el momento, le quedaba por delante, atravesar Anglés, seguir un kilómetro hacia la Sellera y continuar otros tres kilómetros hacia el pantano de Susqueda. La carretera se haría más estrecha y trifurcarían decenas de caminos de tierra que horadaban los bosques frondosos del lugar.

Entre un punto entre el pantano de Susqueda y Amer, estaban los policías locales, los Mossos d'Esquadra, la Policía Nacional y la Policía Judicial, que habían llegado ya con sus imponentes coches etiquetados y brillando con luces de todos los colores. Muy pronto estarían todos allí, en el camino sosegado y escondido entre los árboles y, se procedería a identificar o al menos, a desenterrar el cadáver.

Emilio seguía sin recordar nada y sus gestos denotaban miedo.

8

Habían quedado para las siete de la tarde. Ella le había besado la mejilla con un húmedo beso. Él sintió un escalofrío. Nada que ver con su manera de comportarse. En la calle había sacado de nuevo, ante la recriminación de Marta, otro nuevo cigarrillo. El aire frío azotó su rostro áspero y sintió como al menos, en Gerona, había llegado el frío demasiado

pronto.

Después caminaron agarrados de la mano, una o dos calles hasta quedar separados por el destino. Esa fue la última vez que la vio en ese día. Sus ojos brillando bajo el encapotado cielo que cubría la ciudad. En otro lugar el sol lucía como un foco de luz, aunque no tardó en ocultarse detrás de los manchurroneos grises que surcaron el cielo.

Diez minutos después, Andrés estaba en su habitación del hotel Ultonia. Había regresado de nuevo. Y recordó por qué se hospedó anteriormente allí mismo. Y recordó su infancia, cuando semana tras semana iba al cine que estaba debajo del hotel, también llamado Ultonia. Sí, una vez más, mientras observaba el teléfono móvil de teclas, de color gris, que seguía acompañándole a todos los lugares sin esas complejas aplicaciones funcionando bajo una pantalla táctil. Buscó la agenda de contactos. Allí bajo hasta el contacto "El panza", mote que le había puesto al sargento Iñaki. Quería saludarlo. Su dedo pulsó el botón de llamada.

9

—¿Sí? Dígame —habló a viva voz el sargento Iñaki mientras se paseaba por el lado del montículo de hojas que tapaban el cuerpo hediondo de lo que todavía no sabían a ciencia cierta, qué o quién era.

—¿Sabe usted que no puede utilizar su teléfono móvil personal mientras está de servicio? —dijo una voz ronca al otro lado del teléfono.

Los ojos de Iñaki se abrieron lentamente en una mueca de sonrisa. Le dio la espalda a los demás, que andaban apuntando en sus blocs de notas y otros, tratando de sacar algo en claro con Emilio que parecía llorar desconsoladamente, apoyado en uno de los coches patrulla.

—Dígaselo usted a los compañeros que tuvieron que verse obligados a utilizarlo en Huelva el año pasado, por falta de cobertura de nuestros equipos. —La voz de Iñaki sonó grave y casi seria, no podía aguantar un ataque de risa—. ¡Qué bueno saber de ti Andrés! ¿Qué tal por Madrid?

—No estoy en Madrid ahora, sino aplastando mi culo sobre el colchón de una cama, cerca de tu cuartel —respondió la voz.

—¡Caray! ¿Estás en Gerona?

Un Mosso d'Esquadra se giró para mirarlo. Era escandaloso escucharlo casi chillar delante de un fiambre.

—Sí.

—Sigues siendo hombre de pocas palabras y de grandes sorpresas. ¿Qué te ha traído por aquí?

—Una escapadita. —Se hizo el silencio, momento en el cual aspiró humo y nicotina y prosiguió—. ¿Y tú, dónde estás? Quiero verte.

El sargento Iñaki dirigió la mirada hacia las hojas que tapaban un cuerpo. Después hacia los dedos de la mano que sobresalía de ellas, como las de un zombi barato.

—Pues ahora estoy cerca de Amer, supuestamente delante del fiambre de una desaparecida hace ahora algo más de un mes. El hombre que la ha encontrado, suponiendo que sea ella, porque no se ha procedido a levantar el cadáver, dice no acordarse nada y eso que fue él quien llamó a la policía. Entre tú y yo, creo que esconde algo.

—¿Se está haciendo el loco?

—Yo creo que sí.

—¿Sabe al menos quién es él mismo? —La conversación se estaba poniendo interesante y había cambiado de rumbo.

—No. Dice que no sabe quién es.

—¿Lleva identificación?

—No. Me dicen los compañeros que al principio pensó que si llevaba cartera, pero que ahora no recuerda si la ha perdido. Solo tiene un teléfono móvil que no suelta para nada.

—En ese teléfono móvil tendrá una agenda de contactos, supongo. Sus

listillos sabrán encontrar un teléfono de contacto.

—Sí, eso mismo estaba yo pensando —mintió Iñaki. A todos se les había pasado por alto ese detalle tan importante.

—Sé, que no lo estabas pensando. Ninguno de vosotros ha pensado en eso. ¿Quién está ahí?

—Un par de policías locales, Mossos d'Esquadra, nosotros y se están acercando al lugar la Policía Nacional y la Judicial. El forense también...

—Vale, vale. El protocolo habitual. —Le cortó Andrés expulsando una columna de humo hacia el techo, mientras observaba los remolinos que se formaban al principio y después, como se disolvía el humo en la transparencia.

—Y el coche fúnebre —acució Iñaki.

—Y el enterrador —dijo Andrés, pero sin sonreír.

Iñaki tampoco sonrió.

—Siempre con tu humor negro, chico. —El sargento Iñaki volvió a mirar esta vez el dedo purpúreo del dedo gordo del pie de supuestamente, una mujer. Aina quizá. Pero no estaba seguro de ello. Quién fuera que fuese, seguía sepultada bajo las hojas muertas y ahora el sol se ocultaba detrás de unos nubarrones oscuros, que desde el camino y bajo los árboles, no podía ver.

—¿Puedes pasarme a ese dichoso hombre?

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Hay tantas cosas que no podemos hacer...

—¡Está bien! —La voz de Iñaki resonó en todo el escenario del crimen hasta que en la distancia fue absorbida por el frondoso bosque.

—Eso me gusta. Ya sabes cómo soy yo.

El sargento Iñaki, en contra de todas las normas, se limitó a darse la vuelta y a caminar hacia el hombre que estaba rodeado ahora de tres agentes con mirada de hacer pocos amigos.

El hombre estaba pálido y no hablaba. Su cara asustadiza denotaba desconcierto y el murmullo de los agentes se elevaba en el aire como parte de la escena.

—Coja el teléfono. Alguien quiere hablar con usted.

Un Mosso d'Esquadra lo miró fijamente con los labios contraídos.

Emilio, el hombre que caminaba solo, cogió el teléfono móvil con la mano temblorosa. Un instante después, estaba pegado a su oreja.

—¿Sí, diga?

—Soy el inspector de la UCO Andrés o a secas un inspector de la policía. Necesito saber algo de usted. Mis compañeros me han dicho que anda algo desorientado y que no recuerda nada, pero fue usted quién llamó a la policía. ¿Puede usted explicarme esto?

—Me están acosando. Todos ustedes me están acosando. No recuerdo nada.

—Nadie le está acosando. ¿Recuerda su nombre?

—No.

En la comunicación que se quedó silenciosa por un instante, se escuchó un clic casi imperceptible que rompió el silencio en dos. Emilio supo que aquello era la piedra de un mechero. Quería recordar pero no podía, sin embargo, era capaz de reconocer cosas insospechadas. Como el débil clic de la piedra del mechero.

—No tiene lógica —anuncio Andrés con el humo hasta los ojos.

—Usted es un fumador viciado. Fuma con desmesura. Le encanta el sabor a nicotina y se reconforta con los efectos del tabaco.

Hubo otro silencio en la línea. Esta vez, mucho más siniestro y largo.

—¿Cómo puede saber usted eso?

—Escuché el mechero.

—¿Si no recuerda su propio nombre cómo puede explicarme esto? ¿O está usted ocultando algo?

Andrés, por primera vez, se había quedado desconcertado, pero supo que estaba escuchando las palabras de alguien muy especial. Complejo, pensó. No quería atribuirle una definición más allá de la simple moralidad; retrasado mental o perturbado.

—Es cuestión de lógica —contestó el hombre que caminaba solo.

—La lógica está en que sea usted una pieza clave en esta investigación dejando de fingir que ha perdido la memoria. ¿Tiene usted la tarjeta nacional de identidad?

—Le habrán dicho que no.

—Eso usted no puede saberlo. —El inspector Andrés apuraba con ansia su cigarrillo. Estaba notando como su frente empezaba a sudar. Eso era bastante impropio de él. Jamás se había visto envuelto en un aprieto así—. ¿Tiene alguna enfermedad mental?

—No lo sé. Es posible, pero no lo recuerdo. —Hubo un momento de silencio en que se escuchaban las hojas caer de las ramas más altas al ritmo del viento frenético y añadió—. Cuando deje de hablar con usted, dígales a estos hombres que no me acosen con sus estúpidos trajes azules y verdes.

Andrés arrugó la frente al otro lado de la línea. Se refiere a los Mossos d'Esquadra y la Guardia Civil, pensó y dejó escapar una densa torre de humo que se dobló por su peso.

—Debe usted colaborar un poco más. Haga el favor de pasarme al sargento. Ya veo que no hemos congeniado muy bien nosotros dos. —Andrés estaba algo nervioso, pero su voz no le temblaba. Tampoco temblaba la voz de Emilio, aunque momentos antes estuviera sollozando como un niño.

El hombre que caminaba solo, porque así era como lo llamaban sus pocos vecinos de la zona y su propia pareja, pues no se había casado, alargó su decadente brazo con la mano extendida.

—Quiere hablar con el sargento. Lo siento, pero no sé quién es.

Iñaki enarcó las cejas y su semblante serio cayó como un mazo sobre su cara. Ese hombre había dejado de llorar y tenía los labios apretados, tan finos como una cremallera cerrada.

—¿No se acuerda de que fui yo quién le ofreció el teléfono? — preguntó Iñaki acercándose a él.

—No —dijo—. No le recuerdo.

El sargento Iñaki le arrebató el teléfono móvil como un zarpazo de un oso. Se llevó el teléfono al oído.

—Andrés, pues no va el tío y me dice que no se acuerda de que dejé el teléfono. ¿Qué piensas tú?

Casi se escuchaba el humo dispersándose por la habitación del hotel a cuarenta y siete kilómetros de allí.

—O es un demente o yo creo que está jugando con nosotros — sentencio Andrés mimando cada una de sus palabras.

—De momento lo voy a subir de nivel —dijo Iñaki de espaldas a Emilio y algo alejado de los demás—. Pasará de testigo a sospechoso.

—Primero necesitas reunir pruebas. Ya sabes cómo va todo esto de la burocracia...

—¡Mira quién habla! Haces lo que te sale de las pelotas, amigo —le atajó Iñaki con voz profunda. El sol y el calor se detenían en las copas de los árboles. Donde estaban ellos, solo había humedad y frío.

—¿Tiene algún objeto personal?

—¿Qué?

—Si tiene algo que pueda indicar una pista. El tipo de ropa, el desgaste de sus zapatillas o zapatos, si ha pisado una mierda...

—Tiene agarrado un penoso teléfono móvil en su mano izquierda. Está así todo el rato. Se parece a un borracho agarrado al barrote de una ventana.

—Pues ya lo tienes. Busca en su agenda algún contacto. Y otra cosa.

—¿Qué quieres Andrés?

—Colaborar en esta investigación.

—Sabes que eso es ilegal.

—Me da igual. ¿No hay policías corruptos?

Iñaki empezaba a sudar en las mejillas y en la frente. Su panza tapaba la hebilla del cinturón como una manta sobre ella.

—Solo te mantendré informado —dijo finalmente, Iñaki con un susurro.

—Me quedaré un par de días más —acució Andrés mientras escupía lo que le quedaba del cigarrillo. Lo observó desde su despegue hasta que rodó por el suelo. Era como un cohete con la pólvora mojada. Mucho humo y al final no estallaba.

—¡Joder Andrés!

Y colgó.

A unos cuarenta kilómetros de allí. De la escena del crimen. Vicent estaba más pendiente del teléfono que de la televisión. Hacía un mes largo que había perdido a su esposa y su hija. Bueno, la hija de su esposa que vino con el equipaje a bordo.

Con ojos en las lágrimas y una barriga descolgada debido a la pérdida creciente de peso, recordaba los buenos momentos que había pasado con ella en la cama. Como ella se la ponía dura, porque a sus casi setenta años de edad y ella treinta y ocho, la polla ya no era lo que había sido.

Recordar eso le hizo despertar en sus labios un arco de triunfo convertido en una leve sonrisa, pero no daba para más. Ella se había casado con él por el bienestar y por otra cosa, por el dinero. Él lo sabía, o al menos lo

intuía, pero se había enamorado perdidamente de ella y con eso bastaba.

Sus ojos, húmedos e inquietos miraban hacia la pantalla del televisor y hacia el teléfono que sujetaba entre ambas manos arrugadas y con la piel colgandera. Este no sonaba. Al menos de momento no.

No sonaba nunca.

11

Ellos ya estaban allí, por supuesto.

Según el artículo 126 de la Constitución española, la Policía Judicial de España depende de los jueces, de los tribunales y del Ministerio Fiscal en sus funciones de averiguación de un delito y descubrimiento y aseguramiento del delincuente sospechoso, en los términos que la ley establezca. Punto y pelota.

Tanto el Cuerpo Nacional de Policía como la Guardia Civil poseen en sus estructuras unidades orgánicas de policía judicial, así como unidades adscritas a juzgados y tribunales, que las había en Gerona. Las policías autonómicas que tienen competencias para ello también tienen estas unidades orgánicas dentro de sus estructuras. Como los Mossos d'Esquadra, pero últimamente pintaban poco en el nuevo lienzo.

Y ellos estuvieron primeros allí, los que pertenecían al cuerpo de la Guardia Civil. Con sus monos de blanco, empezaron a apartar todas las hojas muertas hacia un lado y a medida que el montículo descendía, en el aire, ascendía un olor a rancio, dulce y fétido. Todo a la vez. Con las mascarillas apenas si percibían el olor, pero a unos cuantos metros a la redonda, a pesar del frío, las gigantescas moscas empezaban a zumbar desde todas partes y algunos agentes apretaban los labios para no sentir el mezquino sabor de un fiambre, en su lengua.

El cuerpo hinchado y lleno de agujeros, estaba desnudo y presentaba un color purpúreo. Algunas partes aún mantenían un color pálido como si hubieran estado debajo del agua durante mucho tiempo. Y es que en los

bosques, aunque sea verano, la sequedad brilla por su ausencia. Si el cuerpo debió ser abandonado allí mismo a principios de septiembre y ahora estaban a octubre, las sombras de las ramas hacían que los rayos del sol no acariciasen su cuerpo nunca y las primeras hojas ya empezaban a caerse.

Pero aun así, parecía extraño encontrarse el cuerpo sin ninguna mordedura de algún animal hambriento. Debido a que no estaba enterrado en la tierra, ese detalle resultaba asombroso. Tanto que el sargento Iñaki dejó escapar un bufido por debajo de su mostacho, mientras una mano se apretaba contra su barbilla.

El hombre que caminaba solo. El hombre al que todavía no le habían arrebatado ni el nombre ni el teléfono móvil, estaba observando hacia el cuerpo, ahora descubierto. Y vio, con sorpresa, que el pelo, aunque enredado con hojas y ramas, era rojo. Un color que le hizo recuperar un brillo en su memoria, pero se contuvo. No recordaba todo.

Aún así, el corazón le dio un vuelco y no sabía por qué.

—¿Es quién se supone que es? —preguntó Iñaki en un murmullo sin saber con certeza cómo realizar la pregunta.

Uno de los hombres de blanco alzó la mano enguantada. Eso significaba algo. El sargento estaba a cuatro metros de ellos. El olor fétido le impedía acercarse demasiado al cuerpo, pero desde aquella cómoda posición vio lo descompuesto que estaba el cuerpo y, que era el de una mujer.

Por los pechos oscuros y siniestros.

—Hay veces en que los pechos tardan mucho en descomponerse a menos que haya ratas alrededor, y se las coman. Es una masa de grasa y glándulas mamarias, no resistentes, pero si más lentas ya que no guardan ningún hueco en su interior. Al contrario que la tripa, que se hincha de gases y explota en todas las direcciones —explicó de repente el hombre que caminaba solo.

Todos los agentes le dedicaron una extraña mirada, aturridos.

—¡Vaya! El hombre sin nombre. El que no recuerda nada, sabe de todo esto. —El sargento Iñaki se acercó a él como arrastrando sus pasos—.

Dígame. ¿Es usted médico?

—No lo recuerdo —contestó el hombre con los ojos inyectados en sangre. Debía ser por el lloriqueo constante que no atendía a ningún sentido. Era como si desvariara y doblara su personalidad. Se desdoblará, esa era la palabra correcta.

—¡Joder! —Las manos del sargento se movieron el aire como aspas de molino, creando una mínima corriente de aire con ellas—. ¿Me puede dar el puto teléfono?

Jordi, el policía judicial, sobrino del sargento, el que le había llamado, le puso la mano en el hombro a Iñaki.

—No puedes volverte violento. No sabemos nada de este hombre —dijo con serenidad.

Iñaki se miró el hombro.

—¿Me has tocado con la misma mano que ha trasteado el fiambre?

Jordi se encogió de hombros y retiró la mano.

El sargento arrugó la frente y los labios.

—¡Joder, que asco! —Los ojos del sargento se abrieron como platos y de repente sintió ganas de vomitar. Aún no se había acostumbrado a ciertas cosas.

—Aina —susurró el hombre todavía apoyado o mejor dicho, sentado literalmente, en el capó del coche patrulla, que todavía tenía las luces puestas. Las jodidas luces, pensó.

El sargento se giró de nuevo hacia el hombre.

—¿Recuerda ya quién es? ¿Ha dicho Aina?

—No.

—¡Joder, no nos quiera volver locos a todos! ¡Deme el puto teléfono!

Todos los agentes de los distintos cuerpos de seguridad estaban atentos,

con los ojos rodando dentro de sus cuencas.

El cuerpo de la mujer, estaba bocarriba, sin los labios que habían desaparecido.

El hombre le tendió la mano temblorosa, con el teléfono pegado a ella.

Iñaki extendió su mano y se lo arrebató con fuerza.

—Toma Jordi, búscame la agenda de teléfonos. —Tenía la mano tendida con el teléfono móvil con la pantalla táctil mirando al resquebrajado cielo que se podía adivinar entre las ramas profusas—. Pero antes, quítate esos jodidos guantes.

Jordi le hizo caso. Los guantes cayeron al suelo como condones usados, pero sin semen en su interior. Una hoja buscó el calor de uno de los guantes, agarrándose a él.

Los dedos de Jordi eran como los de un niño enviciado a los videojuegos. Se movían tan deprisa que Iñaki no sabía si estaba haciendo el tonto o buscaba de verdad algo, en ese dichoso teléfono de color blanco.

—Lo tengo señor —dijo Jordi con las más estúpidas de las sonrisas, dibujada en su cara. No podía llamarle "tío" claro estaba—. Existe un contacto que se llama, esposa.

Jordi le devolvió el teléfono al sargento. Este lo miró con cautela y comprobó que no había ningún gusano retorciéndose en una de las esquinas del teléfono. En la pantalla táctil brillaba en color verde un dibujo de un teléfono descolgado que ponía; esposa. Puso su dedo sobre el icono y se llevó el teléfono a la oreja, temeroso de que una bacteria entrara por el tímpano. Su corazón se aceleró considerablemente al pensar en esto.

—Que sepa que no se lo hemos quitado. Usted está colaborando con la justicia al dejarnos su teléfono móvil —explicó el sargento, volviéndose hacia el hombre escuálido.

De repente tuvo que darse la vuelta.

—¡Emilio! ¿Dónde estás? Estoy preocupada por ti.

—No soy Emilio sino el sargento Iñaki —dijo la fría voz del sargento.

El hombre que caminaba solo ya tenía nombre para todos los allí presentes; Emilio.

El sol se oscureció tras unas oscuras nubes que se desplazaban hacia el pantano.

Todos se miraron atentos a la conversación.

Incluso el cadáver de aquella mujer hinchada y purpúrea, quedó olvidada por unos instantes.

Muy largos.

12

—Marta, hoy no voy a poder ir a casa —anuncio Andrés entre cortinas de humo. Su piel se tensaba en cada nueva aspiración y sus labios se contraían. Sus ojos claros, estaban siendo acariciados por la masa de humo haciéndolos lagrimear.

—Quedemos en casa. Quiero que vengas a casa —protestaba ella desde el otro lado de la línea.

—Lo sé cariño, pero antes quiero ver algunas cosas que han surgido de imprevisto...

—¿Cosas de trabajo? —Le atajó Marta con voz triste.

—Sí, hija. —Andrés expulsó una columna de humo con tal fuerza que se escucharon unos pitidos en su garganta nada alentadores—. Tengo una mosca detrás de la oreja.

—¿Un nuevo caso?

—Al parecer sí. Podría tratarse de un simple asesinato, pero o mucho me equivoco o hay algo más detrás de todo este asunto.

—Eso me interesa —dijo Marta poniendo voz de chiquilla.

—Lo sé. Te daré más de talles en cuanto avance algo. Ahora solo puedo decirte que supuestamente se ha hallado el cadáver de una de las muchas desaparecidas que debe de haber en toda esta región. Pero el tipo que llamó dando la voz de alarma me tiene intrigado.

—¿Por qué?

—Dice que no recuerda nada y... —Andrés se sumió en un silencio profundo.

—¿Qué te pasa?

Andrés reaccionó.

—Nada. Solo que el tipo este me parece más listo que lo que debiera y esconde un as en la manga. Algo huele a podrido en esta historia.

—Siempre tan intrigante tu trabajo Andrés.

—Sí, claro que sí, mi niña. He decidido tomarme unos días más, de trabajo —matizó y concluyó—. Pero al final te recompensaré con creces.

—Yo quiero jugar a ser inspector —dijo ella de nuevo con la voz de chiquilla.

Los labios de Andrés se estiraron hacia un lado en lo que parecía una sonrisa. Solo una leve sonrisa. Sus ojos permanecían atentos en la ventana y observó los grandes nubarrones oscuros desplazarse por el cielo, como si fuera agua turbia.

Su mano bajó hasta apoyarse sobre su muslo derecho, ya que estaba sentado en el borde de la cama y escuchó en la distancia la voz de Marta.

Y colgó.

—Escuche atentamente señora. Estamos delante del cadáver de una mujer y no sabemos quién es, por ahora. Pero lo más preocupante es que un señor con este mismo teléfono llamó a la policía para informar del descubrimiento. Ahora somos toda una legión aquí, y dicho hombre dice no saber quién es. Me refiero a él, claro, está. ¿Podría confirmarme una vez más lo que ha dicho al descolgar el teléfono?

Se escuchó un ruido como de cadenas rozando el micrófono del teléfono del otro lado. Era un fijo porque empezaba por 973. Después sobrevino un silencio ominoso y finalmente, la voz de la mujer.

—Está usted llamando con el teléfono de mi pareja. Se llama Emilio y si ha llegado hasta esta situación es porque le ha dado una crisis de Alzheimer. Emilio padece esta jodida enfermedad, pero se le manifiesta de forma muy diferente al habitual. Es como si de repente se volviera abstraído en un mar oscuro, donde no ve nada...

—Me lo va a decir a mi señora —rezongó el sargento cortándole.

—Después, sin más, es capaz de recuperar la memoria como si no hubiera pasado nada.

—¿Me puede decir algo más de él? ¿Hace alguna cosa más extraña?

—Sale todos los días a caminar solo. En el pueblo le llaman el hombre que caminaba solo, porque siempre se pierde en los bosques unas horas y nunca está acompañado. Su pasión es recoger setas y castañas.

—Buena afición —apuntó Iñaki, casi sonriendo, muy impropio de él—. ¿Y cuando no hay setas ni castañas que hace?

—Pasear solo —dijo la voz de forma tajante.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama usted?

—Maria Ángels.

—Bonito nombre. Necesitaré que venga a buscar a su pareja. —Iñaki miró a Emilio y añadió—. Emilio, aunque deberá esperar un poco para realizarle unas preguntas más, que seguro dirá que no recuerda nada, pero es

el protocolo a seguir. Ya sabe. ¿Usted conduce verdad?

—Estoy en silla de ruedas.

La cara de Iñaki era ahora todo un poema.

—Perdone señora. En tal caso, díganos su dirección y se lo acercaremos a casa sano y salvo.

—¿Una pregunta si no es mucho molestar?

—Diga.

—Antes ha dicho que está delante de un cadáver de una mujer. ¿Puede decirme que color tiene el pelo? Da la casualidad de que la hija de Emilio desapareció hace ahora algo más de un mes, así como su nieta y sus dos hermanas mayores.

A Iñaki era como si le hubieran echado un jarro de agua helada en el cogote. Sus ojos se cerraron.

—Rojo.

En el otro extremo de la línea, la mujer, empezó a llorar.

Andrés escogió otro cigarrillo de la cajetilla, con sus largos dedos, duros y ásperos. Se llevó el cigarrillo a los labios y cogió el mechero, pero antes de encender la mecha se lo quedó mirando con detenimiento. Con semblante serio. Rumiano, no como las vacas, sino como un pensamiento cíclico que no tiene fin. Pensó en la habilidad de aquel hombre. Primero notó cierto temblor en su voz, pero después la verborrea había crecido. Sus palabras, todas inteligentes, le hacían pensar que aquel hombre ocultaba algo. Difícil de descubrir ahora mismo, pero que sin embargo, estaba seguro de que lo conseguiría.

En eso consistía su trabajo.

Durante los siguientes cinco minutos devoró el cigarrillo envuelto en humo, con la cabeza hundida entre sus manos y rumiando.

Había empezado algo y no sabía qué.

15

—¿Está dándome a entender que la mujer que tenemos delante es Aina, hija de su pareja Emilio? —La voz del sargento denotaba tristeza.

El hombre que caminaba solo, que ahora ya tenía nombre; Emilio, escuchó la palabra Aina y su cara se quedó pálida de repente como si le hubieran echado un saco de yeso encima. Su corazón martilleó su frágil pecho y sintió sendas punzadas en las sienes. Sus ojos se abrieron grotescamente y sus brazos se extendieron como si fuera un zombi. Quiso echar a correr hacia el cadáver, pero varias manos lo agarraron.

—¡Aina! ¡Hija!

Había recordado de nuevo.

16

"Usted fuma mucho, demasiado. Es adicto al tabaco y puede palmarla muy pronto" No lo había dicho con esas palabras textuales, pero venía a decir lo mismo. Aquellas palabras redundantes le daban vueltas en la cabeza y algo le decía que aquel hombre que decía no recordar nada, sería el eje de una nueva aventura que le tocaría vivir. Ese hombre es más inteligente que yo, se dijo a sí mismo. Andrés seguía mirando a través de la ventana la calle que tantas veces había cruzado caminando cuando era un crío de trece años, cuando sus pequeñas manos, entonces, cogían el billete de entrada al cine Ultonia. Cada sábado por la noche y muchos domingos por la tarde.

"He oído la piedra del mechero y es usted un viciado señor". Tampoco

eran esas las palabras exactas, pero igualmente le habían llamado poderosamente la atención. "No, no recuerdo nada". ¿Eso quería decir que se estaba burlando de ellos? Por supuesto que no, se dijo, mientras aspiraba del cigarrillo. La nicotina y el resto de componentes impregnaban las paredes de sus pulmones y sentía un cierto alivio al expulsar el humo por la nariz y la boca.

¿Podría sufrir alguna enfermedad mental? Andrés pensó como tal el Alzheimer o la Demencia senil, pero en este último caso era una dolencia que afectaba a las personas mayores de sesenta y cinco años hasta los noventa y presentaba signos de confusión mental, pérdida de memoria, deterioro intelectual, desorientación, disturbios en lenguaje y anormalidades visuoespaciales. A veces estas personas caminan desorientadas y de forma errática; deambulan de forma errática perdiendo el norte, pensó Andrés.

En el caso del Alzheimer, la particularidad estaba en que es una enfermedad neurodegenerativa que se manifiesta como deterioro cognitivo y trastornos conductuales. Se caracteriza en su forma típica por una pérdida de la memoria inmediata y de otras capacidades mentales; tales como las capacidades cognitivas superiores. La cabeza de Andrés seguía pensando y rumiando. Esto estaba dentro del cuadro de la Demencia senil, que para algunos médicos no existía en realidad ya que, se trataba del Alzheimer.

¿Y porque estaba pensando en todo esto sin conocer al hombre que le habló por teléfono?

Cabría, la tercera posibilidad.

Que fuera el asesino y estuviera barajando sus cartas.

Mientras tanto siguió fumando y acumulando colillas en el suelo.

—¡Aina! ¡Aina! —Emilio estaba desbocado como un caballo, con los ojos inyectados en sangre. Sus dedos arañaron el antebrazo de uno de los

policías locales. Varios agentes tuvieron que ponerse literalmente sobre él debido a su alta resistencia.

—¡Estese usted quieto! —gritaba uno de los policías.

—¡Mi hija! ¡Es Aina! ¡La he visto! ¡Tiene el mismo color de pelo que cuando la vi por última vez! —Su cara estaba aplastada contra el capó de uno de los vehículos y como si de repente se relajara del todo añadió—. Siempre salía a comprar en su coche Citroën C3. Y ese día era uno de ellos. Fue su última compra. De modo que su coche no puede estar más lejos. He caminado solo estos caminos desde entonces y mucho antes, pero no he descubierto nada. Siempre las mismas piedras, las mismas hojas, los mismos árboles, la misma fragancia... ha sido mi hijo...

—¡Vaya! Si se acuerda de todo —vociferó el sargento, pero no escuchó la última frase; «ha sido mi hijo». En su mano, todavía tenía el teléfono móvil de Emilio, el cual estaba vibrando a la vez que encendía la pantalla táctil. Iñaki lo miró de reojo, pero no descolgó.

—Es usted un hombre frío. Calculador y con pocos amigos. Piensa de mí que estoy disimulando o engañando. Incluso me sopesa como sospechoso. Ha sido mi hijo.

Iñaki se quedó helado.

—¿Por qué debo creerle? —Le preguntó Iñaki, careciendo de sentido la pregunta. Ahora si había escuchado todo, pero no le tomó en serio.

—Sus ojos. La forma del bigote y el sonido de su voz.

Los policías habían dejado de sujetarle, pero no se fueron de su alrededor. Es más, parecían cubrirle de una muchedumbre. Era como si estuviera escoltado. La policía judicial seguía en lo suyo. Tomando muestras en el tejido y en los alrededores del camino, que aparecía como una alfombra llena de agujas amarillas con un número cada una de ellas.

Emilio observó el cuerpo desnudo y purpúreo de su hija y se le estremecieron todos los órganos internos. Deseaba gritar de nuevo. Acercarse a ella, pero sabía que ellos se tirarían sobre él de nuevo; y su enclenque cuerpo no lo soportaría una vez más. Eligió la tranquilidad.

—¿Puedo ver a mi hija?

—La verdad es que sí. Eso nos ayudará a identificar el cadáver, pero sin tocarla. Sin embargo, estoy pensando en todo lo que usted me ha dicho y tengo serias dudas sobre usted. Quizá debería acompañarnos después de todo. No es sospechoso de momento, pero podría serlo. Quizá le interroguemos en su casa, ya que no veo motivo de detención. Pero me desconcierta y mucho.

Los ojos de Emilio estaban llorosos.

—Usted sospecha de mí. No cree en nada de lo que le he dicho o por el contrario teme que haya acertado del todo. No se explica mi comportamiento y no sé cuál ha sido después de encontrar el cadáver y llamar a la policía. Creo que hay veces, que tengo lagunas mentales. Mi pareja me lo ha explicado a menudo, pero yo no la creo.

Los agentes se miraron unos a otros, pensando vehemente, que estaban, frente a un demente o quizá, un enfermo.

Eso lo descubrirían más adelante.

—Es parte de mi trabajo. No confiar en nadie. —Iñaki se mesó el bigote por ambos extremos y añadió—. Puede acercarse al cadáver.

—A mi hija —rectificó Emilio casi en un bufido.

—Cuando la reconozca, será su hija —acucio Iñaki.

—Sé, que mi pareja le ha preguntado por ella. Por el color de su cabello. Era rojo la última vez. Anteriormente lo tenía verde. Absurdo, pero era mi hija y sé que mi pareja se ha echado a llorar.

El sargento Iñaki se quedó anonadado.

—¿Cómo puede saber todo eso? ¿A qué está jugando?

—Quiero ver a mi hija. —Emilio estaba ya a medio camino entre el coche patrulla y el cadáver. A un metro del sargento Iñaki que seguía empeñándose en no descolgar el teléfono que sonó de nuevo—. Es mi mujer —dijo.

—Nadie se lo impide —dijo Iñaki moviendo la mano al mismo tiempo.

Casi arrastrando los pies, empujando las hojas muertas y oscuras con la puntera de sus mocasines, Emilio se acercó a los dos hombres embolsados en un traje blanco que resplandecía en la oscuridad del interior del bosque. El sol seguía jugando con las nubes. Los hombres que estaban en cuclillas, se levantaron y se hicieron a un lado. El zumbido de una enorme mosca verde le trepó tímpano adentro. Sus piernas comenzaron ahora a temblar y muy lentamente se agachó, hasta hincar sus rodillas en el suelo. El pantalón de pana cedió y aplastó varias hojas. Sus ojos lagrimeaban y su boca se abría lentamente en un grito sordo. Extendió la mano y quiso tocar el pelo.

—Aina, ¿qué te han hecho?

Fue lo último que dijo coherente, antes de regresar al olvido completo de lo que estaba haciendo. Antes de volver a no recordar nada.

18

—¿Puedo ayudarte en algo? —Le preguntó Marta con voz sosegada. Hacía un instante que había sonado la chicharra; su teléfono móvil.

—No, creo que no. No tengo detalles todavía. Parece un crimen aislado, pero me extraña el comportamiento de ese hombre...

—¿Qué hombre? —Le interrumpió ella con voz metálica esta vez.

—El hombre que encontró el cadáver. El sargento dice que ha perdido la memoria y sin embargo, creo haber descubierto todo un experto en psicología. Alguien que esconde un as en la manga. No sé si me explico bien Marta. —La voz de Andrés, ronca, se mezclaba con el humo del cigarrillo.

—Bueno, quieres decir que esta vez no hay códigos de por medio, sino un hombre de comportamiento extraño. Hay asesinos que se comportan de una forma extraña después de los hechos. Algunos dicen que una voz los empujó a hacerlo. Mi psiquiatra me explica muchas cosas y entre ellas, me deja entrever este lado de la mente humana. No es que yo vaya a matar a

nadie. —Marta se echó a reír. Su risa se escuchó como si rebotara en las ondas hertzianas.

—Sí, conozco muy bien a esa clase de asesinos. En el cuerpo lo llamamos psicópatas. Y no siempre están chalados o presentan una enfermedad mental.

—¿Me estás llamando chalada? —Bromeó Marta.

—No, no. Me refería, bueno ya sabes...

—Sí, que hay locos sueltos por ahí, pero si miras los índices de violencia de género, verás que los maltratadores y los que terminan por asesinar a sus parejas, son personas normales. Quizá demasiado celosos eso sí.

—Estas en lo cierto, hija. —Andrés quería disculparse por lo de los "chalados", pero no sabía que Marta había bromeado con ello.

—También te puedo decir que los celos son una enfermedad muy peligrosa —continuó ella.

—Marta, ¿te he herido con la palabra de antes?

Se hizo el silencio.

—Teniendo en cuenta que he ido al psiquiatra muchos años. —Se hizo de nuevo el silencio, esta vez prolongado, en la que Andrés aspiró de su cigarrillo dos veces, antes de volver a escuchar la voz de Marta—. Y teniendo en cuenta que la salud mental es un tema delicado de tratar. ¡Te perdono!

Andrés resopló como una máquina de vapor, hasta tal punto que Marta lo escuchó.

—Es la primera vez que alguien ha logrado ponerme algo nervioso —confesó Andrés.

En el otro extremo de la línea se escuchó de nuevo una risa.

Andrés tiró la colilla humeando hacia el cristal de la ventana. Este chocó en un inaudible ruido y cayó al suelo. Él pensaba que la ventana estaba

abierta.

—¡Pues me alegro papá!

Le había llamado papá. Algo habitual ya en los últimos meses, en ella.

—Hija, ya empiezo a conocerte cada vez más y cuanto más avanza el tiempo, más me asombro.

—¿Nos vemos mañana al mediodía?

—Está bien. Mañana si podrá ser. Aunque creo que esto no ha hecho más que empezar. Algo me dice que tendré que quedarme algunos días más, ya que intuyo que no va a ser fácil resolver este caso.

—Tú siempre lo resuelves todo.

Andrés esbozó una sonrisa que Marta no pudo llegar a ver.

—Hay veces que no. No siempre —dijo Andrés casi en murmullo.

Y la cosa no tardó en complicarse.

19

Cerca de las tres de la tarde, cuando todo hubo terminado, y Aina iba embutida dentro de un furgón oscuro, y Emilio en un coche verde y blanco; llegó el momento de conocer a Maria Ángels.

La casa estaba justo a un lado de la carretera y estaba pintada de rosa. Tras la curva al abandonar el pantano de Susqueda, en la recta, a no más de cien metros se podía uno desviar al llano de la entrada de la casa.

El cielo estaba encapotado y caía una ligera llovizna. Cuando el coche de la benemérita se detuvo sobre la gravilla, el sargento Iñaki observó, a través del parabrisas, cuan largas y angostas eran las escaleras de aquella casa de dos pisos de altura.

—Desde luego no se podrían haber hecho unas escaleras más jodidas

que estas —rezongó Iñaki, pensando ya en lo que le costaría subir dichas escaleras con sus casi cien kilos de peso y su enorme panza, presionándole las pelotas.

—Siempre ha sido así —dijo Emilio desde la parte de atrás. Al lado iba un cabo llamado Ismael. Rubio, con el cabello recortado y barba rala, también rubia.

—¡Ah! Ahora recuerda.

—Esto es otra cosa.

Iñaki se volvió hacia a él con cara seria y doblándose como pudo en el asiento.

—¿Otra cosa? Está usted lleno de incoherencias —advirtió Iñaki mientras se volvía otra vez hacia adelante. Su abultada barriga le estaba apretando hasta tal punto que sintió que le faltaba el aire.

—Está usted lleno de complejos y tiene las pelotas demasiado grandes, lo cual le estorba sobremanera —dijo Emilio.

Iñaki lo miró a través del reflejo del retrovisor.

—¿Sabe que puedo detenerlo? ¿A qué viene eso? No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Se equivoca. Todo en esta vida, en este universo, guarda relación.

—Bueno, cuando se pone pesado preferiría que perdiera la memoria —explicó el sargento moviendo las manos.

El motor del coche enmudeció.

El cabo Sebastián, un hombre alto, moreno y de ojos claros, le había dado la vuelta a la llave de contacto.

Emilio no contestó.

Parecía haber perdido la memoria otra vez.

El dedo de Andrés pulsó el botón de llamada y después se puso el teléfono pegado a la oreja. Escuchó dos pitidos y finalmente, la voz que quería escuchar.

—¿Qué quieres amigo?

—Algo de información. Ya sabes que tengo un culo inquieto —dijo Andrés mientras le temblaba un cigarrillo entre sus labios.

—Y yo los huevos bien gordos. Eso me ha dicho Emilio.

—¿Quién?

—Emilio es el que llamó a la policía cuando encontró el cadáver, que resulta ser de su hija. El tipo con el que te pasé.

—Sí, claro. Estaba pensando en otra cosa. Tus huevos.

—Me lo dijo a bote pronto. Hace un momento. Tengo delante de mí unas jodidas escaleras de un kilómetro de largo y Emilio aún permanece en el coche patrulla.

—¿Le has interrogado?

—Por supuesto. Y cuando recordaba, empezaba a llorar, gritar o decir cosas extrañas propias de un loco.

—Creo recordar que tenía...

—Alzheimer —le cortó Iñaki, dándoselas de listo.

—Sí, está bien. ¿Has averiguado algo más?

—sí, su casa donde vive. Está muy cerca de donde se ha descubierto el cuerpo de su hija. A unos tres kilómetros o quizá menos, en dirección a Amer. Se autodefine como el hombre que camina solo. Es un fanático de las setas y las castañas, no sé si te lo había dicho antes.

Andrés permaneció en silencio, algo se le escapaba.

La memoria.

—Bueno, lo importante es que me lo estás diciendo ahora. ¿Qué más sabes?

—En principio, que el cadáver de la mujer hallada, es su hija Aina que desapareció a la vez que su nieta y sus dos hermanas mayores. Del resto todavía no se sabe nada. Ahora voy a hablar con su pareja y espero que me aclare bastantes cosas.

—Perfecto. ¿Y qué me dices de esas fugaces frases que escupe?

—No lo sé, pero creo que este tipo nos está tomando el pelo. Es demasiado inteligente al parecer.

Hubo un ominoso silencio que fue roto por un chasquido en la línea.

—Esta tarde nos vemos. En tu despacho —acucio Andrés.

—Allí estaré.

—¿Vas a detenerlo?

—De momento no, ¿por qué?

—Por nada.

Y colgó.

Iñaki se quedó mirando la pantalla de su teléfono y tras veinte segundos contados en el reloj, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta verde.

Delante de él le esperaban casi cuarenta escalones.

¿Le había dicho en qué estado, había encontrado el cuerpo? ¿Se lo había dicho el sargento? ¿Y el hombre extraño, para él, de momento? Fueron las tres preguntas que se le vinieron a la cabeza de forma repentina cuando se disponía a bajar por el ascensor. Andrés había tomado la cajetilla de

cigarrillos y con los labios estirados como los de un mono había agarrado uno. Después, como por arte de magia, la cajetilla ya no estaba entre sus manos, sino el mechero. Recordó que hubo una época en la que encendía sus cigarrillos con cerillas. Entonces, su uña afilada raspaba sobre el fósforo y este en un bufido, se encendía. Pero lo dejó, porque no soportaba el olor de las cerillas. Cosa rara.

La puerta del ascensor se abrió hacia un lado seguido de un siseo. Dentro había una mujer con una chaqueta amarilla hasta la cintura. Casi anciana y llevaba un paraguas colgado en su muñeca. Sus finos labios, casi consumidos, se estiraron cínicamente y sus ojos rasgados, miraron a Andrés como si fuera una especie de otra dimensión.

—Vaya, ¿está lloviendo? —preguntó Andrés con una nube de humo en la cara.

La anciana no respondió. Se limitó a estirar más los labios hasta forma un hilo dental, por su delgadez. Los tenía pintados de color rojo chillón, como un pimiento. Se cruzó de manos. Andrés dejó que el humo entrase al habitáculo del ascensor, pero la anciana permaneció prieta.

—Aquí no se puede fumar —rezongó la anciana con una voz cascada, al tiempo que apretaba los dientes.

—Lo siento, solo voy a acabarme este cigarrillo dentro del ascensor. Últimamente están muy caros —explicó Andrés mirándola con sus ojos azules y con un semblante serio.

Entró y aspiró una calada más. Expulsó el humo y la puerta del ascensor se cerró a sus espaldas.

Se fumó todo el cigarrillo mientras el ascensor descendía por el oscuro hueco del hotel.

El cabo Sebastián llegó primero arriba del todo. En el rellano, cogiendo

de un brazo a Emilio. Iñaki llegó mucho después, resoplando como una bestia. Tenía la frente sudorosa y el sol se había escondido una vez más tras las nubes que estaban juguetonas, esa mañana aunque ya era más del mediodía.

—Señor, ¿procedo a llamar a la puerta?

Iñaki le hizo un gesto con la cabeza y Emilio se lo quedó mirando largo rato, como si de repente, todo aquello le extrañara. Iñaki no se percató de ello.

El cabo de la Guardia civil observó que no había ningún pulsador de timbre, ante la pasividad de Emilio que parecía haber perdido la mirada ahora.

—No hay timbre —dijo. No había perdido la memoria.

—Está bien —repuso el cabo, mientras se preparaba para cerrar el puño. Iñaki se apoyó en sus rodillas y resopló varias veces, tan fuerte que se escucharon unos pitidos en su garganta.

Los nudillos del cabo golpearon la superficie astillada de la puerta. Un trozo de pintura descascarillada cayó al suelo como una hoja muerta.

—Nunca me acuerdo de pintarla —explicó Emilio. Iñaki levantó la mirada, desde el penúltimo escalón. Sus ojos eran penetrantes, casi de odio.

Al otro lado se escuchó una voz de mujer.

—¡Ya voy!

Emilio, en otros momentos habría sentido un vuelco en su corazón. Guardaba en la memoria más profunda sus primeros días con Maria Ángels. Ahora sin embargo, escuchar aquella voz ya rasgada por el tiempo, no le llenaba en absoluto.

El cabo Sebastián retiró sus nudillos de la puerta y miró al sargento que ya había llegado al rellano de apenas un metro cuadrado. Iñaki estaba sudando y entre la piel de su espalda y la camisa se había formado una fría capa húmeda que le hacía sentir incómodo. La tela pegajosa ahora, le

estorbaba y deseó quitarse la chaqueta y la camisa allí mismo.

Pero la puerta crujió desde dentro en ese momento.

Era un pestillo que se había deslizado chirriando dentro de su mecanismo.

El cabo miró a Emilio con semblante serio y enarco una ceja. Iñaki que se había sacado un pañuelo del bolsillo, se lo estaba restregando por la frente.

—Ángels, hazte a un lado —anunció Emilio ante la sorpresa de los dos.

Su mano se posó sobre la áspera superficie de la puerta y la empujó hacia adentro. La puerta chirrió sobre sus goznes a la vez que giro y allí estaba ella.

El cabo Sebastián e Iñaki, se quedaron desconcertados, con cara de asombro.

Maria Ángels estaba en silla de ruedas.

Las sombras reinaban en el salón comedor en el cual estaba la silla de ruedas anclada en su frío suelo, de piedra, sin crear ninguna forma extraña, debido a la ausencia de luz. Su cara era invisible ante la penumbra. Las ventanas estaban cerradas y la luz apagada. Aquella escena era lo más cercano a un plano de una película de terror que a una casa acogedora. El aire olía a rancio y era denso, como pegajoso.

—Hola, Emilio, ¿otra vez te has perdido? —Aquellas palabras sonaban como una reprimenda. Después, le siguieron las lágrimas silenciosas y un moqueo que si se escuchó en el casi vacío salón comedor—. Lo siento mucho cariño. —Y sus brazos se extendieron en la sombra como dos largos palos curvados.

Emilio se acercó a ella desprendiéndose de la mano del cabo Sebastián. Una lúgubre y mezquina luz acarició la cara de Maria Ángels maquillando una cara agria, con tez hirsuta y ojos hundidos.

—Hola, Maria Ángels —dijo Emilio.

El sargento Iñaki miró al cabo Sebastián.

—El tipo recuerda —susurró Iñaki mientras estaba esperando en la puerta como una maceta puesta en el suelo.

El cabo hizo un gesto con la cabeza.

—Pasen ustedes —dijo de repente Maria Ángels, mientras Emilio le daba un sonoro beso en la cabeza, atrapando más sombras en aquel salón comedor—. ¿Quieren tomar algo?

El cabo meneó la cabeza en sentido de noes. Iñaki sin embargo, adelantó el pie derecho y dijo;

—Yo si tomaría un vaso de agua y de paso, me gustaría hacer un par de preguntas sobre su...

—¡De acuerdo! —acució ella, desde las sombras. Parecía un mueble viejo abandonado en una habitación oscura, en la que un espectro había tomado asiento, como si fuera una masa sólida. Verla en esas circunstancias parecía irreal y hasta cierto punto, impactante.

Con el pelo erizado por el sudor y la sensación que experimentaba al verla de aquella manera, Iñaki se apoyó en la jamba de la puerta con el pie dentro.

—Emilio, dale un vaso de agua a este señor —ordenó Maria Ángels sin moverse de la silla. El sol se ocultó de nuevo y la oscuridad trajo más oscuridad dentro del salón comedor. Ahora la silla de ruedas estaba apresada por la oscuridad total y a Iñaki le pareció ver dos puntos rojos en la cara de ella.

—Soy el sargento de la Guardia Civil Iñaki —se ofendió. Su voz había sonado algo más grave de lo normal, algo en lo que se dio cuenta el cabo que permanecía como un palo clavado en ese escaso metro cuadrado de entrada.

No dijo nada.

Se escucharon los zapatos de Emilio arrastrarse por el suelo o algo parecido. Iñaki pensó que o bien se movían todas las baldosas del suelo o andaba dando saltos y tropezando al mismo tiempo.

—¡Oh! Perdona usted mi ignorancia. Hace tanto tiempo que no salgo de esta casa que se me ha olvidado los modales para tratar a la gente, ya que tampoco vienen a verme —explicó ella inmersa en la oscuridad que por momentos se convertía en penumbra, solo cuando algo de luz atravesaba el hueco formado por las nubes. En esos momentos, seguía siendo una silueta en la nada.

—¿No le importaría abrir una ventana o encender la luz? —inquirió Iñaki algo irritado—. Me gusta mirar a los ojos cuando hablo con alguien y más en estos momentos.

—¿Qué momentos? —preguntó ella.

Su voz parecía sonar cada vez más distante, como si las sombras la absorbieran con hastiado desdén.

—Señora... —El sargento estaba esperando a que ella le dijera de nuevo su nombre, se le había olvidado.

—Maria Ángels.

—Señora Maria Ángels, hoy no debe ser un buen día para ustedes. Su hija...

—Mi hija biológica murió ahogada cuando era una enana. Aina es la hija de Emilio y por consiguiente mi hijastra. La quería muchísimo.

La oscuridad le impidió a Iñaki ver si sus ojos estaban llorosos, tristes o sencillamente, abiertos como los de un gato en mitad de la noche.

—Oh, lo siento señora Maria Ángels. Por lo que veo su familia ha pasado por varias tragedias ya. Tendrán el corazón duro...

—No crea. —Le interrumpió ella con su aguda voz.

Emilio estaba de regreso con un vaso de agua en la mano. Más bien, medio vaso. Iñaki supo que era él por sus pasos. Todavía no habían encendido la luz y el sol se ocultó de nuevo.

—Esta es una casa muy oscura —insistió Iñaki, haciendo referencia a lo que había dicho anteriormente sobre lo de encender la luz.

—Emilio. ¿Puedes encender la luz? Al sargento le molesta la oscuridad.

Iñaki enarcó las cejas.

El cabo lo miró de reojo, que permanecía estático, con las manos cruzadas.

Como una cerilla en medio del bosque por la noche, la única bombilla que colgaba del techo unido a un portalámparas, parpadeó y emitió una lúgubre y mezquina luz amarillenta sobre sus rostros. Ella apareció impoluta en el centro de la silla de ruedas, con un brazo apoyado en el reposa brazos y el otro con la mano extendida y un dedo cadavérico señalándoles a ellos. Emilio tenía el vaso medio lleno todavía en la mano y se alejaba del interruptor de la luz que ni siquiera había hecho clic. Se acercó a Iñaki que permanecía callado y le tendió el vaso.

Iñaki lo cogió con su rechoncha mano y sus ojos se le cayeron dentro del vaso por la forma en que miró el agua. Parecía estar turbia.

—¿Es del grifo, verdad?

—No tenemos dinero para pagarnos una botella de agua todos los días —explicó ella, manteniendo la misma posición en la silla. Solo que ahora ya tenía rostro. Su cabello oscuro estaba cortado casi a rape. Sus ojos estaban hundidos como si estuviera maquillada para una fiesta de Halloween. Los pómulos eran sobresalientes y su mandíbula recta. Sus labios eran lo más cercano a una cremallera cerrada y sus dientes, que se veían, parecían cuchillas. Estaba raquítica.

—Lo siento señora, no sabía que estaban ustedes tan mal. —En ese momento, Iñaki recordó que la fuente de Font Vella estaba a unos cinco kilómetros de su casa, en Amer. Pero desistió de la idea, al verlos juntos, tan encanijados, endebles, tan ancianos. ¿Qué más esperaban de esta vida?

—Oh, eso lo he escuchado muchas veces. No tenga compasión. Ya estamos acostumbrados. Hay que vivir la vida como viene.

Emilio le tocó el hombro. Estaba justo detrás de ella.

Iñaki todavía no había pasado del marco de la puerta y el sudor

comenzaba a secarse y por fin se sentía más cómodo.

—¿Dónde dejó el vaso, señora? —preguntó Iñaki extendiendo la mano.

—Oh, perdone. Ya les dije antes, que entraran. Se pueden sentar en el sofá. Maria Àngels señaló el sofá con un dedo casi esquelético.

Iñaki que tenía un pie puesto en la entrada le hizo un gesto con la cabeza al cabo y dio un paso al frente.

—Con su permiso, voy a dejar el vaso sobre la mesa. —Iñaki se percató, de que había una mesa a la derecha del salón comedor. Había estado escondida todo este tiempo. Tenía las patas de metal y estaban oxidadas. No era de madera. Justo a continuación, estaba el sofá con una jarapa cubriéndolo.

—Si, por favor —dijo ella, observándole con los ojos hundidos. Ni siquiera tenía la debilidad de tener los ojos claros-. Eran oscuros como la noche. Tan oscuros, que no podías ver el dolor en ellos, sino un odio extremo.

Emilio le mesó el cabello. Nada agradable de tocar.

El cabo Sebastián estaba ya en el centro del salón, callado, impoluto, como una estatua de mármol.

—¿Sabe por qué hemos venido, verdad? —preguntó Iñaki, mientras la miró detenidamente en el rostro.

Ella asintió con la cabeza.

Por supuesto que lo sabía.

No se estrecharon la mano. Sencillamente, se limitaron a mirarse mutuamente, como dos gatos bufados, rompiendo el silencio con su respiración ajetreada. Pero eso no significaba nada. Iñaki ya se esperaba un

recibimiento así. No era casualidad y no respondía a ningún rencor de nada. Él simplemente era así. Y lo sabía.

El inspector Andrés, con su gabardina en todo lo alto, al que solo le faltaba el sombrero para llevar la etiqueta de "soy un detective privado" tomó asiento en la incómoda silla y llegó a pensar solo por un instante, que el jodido no había cambiado todavía la silla. ¿Y de eso cuanto hacia? ¿Seis meses? ¿Un año? Seguía siendo tan incómoda o más que antes. Ahora, la silla estaba tuerta y se movía como la proa de un barco, solo que no lo hacía sobre las olas del mar, sino golpeando el suelo de piedra.

El chorro de humo no le impidió mirar la hora del reloj. Eran las seis y cuarto, más o menos. Siempre lo tenía atrasado unos cinco o diez minutos. Le fastidiaba el cambio de horarios cada mes de octubre y el de la primavera.

—No pareces muy entusiasmado de verme, chico —dijo Iñaki repantigado en su silla. Su culo, ahora, llenaba la base de la silla y se desbordaba hacia los lados. Había engordado.

—Y tú sigues siendo el viejo zorro de siempre —acució Andrés—. Con esa cara de haberte zampado un kilo de limones. Te veo más gordo. ¿Será por los limones?

El mostacho de Iñaki ocultó una endiablada sonrisa.

—A ti en cambio te veo más delgado. Será porque te estás muriendo con tanto cigarrillo. —La voz de Iñaki sonó más grave de lo habitual.

Andrés afirmó con la cabeza.

—Es una de mis pasiones, morir lentamente.

—¿Sabes que no puedes estar aquí?

—Digamos, que he venido a hacerte una visita de cortesía.

—Joder, no has cambiado en nada —admitió Iñaki, sonriendo detrás de la mesa. Su barriga tocaba el borde de la misma.

—Ni tú. ¿Cuándo te quitarás ese bigote tan horrible?

—¿Y cuándo dejaras de fumar?

—Cuando me incineren.

Y se miraron los dos, con semblante serio y una delgada sonrisa en sus labios. Una cosa no comprometía a la otra. Iñaki apoyó los codos sobre la mesa metálica. Se escuchó un golpe carnosos. Andrés por su parte, estaba dando otra calada a su cigarrillo ante la atenta mirada de él.

—¿Sabes que este caso no te incumbe? No has sido destinado para ello —insistió el sargento.

—Tengo que ocupar mi mente durante unos días —explicó Andrés. Ahora el humo ascendía hacia al techo donde se difuminaba en su corto recorrido.

—No te voy a explicar nada.

—Lo harás. Sabes que una mano te vendría muy bien, porque no te veo seguro. Además, esos de traje azul y rojo, los Mossos no dan ni una.

Los labios del sargento se estiraron ahora en una plena sonrisa que sonó como docenas de pitos clavados en su garganta.

—Tengo a un sobrino trabajando en ese cuerpo de la Generalitat.

—¡Ah! Mira que bien. ¿Por qué no eligió ser un lagarto verde?

—Porque cobran unos seiscientos euros más al mes.

—Entonces, no es del todo tonto, no. —Andrés se estaba acabando el cigarrillo y ya había puesto sobre la mesa la cajetilla y el mechero.

Hubo un momento de silencio en los que pudieron escuchar las pisadas de otros "lagartos verdes" detrás de la puerta, en el pasillo. Seguramente con la vista fija en un montón de papeles.

Finalmente, el silencio se rompió con la grave voz del sargento.

—Esta mañana un hombre ha dado la voz de alarma al descubrir un cadáver en el bosque y cuando la policía llegó, el hombre decía no recordar nada. Al llegar nosotros, tampoco recordaba nada, pero de repente reconoció

a su hija muerta. El hombre ha sido interrogado sin ningún resultado. Además de su hija, han desaparecido también, su nieta y sus dos hermanas mayores. Estas cuatro desapariciones sucedieron hace algo más de un mes. Todas ellas, juntas. La denuncia formal, según me han informado la puso él mismo. Eso fue a finales de agosto o principios de septiembre. El caso es que el hombre está rodeado de desgracias. Su pareja sufrió un accidente de coche y ha quedado parapléjica. Además, hace treinta años, su compañera perdió a su hija, que murió ahogada en una piscina cuando jugaba con la hija de este hombre. —Los dedos de Iñaki repicaron sobre la mesa y se escuchó el golpe de las uñas sobre la base metálica—. El hombre se llama Emilio rostan y está jubilado por cinco hernias discales. Era Psiquiatra.

Los ojos de Andrés se abrieron detrás de la cortina de humo.

—Sí, algo de eso sopesaba ya desde esta mañana. Eso explica que a veces, sea tan certero en sus detalles...

—¿Qué quiere decir?

—Que a veces derrocha sabiduría por su boca.

El sargento asintió con la cabeza. Andrés dejó caer la colilla al suelo perseguido por una estela de humo ondeante. Iñaki arrugó los ojos.

—Querrás decir, que tiene momentos de mucha lucidez. Que parece interesante. Que tiene cabeza.

—Por ejemplo.

—La verdad es que los dos me dan pena. Ella en esa silla de ruedas a merced de alguien que sufre de demencia senil o Alzheimer, no recuerdo que era...

—Ambas cosas siguen la misma ruta —le cortó Andrés mientras sus dedos buscaban la cajetilla—. En realidad demencia senil no existe, sino Alzheimer, que presenta los mismos síntomas.

Iñaki enarcó una ceja.

El mechero de Andrés chispeó entre sus dedos.

—No quiero que fumes —sentencio Iñaki—. Ya te lo dije anteriormente muchas veces.

—Se me ha olvidado.

De nuevo el silencio se impuso entre los dos. Un instante después, la voz de uno de ellos quebró el silencio. Era Iñaki.

—La verdad es que estoy a la espera de la autopsia, no me veo con un simple caso. Estoy seguro de que se esconde algo más de todo esto.

—¿Y sabes qué es?

—No.

—Me lo suponía. ¿Cómo estaba el cadáver?

—En avanzado estado de descomposición. Aparentemente no tenía heridas. Aunque creo haber reconocido alguna mordedura de animal. Ratas quizás. Espero que mis dudas me las aclaren tras la autopsia.

Andrés que se había llevado el cigarrillo a la boca, aspiró lento y profundamente. Sus hoyuelos de los mofletes despertaron cierto interés en Iñaki. Este tío se está muriendo, pensó. La áspera piel de la cara de Andrés era más visible cuando aspiraba del cigarrillo con cierta ansiedad. Ya no era tan tranquilo como antes. Eso lo había notado.

—Seguro que saldrán heridas profundas de arma blanca o muerte por asfixia —dictaminó Andrés una vez hubo soltado todo el humo de sus pulmones.

Iñaki estaba casi histérico por el olor a tabaco.

Y ese perfume tan agrio o ácido que usaba el inspector.

—¿Cómo lo sabes?

—Son muchos cadáveres pasando por delante de mis cansados ojos —acució Andrés. Ahora si aspiró del cigarrillo con suma tranquilidad. El hombre tranquilo había vuelto. Y las sospechas. Todas las sospechas del mundo.

—Bueno, yo también he visto fiambres —rezongó Iñaki. Sus dedos seguían repicando sobre la superficie de la mesa. Tenía verdaderos círculos oxidados y sobre su cogote, en la pared, se mostraba la foto del Rey de España Felipe VI.

Andrés se apretó contra el respaldo de la silla. Se sentía incómodo en esa jodida silla y a punto estuvo de decirle, que la próxima vez, lo recibiera en un sillón. Pero afortunadamente, la idea se disipó como el humo que se escapaba de sus fosas nasales.

—Y está claro que del resto de los miembros de la familia desaparecida ni rastro, ¿verdad? —Los ojos claros de Andrés parecían ahora dos linternas enfocando la cara rechoncha del sargento.

—No. Ni rastro. Los demás miembros de la familia no han sido localizados, por el momento. —Iñaki levantó una mano en el aire y mostró un sello de plata en su dedo meñique que brilló penosamente bajo la cálida luz de su despacho—. Pero me he enterado que las denuncias de la desaparición fueron hechas en días diferentes...

—Interesante —le cortó Andrés llevándose la mano derecha al mentón para apoyarse en ella.

—Y ese es un detalle que no me dejaron claro, esta mañana, bueno ya casi la tarde —rectificó Iñaki y añadió—. Como tampoco dónde Vivían cada uno de ellos.

—¿Has llamado a Emilio para interrogarle una segunda vez?

—No es sospechoso de nada. Bastante tiene el pobre hombre. Si lo vieras. —Ahora Iñaki levantó la otra mano.

Andrés cerró los ojos.

—A veces las apariencias engañan.

Y cuando se marchó de allí, Iñaki se vio inmerso en un mar de dudas.

—No me he cambiado de casa —dijo Marta con un brillo en sus ojos. En el fondo, en el comedor se escuchaban las uñas del gato jugando a levantar cada hilo de la jarapa—. Pasa, estás en tu casa.

Andrés no tenía en esos momentos ningún cigarrillo pendiendo en sus labios, algo impropio de él y, en sus manos, sostenía una botella de vino del rioja. Cuando cruzo la entrada, observó que el corto pasillo estaba forrado de corcho.

—¿Y esto? —Señaló Andrés.

—Lo hice yo, cuando era pequeña, a los trece años. Tenía la puerta cerrada y las ventanas y la cola para pegar me pasó una buena factura, con un dolor de cabeza y garganta, insoportables.

—Era algo obvio.

—Anda, calla —acució ella empujándole hacia el comedor. El gato estaba ahora tumbado sobre el sofá con sus uñas abiertas y la mirada fija en ellos. De fondo, se escuchaba la televisión, algo que parecía relajar al gatazo de Marta.

El comedor era amplio y donde antes estaba una alfombra en medio del suelo y una silla atrapada en una de las esquinas, ahora había una mesa redonda de caoba y un mueble bastante grande, donde resplandecía la pantalla de un televisor de casi cincuenta pulgadas. El sofá estaba a un lado, apoyado en la pared, a la derecha.

—Supongo que debo dejar la botella en la mesa —dijo Andrés dirigiéndose a ella. La bordeaban cuatro sillas rojas.

—Adelante, esta es tu casa.

— ¿Estás sola?

—No. Mi pareja está en el servicio, ahora saldrá.

En mitad de la pared que separa el comedor con el cuarto de baño, se escuchó el agua de la cisterna borbotear por el hueco del retrete, llevándose

por delante alguna mierda.

Marta sonrió levemente.

—¿Las paredes son un poco finas, verdad?

—Sí. —Tenía sus manos puestas de forma instintiva, sobre su pequeña barriga.

Andrés advirtió ese detalle y para cuando iba a decirle algo, la puerta del cuarto de baño se abrió hacia adentro. De repente el comedor se inundó de un olor a fragancia, mezclada con algo que les resultaba conocido.

Había que disimular la peste a mierda.

El hombre que salió de allí era alto y delgado. Tenía unos pantalones vaqueros de pitillo y una camiseta negra con una cara dibujada en ella. Era un autor de libros de terror bastante popular. El hombre, que no era sino, un joven apuesto, llevaba gafas con una montura verde. Andrés supo, que aquello no pegaba ni con cola. Sus dedos quisieron rebuscar en el bolsillo de su gabardina para recuperar un cigarrillo. Siempre era mejor oler a nicotina que a mierda envuelta en un perfume.

Pero se contuvo.

El hombre se acercó a él con una amplia sonrisa dibujada en su rostro, mientras le tendía la mano de largos dedos finos.

—Soy Carles, la pareja de Marta. Supongo que te habrá hablado de mí, ¿verdad?

Andrés tenía las manos inmersas en las profundidades de los bolsillos de su gabardina. Marta le hizo un gesto con la ceja, mientras Carles esperaba con la mano abierta. Andrés sacó su mano de piel áspera y se la estrechó, sin apretar mucho. Con esta mano se ha limpiado el culo, pensó Andrés y retiró la mano de forma fugaz.

—Es un placer conocerle —dijo Andrés para ser formal delante de su "hija" adoptada. En otro caso lo habría mandado a la mierda.

—Bueno, ya os conocéis —dijo Marta dando una palmadita que hizo

que las orejas del gato se movieran como un radar.

Y eso fue todo lo que sucedió antes de la velada.

25

—¿Cuándo será el entierro? —preguntó Emilio mientras sus antebrazos reposaban sobre sus muslos, sentado en el sofá y con la televisión apagada. No tenía un ápice de sonrisa en su cara, ni tampoco una profunda tristeza. Era lo más parecido a la locura. Una locura siniestra y, al mismo tiempo, como si estuviera perdido en otra dimensión.

—Será después de que acaben con la autopsia. Supongo que será pasado mañana —explicó afligida Maria Àngels, mientras se llevaba una cuchara llena de puré de verduras a la boca. La cuchara chocó con sus dientes postizos y produjeron un extraño ruido.

Emilio asintió con la cabeza, juntando ahora sus manos.

No hablaron más del asunto esa noche.

Emilio había perdido la memoria.

26

Carles había bebido más de la cuenta y se durmió literalmente sobre la mesa. Su cuerpo delgado no estaba para dos botellas de vino; una de Andrés. Marta lo acompañó hasta la habitación de matrimonio que estaba al final del pasillo, mientras Carles se dejaba caer sobre ella a plomo y arrastraba los pies sobre el suelo fregado esa tarde. Olía a vinagre. Lo había dejado caer sobre el colchón que se hundió ligeramente y le había quitado los zapatos. Después, había cerrado la puerta y había regresado al sofá con Andrés.

—No parece que le siente muy bien el vino, ¿verdad? —inquirió Andrés mientras aguantaba el mayor "mono" del mundo por fumarse un

cigarrillo. Desde que había entrado a casa, había anhelado fumar y ahora estaba como un drogadicto, tembloroso y con punzadas en el cuello.

—Carles no bebe nunca y además su capacidad para dormir, es innata.
—Marta sonrió levemente y observó con asombro, como le temblaban las manos a Andrés—¿Qué te pasa?

—Tú lo sabes mejor que yo.

Ella sonrió abiertamente y se levantó hacia una de las sillas, donde reposaba lánguida e inerte, la gabardina de Andrés. Rebuscó en los bolsillos y extrajo la cajetilla de cigarrillos y el mechero.

—Sé, que lo necesitas —dijo, al tiempo que le alcanzaba su más preciada droga, y se sentaba al lado de él, por segunda vez esa noche—. Cuéntame —dijo.

Andrés cogió el cigarrillo con la mano temblorosa y se lo llevó a sus labios como si la vida dependiera de ello. Su mirada clara se había vuelto oscura por un interminable momento, para ir cogiendo brillo de forma paulatina, conforme la nicotina embriagaba sus ennegrecidos pulmones.

—La verdad es que voy a quedarme unos cuantos días más aquí —dijo al fin Andrés, mientras soltaba a una columna de humo como una chimenea.

—¡Que bien! ¿Y se puede saber el motivo del nuevo plazo? —Los ojos de Marta brillaban bajo la luz del comedor, que consistía en tres bombillas led enroscadas en una lámpara con tres brazos articulados. Ella sabía o intuía lo que le iba a decir Andrés, su papá.

—Creo que voy a tomar cartas en el asunto del caso de Emilio —dijo Andrés con su habitual tono de voz grave y pausado.

—¿Quién es Emilio? ¿Se trata de un caso nuevo? —dismuló.

Andrés asintió con la cabeza.

—Verás. Esta mañana ya te dije que tenía que hacer una llamada a un amigo...

—No recuerdo bien, pero creo que sí, lo escuché —le interrumpió

Marta con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Veo que te has despistado un poco desde que tienes esta nueva vida —acució Andrés, pero estaba bromeando. Bien sabia que estaba de broma.

—No estoy despistada papá. Esta mañana me dijiste que tenías que ir a ver a unos amigos, no llamarlos por telefono y esta tarde me llamaste para comentarme que aplzara la visita, porque se te habia presentado un nuevo caso. —Marta estaba jugando con sus propios dedos entrelazandolos—. Pero sabiendo cómo eres tú. Has decidido formar parte del equipo por tu cuenta.

Andrés lo admitió con un gesto con la cabeza.

—Sí, asi es. Estuve con mi amigo el sargento...

—¿El gordo? —Le interrumpió de nuevo, Marta acurrucándose a su hombro.

—Sí, Iñaki. El sargento de la Guardia Civil que estaba histérico con el asesino del código. El mismo. Esta tarde me ha contado unas cosas muy interesantes, aunque yo ya había tomado la iniciativa mucho antes de participar en ello. —Aspiró del cigarrillo que se encendió por un extremo y sus ojos claros se hundieron en sus cuencas—. En definitiva, que ya tenía decidido que quería participar en este nuevo caso que me tiene cautivado.

—A ti no te cautiva nadie. Ni yo misma —admitió Marta con sus largos dedos enroscándose en el jersey de Andrés.

—Bueno, quería decir, que ya me había pasado algo antes y que quería seguir en el asunto, porque algo me huele mal o quizás me resulte interesante. Tengo una jodida mosca detrás de la oreja y cuando eso pasa, me pongo las pilas.

—Peligrooo...

El humo serpenteante del cigarrillo se envolvió en la lámpara.

La explicación se estaba demorando en el tiempo.

—El caso es que han encontrado el cadáver de una mujer desaparecida cerca de Amer hace algo más de un mes. Una mujer joven. Se llamaba Aina.

Lo habrás escuchado por televisión o leído por internet. Llevaban todo el jodido mes buscándola y hablando de ella continuamente en todos los medios de comunicación. ¿Es así verdad? —Andrés hizo una pausa para ver la respuesta de Marta.

La respuesta llegó con un asentimiento de cabeza y dijo;

—Ajá.

—El caso es que quien la encontró fue su propio padre. Un hombre llamado Emilio y que tiende a perder la memoria de forma constante, pero que sin embargo cuando está lucido, te saca los colores en cualquier momento. —Andrés jugueteó con el humo del cigarrillo—. Es una persona extremadamente inteligente y muy detallista. Mientras estaba hablando con él por teléfono adivinó que yo estaba drogado con la nicotina. —Andrés la miró con sus claros ojos y el cigarrillo entre los dedos.

Los ojos de Marta más que brillar, ahora estaban abiertos como platos. Tenía los pies desnudos sobre el sofá, cerca del costado de Andrés. Momentáneamente, ella se había despegado del hombro de él.

—Eso me recuerda a un personaje de novela de misterio —dijo ella sin titubear, pero sin abandonar la cara de asombro.

—El tipo era Psiquiatra. Ahora está jubilado, por la edad y por cinco hernias discales. En la conversación que tuve con el sargento, llegué a preguntarme si él se había sentido incomodado por este hombre en algún momento. Finalmente, se decantó por esperar los resultados de la autopsia.

—¿Y este tal Emilio no es sospechoso?

Andrés se llevó la colilla a los labios y aspiró lo último que quedaba.

—No es sospechoso por la sincera razón de que fue él mismo quien llamó a la policía, pero eso no quita de que todo sea un montaje. ¿Crees que un jubilado operado de cinco ciáticas tiene fuerzas para matar a alguien y llevárselo al bosque? —Andrés fijó su mirada ahora al gran ventanal que había a su derecha y observando la persiana bajada pensó, ¿por qué no?

—Ha habido casos de viejas asesinas —acució Marta acurrucándose de

nuevo en su hombro.

—Sí, pero todas ellas han sido enfermeras y todo lo que hacían era apretar un extremo de una jeringuilla.

—Bueno, échale imaginación y demuestra porque ese hombre lisiado, no puede ser sospechoso. ¿Y si mintiera?

Ahora la mirada de Andrés se posó en la belleza de Marta, retorciendo el cuello, como si lo hubiera girado sobre un engranaje de bolas.

—Al principio tuve esa misma idea, pero cuando supe que también han desaparecido su nieta y sus dos hermanas mayores que él, la cosa cambió de forma radical. Todas ellas desaparecidas en diferentes días, pero dentro de la misma semana hace ahora algo más de un mes. El caso se llamó, sin embargo, caso Aina, agrupando a toda la familia.

Los ojos de Marta se abrieron esta vez aún más si cabe y algo inquietante le rondó por la cabeza.

—¡Si, ahora que recuerdo, fueron cuatro miembros de la misma familia! Durante una semana estuvieron buscando en Anglés, ya que dos de ellas Vivían allí y después ampliaron la búsqueda en Bescanó. Sin éxito. Pero nunca llegue a ver a ese pobre hombre o su mujer.

—¿Su mujer? La pobre está en una silla de ruedas y perdió a una hija hace treinta años.

—La desgracia se ciñe en ellos —dijo Marta con semblante serio. La vida a veces es muy cruel, pensó recordando al carbón de su padre.

Andrés cogió la colilla entre sus dedos y lo depositó en el cenicero de la mesilla que había en el centro, a medio metro de sus rodillas. El final del cigarrillo se extinguió con una torre de humo opaco.

En la televisión estaban echando un reality show de los malos, en la que un puñado de personas se encierra en una casa a estirarse de los pelos.

Había abierto la puerta con sigilo y se encontró con noche cerrada. Estaba lloviznando levemente, pero las pequeñas gotas de agua estaban frías. Se cerró la cremallera de su chaqueta de paño marrón. Su cabello gris casi al cero se humedeció casi al instante. Sintió frío en el codo y tenía la coronilla helada. El viento soplaba con cierta fuerza y le acarició con sus largos dedos helados en las mejillas. Su nariz se volvió roja y empezó a moquear por ella. La puerta repicó en el marco, pero fue un sonido casi inaudible. Se dio la vuelta y empezó a bajar los cuarenta escalones.

Una vez abajo, y con la linterna en la mano, comenzó a andar siguiendo el foco de la linterna que horadaba el paisaje con su espectacular lengua blanca. Y así estuvo casi quince minutos, caminando solo, y en silencio.

Emilio quería volver al lugar donde había descubierto el cadáver de su hija Aina. Tenía cosas que comprender o quizás ocultar. O sencillamente se perdería en el camino por la fuga de la memoria.

28

El reloj de Andrés marcaba las doce y diez minutos y el humo del cigarrillo subía en espiral hacia el techo. Un lugar que nunca alcanzaba, pues se disipaba antes de llegar a tocarlo. El olor a nicotina embriagaba el aire de la habitación y eso a él, le gustaba.

Sus pensamientos estaban en Emilio y en sus desgracias. El hombre presentaba síntomas de Alzheimer o demencia senil, pero era muy inteligente cuando estaba lucido. Eso era una cosa que se había repetido hasta la saciedad. Ahora deseaba conocerlo en persona y charlar con él. Algo que haría en cuanto amaneciera. Y las cosas irían muy deprisa, cosa que Andrés no sabía en esos momentos de activación.

Lo que no tenía bien claro, es el motivo de la desaparición de cuatro de sus miembros familiares. Andrés descartó un ajuste de cuentas, porque simplemente no encajaba con el perfil. Tampoco entraba en dicho perfil una

violación sustancial, porque habían desaparecido más miembros. Y predecía que en la autopsia se revelaría que Aina no fue violada. No tenía más familia. Ahora solo quedaba explorar en el pasado de él como psiquiatra. Un paciente descontento. Eso cobraba fuerza. Podría tratarse de uno de sus pacientes que la había tomado con él, para verle sufrir hasta el borde del infarto.

Esa era su teoría.

Y en ello siguió pensando hasta que se durmió, con los zapatos puestos.

29

No había olvidado el camino. No había olvidado el lugar. Las hojas seguían allí, tiradas en el suelo, inertes, sin vida y alrededor de ellas había unas marcas numeradas y alrededor de la zona, una cinta azul y amarilla.

—Hija mía —dijo con los ojos llorosos—. ¿Quién te ha hecho esto? — Su voz hizo eco en la oscuridad entre los árboles que finalmente se tragaban literalmente el sonido. La luz de la linterna estaba enfocando una gran mancha oscura. Tierra ennegrecida. Como si antes hubiera habido un charco de sangre. Él sabía que eso era sangre, que ya alimentaba las raíces de los árboles.

A lo lejos se escuchó el gemido de un animal. No era el típico ruido de una rata. Era un animal más grande, pero no se acercó. En las noches cerradas, incluso los felinos, que los había, salían a cazar.

Emilio se hincó de rodillas sobre esa tierra ennegrecida, alargó la mano y uno de sus dedos acarició la tierra. Estaba dura, como si fuera tierra seca, pero eso era imposible, pues habían pasado ya unos cuantos días de lluvia la semana anterior, y además torrenciales.

Con los dedos índice y pulgar, cogió un poco de aquella tierra que desgrano entre sus yemas. La arenilla cayó al suelo de nuevo dentro del foco de luz de la linterna. Después se llevó los dedos a la nariz. Y olió. Era un olor acre y fétido. Había rastros de olor de hojas muertas y tierra húmeda. Querías

saber dónde estaba el resto de su familia desaparecida y pensó por un momento, que él ya lo sabía.

Creía que lo había hecho él mismo todo, pero que no se acordaba. Por eso los ojos húmedos no fueron a más, porque quería asegurarse de que había sido él. O quizá no.

Estaba desconcertado.

Lucido, pero confundido.

En su memoria, que ahora estaba funcionando, rebusco el archivo de todos sus pacientes pasados. Los había; desequilibrados emocionalmente por ansiedad, bipolares, depresivos y con trastornos de delirio o esquizoides. Quería encontrar en ese gran archivo, alguien que encajara en el perfil de asesino. Podría ser él mismo, volvió a pensar.

Estaba entre dos ideas. Dos bandos antagónicos.

Él y alguno de sus pacientes.

Entonces perdió la memoria y ya no recordaba nada.

Y la noche lo abrazó con unos fuertes brazos helados.

Antes de que el sol saliera de entre las montañas, en el alba que aún no se reflejaba en el cristal de la ventana de la habitación de Andrés, ya había una cortina de humo ascendiendo hasta las cortinas y el halo dibujando extrañas formas en el cristal. Se había dado una ducha y se había vestido decidido a empezar la investigación por su cuenta.

Para ello alquilaría un coche y se desplazaría hacia Amer. Andrés sabía que era una casa grande justo al lado de la carretera antes de llegar al pantano. Él conocía esa casa y esa carretera. Recordó en esos momentos cuando su madre, lo llevaba a buscar agua en las fuentes naturales de Amer. Él entonces tenía doce años y todavía no sabía que iba a ser inspector de

policía.

Exhaló un torrente de humo y tiró lo que quedaba del cigarrillo al suelo. Después, su pie derecho lo aplastó con fuerza. Y mientras se acercaban las agujas de su reloj hasta las ocho de la mañana, estuvo esperando con la mirada inquieta y fumando un cigarrillo tras otro.

La nicotina ya salía por debajo de la puerta de su habitación a las siete y media.

31

Maria Ángels se despertó de súbito. Abrió los ojos y vio penumbra en la ventana de su habitación. Movi6 su mano derecha y advirti6 que Emilio no estaba a su lado. En su lugar solo estaba la s6bana, fría y arrugada. Sus ojos se abrieron espantosamente y su corazón se aceler6 como el motor de un coche.

Con la mano izquierda pulso el interruptor de la luz. Una amarillenta luz mezquina ilumin6 la habitación y sus ojos se desviaron hacia el lado derecho de la cama. l no estaba ahí. Era la primera vez que se despertaba sin sentir el calor del cuerpo de Emilio.

En la mesita de noche, al alcance de su mano izquierda, sobre la superficie lisa del mueble, reposaba su tel6fono m6vil en silencio. Lo cogi6 y se lo puso frente a la cara. Su ndice buscaba los contactos m6s urgentes, pero con el corazón palpit6ndole ahora en la boca no atinaba a encontrar ninguno. Finalmente, temblando, decidi6 marcar el 112.

—Aquí 112, qu desea?

—Mi marido no est. Creo que se ha ido a caminar solo. No recuerdo el n6mero de la policía y mi marido sufre Alzheimer. Podría estar perdido en alguna parte del bosque. —Su voz le temblaba.

—No se preocupe señora, pasamos el aviso a la policía. Dganos su direcci6n...

—Es una casa sin número, en la carretera que da al pantano de Susqueda. Entre Inglés y Amer —le interrumpió María Ángels.

—Perfecto. Ahora usted tómese una tila para relajarse. La policía de su zona va de camino. —La voz del otro lado de la línea, que era de una mujer y se escuchaba melosa.

—No puedo hacerme una tila, soy tetrapléjica.

De pronto desapareció todo rasgo de voz imponiéndose el silencio.

32

Sin tabaco y sin mechero, Andrés decidió que debía salir de aquel habitáculo de cuatro paredes. Si, se dormía bien bajo aquellas suaves mantas de color blanco, que sabe Dios cuantas pieles habrían rozado, pero se dormía bien. El agua de la ducha estuvo caliente y eso reconfortaba en un mes; octubre, en el que las temperaturas caían en picado. Pero le faltaba lo esencial, los cigarrillos. Y ya era hora a ir por tabaco. Recordó que en la planta baja había una maquina con tabaco. ¿Eso no estaba prohibido? Enarcó las cejas y cerró la puerta de la habitación tras de sí, de un fuerte golpe. Sus manos estaban temblando de nuevo y no había medido la fuerza con que cerrar esa dichosa puerta, que tenía las mismas características de una puerta blindada.

La bajada en el ascensor había sido una agonía. Un cubículo aún más estrecho. Más cerrado. Más claustrofóbico. Sin nicotina, se respiraba peor. Su corazón empezó a acelerarse, algo impropio de él. Un hombre tranquilo, con mirada profunda y voz áspera. Ahora estaba deseando gritar dentro de aquel jodido cajón.

Cuando por fin se abrieron las puertas correderas del ascensor, un chorro de aire fresco le sacudió el rostro devolviéndole a la realidad. Necesitaba los jodidos cigarrillos. Sus zapatos no se escuchaban sobre la alfombra roja con rectángulos amarillos. Que ordinario era aquello, pensó mientras levantaba la cabeza.

Al fondo del pasillo, a la izquierda, estaba el mostrador y un tipo detrás de esto con una estúpida sonrisa dibujada en su cara. Era calvo y bajito. De constitución mórbida y sus ojillos eran más pequeños que los de un gato recién parido. Sus manos, menudas, estaban apoyadas sobre el mostrador, junto a una campanilla dorada. ¿Seguían usándose esos chismes? Andrés meneó la cabeza. Aquel tipo se hacía cada vez más grande a medida que se acercaba a él.

—¿Hay aquí una máquina expendedora de tabaco?

—Por supuesto señor. —Señaló hacia una esquina, casi detrás de la puerta de entrada. El expendedor estaba casi escondido—. Si necesita cambio, le puedo dar unas cuantas monedas.

—¿Unas cuantas?

—El tabaco en esas maquinas expendedoras es más caro de lo habitual.

Andrés soltó un bufido. Solo le faltaba haber escupido un palillo mordisqueado y aplastarse el sombrero en la cabeza.

—¿No devuelve cambio?

—Me temo que no, señor. —El recepcionista seguía sonriéndole como un idiota. Allí no había nadie más que ellos dos solos.

—Hay que joderse —murmuró Andrés dándole la espalda. Sus dedos rebuscaron en el bolsillo de su pantalón vaquero. Tenía un pequeño monedero lleno de calderilla. Lo sacó y lo alzó mirándolo como si hubiera descubierto algo interesante. Después desvió la mirada hacia el frontal de la máquina expendedora.

Estaban todas las marcas y todas redondeaban las monedas de euro. Tres, cuatro, cinco. Eso era una barbaridad para Andrés quien a regañadientes introdujo sus duros dedos en el monedero. Le costaba encontrar las monedas de euro. La mayoría eran de cincuenta céntimos o veinte. Finalmente, volcó todas las monedas en una palma de la mano sin tintinear ninguna de ellas. El recepcionista tenía la mirada fija en él.

Sonriendo.

La primera moneda plateada de un euro cayó por la ranura produciendo un escalonado flujo de ruidos hasta topar con algo y el display marcaba un; uno seguido de un punto y dos ceros. Siguió echando monedas. Su dedo índice pulsó el botón que estaba en la línea del Winston. Automáticamente un engranaje sacado de una película de ciencia ficción empujaba la cajetilla de cigarrillos hacia la boca sin lengua de la máquina.

—Si necesita fuego, yo tengo cerillas aquí —le recordó el recepcionista moviendo una mano que Andrés no vio.

—Pues sí. Me has alegrado el día. Necesito fuego.

—La caja de cerillas cuesta un euro señor.

Andrés rezongó en el rincón mientras cogía la cajetilla con una mano temblorosa.

—¿Es que aquí cobráis por todo?

—¿A qué se refiere señor? —La estúpida sonrisa del recepcionista parecía haber quedado grabada en fuego en su cara y se hacía más grande, como la sonrisa de un payaso, a medida que Andrés se acercaba a él.

Con la cajetilla ya abierta, donde asomaban las boquillas blancas como la leche y habiendo tirado al suelo el trozo de plástico que envolvía la misma, Andrés rebuscó en el hueco de su bolsillo izquierdo. Toco algo duro. Como el canto de una rueda, pero en miniatura. Era un euro. Cuando al fin sus dedos lo atraparon lo puso sobre el mostrador, produciendo un tintineo suave. El recepcionista bajó la mirada y acto seguido se agachó hacia un lado, como si hubiera perdido algo.

Andrés estaba con el ceño fruncido y un cigarrillo atrapado entre sus secos labios. Sentirlo ahí, le había relajado y tirado la adrenalina por los suelos. Y volvió a ser como el de antes, el que fumaba como un carretero mirando a través de la ventana. Aspiró de forma inconsciente del cigarrillo apagado y solo consiguió tragar un poco de aire caliente de la calefacción del hotel.

—¿Ha perdido las cerillas?

—No señor. —El cuerpo del recepcionista se puso erguido de golpe, como si hubiera sido empujado por un muelle.

Puso la caja de cerillas sobre el mostrador.

Andrés lo miró con semblante serio y cogió el paquete de cerillas abriéndolo con algo de ansia. Sacó un fósforo y lo raspó en el lateral de la caja. Se escuchó un "Shhssss" y el olor a quemado le embriagó.

La cerilla ya encendida con una llama que danzaba sobre la madera de soporte, se acercó peligrosamente a un extremo del cigarrillo. Andrés aspiró por segunda vez, con sus ojos hundidos ante la impetuosa sonrisa del recepcionista, y el cigarrillo se encendió como un ojo inyectado en sangre. Unos segundos después, el humo acarició el rechoncho rostro del hombre de la estúpida sonrisa.

Pero no pudo borrar aquella diabólica sonrisa.

—¿Hay por aquí un lugar donde se puedan alquilar coches? —La voz de Andrés sonaba grave y su rostro se ocultaba tras una cortina de humo.

—No señor. Había una... —El hombre estrechó los labios perdiéndose toda sonrisa al fin, como si estuviera apretando para cagar, mientras solo estaba pensando y añadió—. Se llamaba AVIS, pero ya no existe. Me temo que tendrá que optar por usar un taxi.

Andrés lo miró con sus ojos claros que ahora parecían haberse vuelto oscuros como dos pozos sin fondo, por la mala noticia que le había dado. ¿Casi cincuenta kilómetros en taxi? Tragó nicotina, alquitrán y un sinfín de sustancias nocivas para relajarse.

—¡Vaya mierda! —vociferó Andrés, mientras le daba la espalda y dejaba un rastro de humo.

—¿Le pido un taxi?

—Métaselo por el culo —bramó Andrés rozando la puerta de salida. Un guantazo helado apretó todos los músculos de su cara cuando la puerta se abrió.

Y finalmente, tuvo que pedir un taxi.

33

Una mano sacudió el hombro de Emilio que permanecía acostado, en el suelo, de lado y en posición fetal. Su cara estaba gélida y era una mancha blancuzca. Emilio ni se inmutó. Sus ojos no se abrieron. La voz de aquel hombre, el policía, quedaba atrapado en la cabeza de Emilio como el zumbido previo a un mareo. Eran voces distantes e ininteligibles. Se mezclaban con los sueños. O pesadillas. En ellas, él se veía tapado con una gran montaña de hojas que chorreaban hasta empapararlo todo. Estaba tiritando y veía como el sueño le vencía y la vida se le escapaba de las manos.

—¿Señor? ¿Está usted bien? —preguntaba el policía tocándole como si tocara un trozo de mierda.

—¿No estás viendo que está helado? —Le profirió su compañero de fatigas, señalándole—. Tenemos que llamar a una ambulancia.

El otro policía retiró la mano del hombro de Emilio. En lugar de ponerle su chaqueta sobre él, y alzarlo sobre sus rodillas, se había limitado a tocarle con el dedo índice como quien toca con un palo un bote vacío. Sin vida.

Mientras el segundo policía se disponía a pulsar el botón de su intercomunicador, si es que tenía cobertura en aquel jodido bosque silencioso, de repente, Emilio empezó a parpadear.

—Acaba de abrir los ojos —dijo el policía que le había tocado el hombro.

Emilio movió el cuello y abrió la boca. Sus labios estaban amoratados y su rostro húmedo como las hojas muertas del suelo.

El policía del intercomunicador, lo soltó dejándolo colgar sobre su pecho como una extraña serpiente retorcida por un calambre y sin lengua bífida.

—Reanímale —dijo al fin.

El policía que le había preguntado si estaba bien, cuando Emilio era un cuerpo inerte sobre las hojas, se hincó de rodillas al suelo y rodeó su cuello con la mano caliente.

—¿Está usted bien?

Había cometido el mismo error dos veces esa mañana.

—Tengo frío. Mucho frío —dijo atolondrado Emilio. Su voz temblaba como un silbato estropeado.

El otro policía se guardó el micrófono del intercomunicador poniéndolo sobre el enganche que tenía en uno de sus hombros, como si estuviera mostrando un ave rapaz.

—Tranquilícese señor. Ahora estamos nosotros aquí. Le llevaremos a su casa. ¿Vive cerca? —El policía que tenía la mano en la nuca de Emilio, trató de acariciarle la cara, para darle calor. Sus dedos sintieron como la piel de Emilio estaba helada.

—No lo sé. No lo recuerdo —respondió Emilio cerrando los ojos.

—¿Que no se acuerda? ¿Ha recibido algún golpe en la cabeza? — Ahora su mano trató de subir la cremallera de la chaqueta de Emilio, aun estando cerrada.

—¿Pero no te ha dicho que no se acuerda de nada? —El otro policía puso los ojos en blanco y miró hacia un cielo encapotado o mejor aún, hacia las ramas de los árboles.

—¿Qué hace aquí?

El policía no paraba de preguntar estupideces. Su compañero tenía la sangre a punto de salirse por los ojos, de lo encendidos que estaban. Nunca había tenido a un compañero tan idiota.

—No lo sé —respondió Emilio. Era obvio.

—Señor, le llevaremos a casa —dijo el policía que estaba de pie.

Y así fue.

El intermitente derecho del taxi parpadeó como el ojo de un borracho. El taxi desaceleró y giró suavemente hacia la derecha, escuchándose el suave sonido de la gravilla bajo los neumáticos. Estaba lloviznando y el cielo era aparentemente una gigantesca nube de humo negro. Eso fue a las nueve y siete minutos. Emilio ya estaba en casa desde las ocho y veinte minutos. El coche de la policía todavía estaba aparcado en la explanada, con sus luces destellando y lamiendo las paredes de la casa.

—Vaya, me lo suponía —rezongó Andrés con un cigarro en los labios, sin encender.

—¿Decía algo señor? —preguntó el taxista de barba rala, mientras miraba el espejo retrovisor. La cara de Andrés se mostraba más ancha de lo que era en aquel espejo.

—No, nada —respondió Andrés desde la parte de atrás al tiempo que se llevaba una mano al bolsillo de su gabardina.

El taxista movió sus manos peludas por el dorso, alrededor del volante y pisó el freno. En alguna parte, la luz roja se reflejó como las llamas del propio infierno.

—Ya hemos llegado —anuncio el taxista y alargó la mano derecha hacia el taxímetro para pulsar el botón de parada. Cuando iba a decir el precio que se mostraba en la pantalla luminosa, que Andrés ya había visto, se le adelantó la voz grave del inspector.

—Tendrá usted que esperarme aquí un rato —explicó Andrés sacándose del bolsillo la caja de cerillas.

—Entonces tendrá que pagar un suplemento —dijo el taxista retorciendo el cuello para mirarle.

—Me lo imaginaba —dijo Andrés mientras encendía la cerilla. La portezuela del coche ya estaba abierta y se disponía a sacar su pie derecho.

El taxista, pulsó otros dos botones del taxímetro y los números cambiaron rápidamente.

—Aquí estaré esperándole señor —explicó el taxista, pero en ese momento la portezuela se había cerrado de un golpe sonoro. Un pájaro salió al vuelo asustado.

Con la nicotina ya embriagando sus pulmones y caminando sobre la gravilla que rechinaba bajo sus zapatos acabados en punta, Andrés observó que había un policía dentro del coche patrulla de color azul y blanco. El policía lo miró y volvió la vista como si no hubiera visto nada. Andrés enarcó las cejas y empezó a subir los cuarenta escalones.

Cuando llevaba veinte escalones y el pelo húmedo por la llovizna, otro policía salía de casa, atravesando el marco de la puerta, con un semblante serio, pero no más que la de Andrés que lo miró de reojo.

No necesitaba preguntar nada.

El policía bajó y Andrés subió.

—¡Se ha olvidado de cerrar la puerta! —Se escuchó de repente como el sonido de aquella voz se quebrara todo el camino, a través del aire.

Una mano se posó en el marco de la puerta. Las uñas de los dedos tensados, estaban cortas. Era la mano de Andrés.

—¿Se puede? —Su voz era grave y sus ojos claros se clavaron en la silueta de la silla de ruedas, que fue lo primero que vio. Quizá se quedó un poco asombrado por ello, pero ya sabía lo que le esperaba, por lo que el flujo de su sangre siguió corriendo por sus venas con la misma intensidad que sus sienes latían tras subir todas aquellas jodidas escaleras. Tenía la frente húmeda. El sudor se había mezclado con las pequeñas gotas de la lluvia.

Maria Ángels se había quedado muda.

Emilio estaba sentado en el sofá tomando un vaso de leche caliente y su mirada estaba centrada en el vaso. No miró ni de soslayo a Andrés.

—¿Quién es usted? —preguntó finalmente, Maria Ángels. Sus oscuros

ojos eran un borrón bajo aquella mezquina luz.

—Soy el inspector Andrés López —se presentó con la cara tapada de una densa columna de humo del cigarrillo—. Me gustaría ayudarles, si es posible. —Giró la cabeza y escupió la colilla al aire. Ésta voló al vacío de la parte posterior del rellano de la entrada, a seis metros de altura.

—Bueno. Toda ayuda es poca —dijo Maria Ángels adelantándose unos metros hacia él, mientras sus manos empujaban aquellas finas ruedas de su silla.

Ahora se le veían sus pequeños ojos, como olivas, tan oscuros como ellas.

—Es usted el mismo tipo con el que hable ayer. El fumador empedernido. El de mirada seria y voz calmada, pero grave. Eso denota que es usted muy perspicaz, serio y bastante peculiar en su trabajo.

Había sido Emilio, que hablaba mirando el vaso que arropaba con sus dos manos abiertas.

Andrés se quedó perplejo, algo impropio de él. Y en esta segunda ocasión supo a lo que se iba a enfrentar.

—¿No se supone que no recuerda nada?

—A veces.

La distancia entre ellos era de tres metros y medio, pero en lo que respecta en la inteligencia, era de un milímetro.

—¿Es usted Emilio no?

—Sí, claro.

Mientras tanto, en alguna parte lejos de allí, alguien escuchaba los resultados de la autopsia. Por supuesto era el sargento Iñaki.

—¿Cuántas puñaladas ha dicho?

—Más de diez —dijo la ululante voz al otro lado del teléfono.

—Se ha ensañado bastante —dijo Iñaki mientras daba cortos paseos por su oficina con el teléfono pegado a la oreja.

—No crea. He visto cosas mucho, peores. Las heridas de arma blanca no son muy profundas, por lo que o bien no se ha ensañado o no tenía la suficiente fuerza para llegar hasta el mango del cuchillo...

—¿Cuchillo? —Le cortó la grave voz del sargento.

—Sí, y de grandes proporciones. Yo diría que uno de los que emplean en las cocinas de los restaurantes.

Iñaki se quedó congelado.

—Entonces murió por esas heridas.

—En parte sí, pero está la falta de oxígeno a sus pulmones. Tienen una mancha muy grande. La víctima ha sido asfixiada, pero no tiene marcas en el cuello. Probablemente hayan usado una bolsa para ello.

—No encontremos ninguna bolsa en el lugar...

—Tampoco el cuchillo. —Le cortó esta vez, la aguda voz del otro lado.

—Está bien. Quiero todo el informe aquí inmediatamente. Le doy diez minutos.

—sí, señor. Lo que usted diga.

Y colgó.

—Entre señor inspector. No se quede ahí parado con la puerta abierta. Mi marido se va a coger una pulmonía —dijo Maria Ángels moviendo una mano con un dedo en forma de gancho.

Andrés dejó de apoyarse en la jamba de la puerta y entró con pasividad, sin dejar de mirar a ambos, como si fueran cosas extrañas. La verdad es que hacían una pareja muy peculiar. Una tetrapléjica con un pirado que pierde la memoria. Eso sí que es amor, pensó mientras cerraba ya la puerta a sus espaldas. Ésta repicó en el marco y el viento que soplaba a rachas, siguió llorando cerca de las esquinas de la casa, como una melodía de fondo.

—Gracias, señora —dijo Andrés mientras sus dedos rebuscaban en el interior del bolsillo de su gabardina.

—A mi señora le molesta el humo. Si está usted decidido a buscar otro cigarrillo de su bolsillo y llevárselo a la boca, ya puede hacerlo fuera, porque aquí no recibimos muy bien el aroma, por así decirlo, de la nicotina —explicó Emilio volviéndose hacia él. Había dejado el vaso sobre la mesita que tenía enfrente, junto a sus rodillas.

Andrés se quedó expectante.

—Oh, no le haga mucho caso a mi marido. A veces desvaría y se pone a verborrear cosas que no debiera. Otras, simplemente no se acuerda de nada.

—Sabes que eso es mentira.

—¿Lo ve? No recuerda que padece Alzheimer.

Emilio soltó un resoplido desde el sofá.

Pero Andrés López, el inspector con las formas más peculiares de trabajar en sus casos, que no sería este, se había quedado petrificado. ¿Cómo demonios, sabía Emilio que trataba de coger otro cigarrillo? Andrés sabía que sería un hueso duro de roer.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Andrés hundiendo ambas manos en sus bolsillos, como un niño que espera a ser designado a qué clase va a presenciar el resto del año.

—¡Por supuesto! No faltaría más. Disculpe que no se lo haya ofrecido antes. —La voz aguda de Maria Ángels había sonado como una alarma ululante que había empezado con fuerza y la había perdido al final, como un fuelle.

—Los dos chicos esos, vestidos de azul dicen que por poco la picho en el bosque.

—¿Qué? —Andrés no había escuchado nunca la palabra; picho.

—Es una expresión que significa a punto de morir —saltó Maria Ángels y añadió—. ¿Puede ayudarme a acercarme a la mesa?

Andrés accedió a coger ambos mangos de la silla de ruedas como un carretero. Antes de hacerlo, la bordeó y contempló el esmirriado cuerpo de ella. Como sus largos brazos podrían ser casi quebradizos debajo de aquel jersey azul. Sus dedos largos y huesudos como un esqueleto. El cuello como el de un pato y la gran cabeza casi cadavérica que soportaba dos grandes cuencas donde bailoteaban dos minúsculos ojos oscuros. Sus labios eran una cremallera cerrada.

Sintiendo el mayor deseo del mundo por llevarse un pitillo en la boca, empujó la silla de ruedas y volvió hacia Emilio. Había una silla de madera en el medio. Tras dejarla posicionada delante de su marido, Andrés echó mano de la silla, que produjo un traqueteo ruidoso al ser arrastrada.

—A mi mujer no le gustan los ruidos como el que acaba de hacer con la silla. ¿A qué a usted no le gusta morder una bola de algodón? Pues esa extraña sensación es lo que siente ella, cuando las patas de una silla arañan el suelo. —Señaló el mismo y Andrés bajó la mirada.

Eran ladrillos.

—¿No se supone que usted no recuerda nada? —inquirió Andrés tomando asiento justo a un metro de ambos.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Todos.

—Usted solo sabe lo que les dicen ellos. Incluido mi señora, pero no sabe lo que pienso realmente, ni si he dejado de pensar en alguna ocasión. ¿A qué ha venido? —Los ojos de Emilio estaban húmedos—. ¿A recordarme que mi hija está muerta?

—No. Solo a preguntarle de quien sospecha.

—¿Sospechar yo? ¿Nos ha visto bien?

—Demasiado bien. Y me temo que usted ya tiene a un sospechoso, salvo que no lo suelta por miedo a meter la pata. Esa que tanto protegen los psiquiatras.

Emilio lo miró con semblante serio. Parecía demasiado pequeño, hundido en el sofá.

—¿Porque cree usted que tengo a un sospechoso en mi mente? ¿No podría ser una?

—Eso es lo que quería escuchar. —Andrés deseaba con todas sus fuerzas acariciar con sus labios el fino papel de un cigarrillo.

—¿Y también quiere escuchar que sé, que está deseando como un yonky, echar una calada de esa nicotina que guarda en sus bolsillos?

Andrés lo miró fijamente. Sus ojos claros se oscurecieron en este acto, por un largo espacio de tiempo, en la que además, Maria Ángels los miraba primero a uno y luego a otro, como si fuera un partido de tenis.

Era una situación tensa.

—¿Ha tenido usted muchos pacientes?

—Los suficientes como para conocer a alguien con solo mirarle.

Pero Andrés cayó en la cuenta que la primera vez que habló con él, había sido por teléfono y lo sabía también. No sabía qué pensar de este hecho insólito. Se sentía por una vez en toda su carrera, como una rata frente a un gato de enormes fauces.

—Señor inspector, no le haga mucho caso a mi marido. A veces se

pone irritable. —Maria Ángels quiso quitar hierro al asunto.

—No se preocupe señora. He visto de todo —dijo Andrés mientras movía su pie derecho como si este vibrara. Se escuchaba el repicar del tacón.

Entonces los ojos de Emilio se cerraron lentamente, como si estuviera concentrándose en algo. Unos segundos después los abrió abruptamente y dijo;

—Le propongo algo. Le dejo tragar esa mierda que tiene en su bolsillo y a cambio me ayuda a encontrar al asesino o asesina de mi hija.

La pierna de Andrés dejó de temblar.

—Eso es lo que me propongo hacer. No he venido aquí para darle el pésame —dijo Andrés con su grave voz.

Maria Ángels abrió la boca asombrada.

Andrés miró el reloj y la aguja del minuterero le indicaba que había pasado casi veinte minutos. En su mente vio el taxímetro volverse loco.

—Sé que tiene un taxi esperándole fuera.

—¿Cómo puede saber eso?

—Porque ha mirado usted el reloj y ha puesto cara de agrio. Sencillamente por eso.

Andrés soltó aire por la nariz como si por ella estuviera erigiéndose una columna de humo, el resto de la nicotina que aún no había aspirado hasta en lo más profundo de sus pulmones.

Lo vio por la televisión. Marta estaba viendo la televisión cuando la noticia saltó en primer plano.

Mujer desaparecida en Amer aparece muerta y se desconoce el motivo

del presunto asesinato.

Marta enarcó las cejas.

No hubo imágenes del lugar donde la hallaron, solo un vídeo de archivo de los bosques de Amer y arriba, en la parte superior derecha, una fotografía de Aina. Recordó ese nombre. Andrés se lo había explicado la noche anterior, pero Marta supo enseguida que en este caso, nada podía hacer por su papá.

38

Andrés se fumó un cigarrillo delante de sus narices. Emilio se quedó mudo al momento y entró en un lapsus de pérdidas de memoria, tan repentino, como levantar el pie y soltar un pedo.

—No sé a dónde quiere llegar. No recuerdo nada ¿Le ha pasado algo a mi hija?

Andrés estaba mosqueado, mirándole fijamente, como un gato a un agujero por el que espera el bigote de un ratón.

—Ya le dije que mi marido padece Alzheimer, pero de una forma un tanto extraña. Eso nunca lo he entendido. —Se disculpó Maria Àngels. Sus manos huesudas estaban volando por el aire como si fueran dos aspas moviendo el aire.

Andrés también estaba algo desconcertado.

—No se preocupe, he visto casos peores —mintió Andrés dejando caer la colilla al suelo. Una estela de humo le siguió hasta el suelo—. Ahora me gustaría reconocer la zona en donde se encontró a su hija. Los polis siempre se dejan algo por el camino —dictaminó con un arco en sus labios.

—Sí, claro. El lugar es de fácil acceso y está muy cerca de aquí. Puede ir andando si quiere. Mi marido siempre va caminando solo a ese bosque, bueno, en realidad es un largo camino que bordea el pantano, donde puedes respirar profundamente el aroma de las castañas y las setas en estas fechas.

Yo por desgracia no puedo hacerlo.

—Conozco bastante esta zona —explicó Andrés con cierta nostalgia—. De pequeño, mis padres solían traerme por estos lugares.

—¿Entonces es usted catalán?

Andrés guardó silencio.

39

El sargento Iñaki sabía que se iba a pasar la ley por el arco del triunfo, pero también sabía que Andrés estaría merodeando cerca del ecuador de la investigación. En otras palabras; probablemente estaría en casa de Emilio o en el bosque.

Y acertó.

Con los pies sobre la mesa y habiendo apartado un bloque de papeles a un lado, el sargento, repantigado en la silla, se disponía a marcar el número de teléfono del inspector. Todavía lo tenía guardado. Cosa rara en él.

En la pantalla táctil ponía; inspector.

La yema de su dedo pulgar se posó sobre el nombre y se llevó el teléfono a la oreja. Dos tonos y la voz carraspeada sonaron en el altavoz.

—Dime algo que yo no sepa —contestó la voz. Parecía una voz trémula, pero en realidad es que estaba hablando con el cigarrillo pendiendo de su boca.

—Dímelo tú —respondió el sargento—. Es raro que a estas alturas ya no sepas algo más.

Se escuchó como una especie de risilla maliciosa al otro lado de la línea, o le había parecido oír eso. Andrés nunca se reía. Ni sonreía. Eran los mocos que modulaban su respiración.

—¿Me has llamado para chascarrear o darme una buena noticia?

—¿Qué has dicho?

—No lo sé, a veces utilizo esa palabra para decir si vas a soltar una verborrea o charlar de los tiempos pasados. Déjalo, no tiene sentido. No recuerdo de donde lo saqué.

El sargento arrugó una frente abultada y rechoncha que Andrés no pudo ver. La luz de la bombilla dibujó largas sombras entre las arrugas.

—Bueno, a lo que íbamos. Utilizo mi teléfono personal para que no quede constancia de nuestra conversación. Aunque sé que estos hijos de puta, igualmente me tienen pinchada esta línea, pero es más probable que la usen menos. Tengo los resultados de la autopsia. Aina, murió a causa de unas heridas de arma blanca. De un cuchillo de enormes proporciones. Pero lo que la remató finalmente, fue la asfixia. Alguien debió utilizar una bolsa de plástico, ya que no la estrangulo con sus manos. Además, las heridas en el pecho con el arma blanca no son muy profundas y ninguna de ellas fue mortal.

—Uhhmm. No es que me sorprenda pero, algo es algo. Esto indica que la persona que asesino a Aina no es demasiado fuerte. Por lo que descarto un ajuste de cuentas con sicario de promedio. Desconozco si esa mujer tiene mucha pasta o no. Pero queda descartado incluso el móvil del robo. ¿Existe agresión sexual?

—No —respondió inmediatamente el sargento. Se le habían dormido los pies. Los abrió como si estuviera tumbado en una hamaca.

—Entonces ha sido alguien conocido. Alguien que conocía bien a la víctima. No buscaba nada de ella. Solo verla muerta.

—¿Qué insinúa?

—No lo sé con certeza, pero podría estar en un entorno cercano. Me refiero a la familia, vecinos, el pueblo.

—Tiene base sólida.

—Ahora hay que descubrir donde están las demás desaparecidas del clan.

—¿Dónde estás ahora?

—En el bosque. En un camino hermoso donde solo oigo mis pedos y el canto de los pájaros, aunque no estemos en primavera y este empapado de esta jodida llovizna helada.

—Sabes que no puedes estar ahí, amigo.

—Ya los has dicho tú, amigo.

Y Andrés colgó.

Iñaki se quedó mirando el teléfono como si de allí sacara alguna conclusión más.

En el otro extremo, mientras tanto, Andrés seguía caminando, solo. Como Emilio.

40

Las hojas muertas estaban apartadas hacia un lado bordeando lo que parecía una fosa llena de gusanos. Pero nada más lejos de la realidad, aquello era una mancha oscura con la silueta marcada en la tierra de la que fue Aina. Donde se suponía había estado la cabeza, Andrés tocó con sus propios dedos una tierra algo más granulada que el resto. Sin duda, él supo que allí había habido mucha sangre filtrándose hasta el infierno. Un detalle, que pensó, se le habrían pasado por alto a aquellos inútiles. Sus labios se estiraron cuando recordó al asesino del código.

Se llevó los dedos a la nariz y empezó a oler como un animal. El don de identificar el tipo de sangre seguía patente. Sin duda alguna era Rh positivo. Aún después de un mes, podía olerlo. Pero no, no tenía visiones cuando tocaba algo ni leía en las mentes de los demás. Eso, ya era cosa de novelas de un famoso escritor de terror que seguía con avidez. Le gustaba la lectura. Le gustaba la narrativa inteligente, aunque dijeran de dicho autor que escribía basura y vendía mierda.

El humo se alzó delante de sus ojos como una espiral, disipándose después, antes de llegar a las ramas. El cigarro estaba pendiendo de sus labios. El faldón de la gabardina parecía una alfombra tirada sobre el camino, o mejor dicho, sobre el borde del camino. Porque estaba casi horadando la maleza. Y aplastando algunas setas. El olor a nicotina apenas era palpable, ni el olor fétido del cuerpo ya inexistente de Aina. Allí se olía a hojas muertas y a humedad.

Sus ojos se hundieron en derredor y todo parecía estar tan normal, como si allí nunca hubiera sucedido nada, que el único impulso que sentía, era el de seguir caminando. Las puntas de sus zapatos tocaron un montón de hojas inertes, cuando se puso de pie, quedando a un lado como si hubiera abierto un surco en el suelo. Sus huesos crujieron al estirarse. Ya estaba cerca de los cincuenta y el tiempo no pasaba en balde. Una punzada en la ingle le hizo contraerse. Él sabía que era el jodido tiempo el que influía en sus nervios y sus huesos. Le dolía el brazo derecho. Como un dolor sordo que acaba en la punta de los dedos.

Cogió el cigarrillo con sus dedos y lo dejó caer al suelo, ya en el centro del camino y lo aplastó como una maldita rata. El humo fue inadvertido y la colilla se hundió en la tierra. Entonces comenzó a caminar en silencio. Camino arriba.

Hasta que vio algo.

Marta sabía que no podía hacer nada al respecto y que su nuevo papá era muy tozudo. Lo veía caminando solo en el camino del bosque. Un bosque muy frondoso que había visto por todas partes, porque la comentarista había dicho la palabra "bosque". De eso ya habían pasado muchos minutos, media hora o quizá una hora. No estaba pendiente del reloj. Carles se había levantado temprano y se había ido a trabajar como funcionario al Ayuntamiento de Gerona y aunque el trabajo le iba bastante bien, Marta nunca quiso desprenderse del piso de Salt a pesar de la insistencia de él, por

cambiar de hogar.

Veía a Andrés explorando los recónditos agujeros de un bosque, el de Amer. Ella no había estado allí nunca, pero lo conocía de oídas y sabía que toda la provincia estaba rodeado de frondosos bosques en los que desaparecían decenas de personas que nunca más se volverían a encontrar. Sabía que Andrés estaría allí, buscando. Lo conocía.

Pero de momento no había galimatías que resolver como un código secreto ni seguir el rastro a un ciberdelincuente en internet. Esta vez la cosa se le escapaba de las manos y veía impotente, al no poder ayudarle.

Imaginó a Andrés rodeado de humo y caminando.

42

—Señor sabelotodo, creo que he descubierto algo nuevo para usted —informó Andrés con su peculiar voz. Era evidente que tenía un cigarrillo bailando en los labios.

—¿Qué? ¿Qué coño está haciendo?

—Lo que no habéis hecho vosotros —rezongó Andrés.

Iñaki permaneció en silencio durante un ominoso silencio al otro lado de la línea. El viento comenzaba a soplar fuerte y se podía escuchar el crujido al pasar por delante del micrófono del teléfono de Andrés. Las gotas de lluvia se retiraron, al menos, de momento. El faldón de la gabardina ondeó en el aire.

—¿Qué has descubierto Andrés? ¡No! ¡No me lo digas! Si estoy pensando bien, ¿es lo que creo que es?

—Sí.

—¿Cuántos?

—De momento, y estoy a un metro de ello. Creo que hay un solo

cuerpo. Está enterrado. Al menos solo, veo un pie amoratado.

—¡Joder! ¿Dónde te encuentras?

Andrés pudo imaginarse la cara del sargento y el culo encogido en su silla.

—En el mismo lugar donde apareció la primera víctima. Un kilómetro más arriba. Ha sido un paseo muy hermoso.

Iñaki pensó que por un momento se estaba guaseando, pero sus ojos con la mirada profunda, indicaban que se lo estaba tomando muy en serio.

—Los inútiles no lo vieron. —Iñaki habría querido gritar, pero lo había soltado con voz casi sedosa, apartando a un lado su tono grave y penetrante.

—Sé que estás cabreado, pero las cosas son así. Cuando descubres un cuerpo y hay más desaparecidos dentro de la misma familia, hay que peinar al menos dos hectáreas del bosque —le reprimió Andrés con el teléfono calentándole la oreja.

—Te dije que no metieras tus narices en este asunto. No estás designado para este caso. Hazlo saber a tus superiores.

—Sabes cómo trabajo, bueno, como soy.

Iñaki pareció haber escuchado una risilla que no fue tal, sino el viento acariciando el micrófono.

—Está bien. Ahora mismo voy para allá con la artillería pesada pegada en el culo. Y no llames a nadie. —La voz de Iñaki se había vuelto más grave de lo normal.

—Tranquilo amigo, tampoco voy a tocar nada.

—Ni se te ocurra...

Pero Andrés le había dejado con la palabra en la boca y colgó. El tono de fin de llamada fue el único testigo del cabreo de Iñaki.

Se guardó el teléfono en el bolsillo de la gabardina y con la mirada puesta en el pie desnudo y purpúreo que sobresalía de los matorrales y un

buen puñado de hojas perennes, recorrió el escaso metro que lo separaba del descubrimiento.

Se detuvo delante de una nube de moscardas verdes y escupió la colilla apagada lanzándola sobre ellas, logrando con ello que se disiparan momentáneamente. La colilla cayó sobre un montón de hojas de las cuales había un agujero en la que asomaba un pezón negro. Y más adelante un matojo de cabello oscuro. Andrés se había agachado y sin hincar sus rodillas en el suelo mojado, se inclinó por ponerse en cuclillas. La tela del pantalón vaquero se tensó peligrosamente.

Se quedó mirando aquella escena que para cualquiera parecería dantesca, pero para él, era un solo descubrimiento más. Algo con lo que poder encajar lo que parecía iba camino a convertirse en un rompecabezas. Sus ojos escrutaron la zona apartada del camino y no vio nada excepto la posibilidad de que allí bajo todos aquellos arbustos que debieron crecer justo después de abandonar el cuerpo, hubiera el cuerpo de una mujer, pues era demasiado grande para ser de una niña. Y es que Andrés recordaba las palabras exactas; han desaparecido mi hija, mi nieta y mis dos hermanas.

Su mano se hundió en el bolsillo de la gabardina y saco la cajetilla de cigarrillos. En uno de los extremos asomaba una pequeña lengua blanca y circular. Acercó sus labios y lo atraparon con ansia. Después de guardarse la cajetilla, sacó las cerillas y encendió una de ellas que prorrumpió en el silencio del bosque. El humo, no tardó en elevarse como en una chimenea y curiosamente no sabía hacer ninguna forma con el humo al expulsarlo.

Tras dos caladas y manteniendo su posición en cuclillas rebusco en el bolsillo contrario. Allí tenía un lápiz con el que a veces apuntaba algo en algún papel. Solo a veces. Pero ahora iba a utilizarlo para otra cosa.

Extendió su mano hacia el pie desnudo mientras una mosca gigante y brillante zumbaba alrededor de ella. Y con el lápiz apartó las hojas hasta llegar a la tibia de aquella pierna.

Entonces escuchó unas pisadas a sus espaldas y alguien que dijo;

—Es mi hermana.

Era Emilio

43

Mientras toda la troupe se dirigía de nuevo a Amer, Maria Ángels sostenía el teléfono móvil en su mano, temblorosa, dudando de si llamar a la policía o a su esposo.

En la oscuridad la pantalla táctil del teléfono que sostenía entre su cadavérica mano, parecía una linterna y las vagas sombras se arrastraban por el suelo de piedra.

Inmóvil, en su silla de ruedas, la enclenque figura de ella, parecía más a un fantasma que a ella misma. Su peinado ridículo como una escarola puesta sobre la cabeza y sus ojos hundidos que no se apreciaban en la oscuridad, pues tenía la luz apagada. Emilio se había ido y antes de cerrar la puerta había apagado la luz del comedor.

Finalmente, optó por no llamar a nadie.

Temblorosa, siguió esperando.

44

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —Le interrogo Andrés sin erigirse de pie.

Emilio avanzó hacia él arrastrando los pies. Tenía los ojos llorosos.

—Llevo más de un mes esperando este momento. Sé que mi hija, mi nieta y mis dos hermanas desaparecieron y no precisamente en un viaje de crucero al caribe. Soy consciente de sus destinos serian este. —Señaló el pie desnudo—. Lo que oculta toda esa maleza y esas hojas, es una de mis hermanas. Alguien decidió un buen día que correría la misma suerte que mi hija. Es curioso, pero todos los días camino solo por este camino y hasta

ahora no habían aparecido ninguna de ellas. Las moscas verdes se agolpan sobre ellas y eso no lo había visto hasta ahora.

Después de la perorata de Emilio, Andrés, todavía en cuclillas, dijo;

—¿No se supone que no recuerda nada?

Emilio no contestó al momento. Se limitó a señalar de nuevo, esta vez, el pezón negro que aparecía sobre las hojas.

—Lo que no te podría decir es cuál de las dos hermanas es —dijo sin titubear.

Andrés estaba desconcertado, pero eso no le decía nada, sino complicar más las cosas. Cogió el cigarrillo de su boca y lo aplastó en el suelo. El humo se extinguió rápidamente.

—Y según tu criterio, ya que no eres sospechoso, ¿por cuál de ellas te inclinarías y porque motivo han merecido este final?

—No lo sé. Necesitaría ver parte de su cara. Con los ojos me bastaría. Sobre lo otro. No es un asesino en serie ni tampoco son agresiones sexuales. Desaparecieron una detrás de otra, en días diferentes, pero dentro de la misma semana. No han sido objetos de robo, pues no poseen una fortuna. De modo que puedo pensar en una venganza...

—¿De algún paciente suyo en el pasado? —Le cortó Andrés mirándole con semblante serio y una mirada profunda. Su piel áspera de la cara estaba ahora seca, después de que hubiera cesado la llovizna hacía varios minutos.

—Podría ser.

Andrés descubrió en ese momento, en que estaban de acuerdo en varios puntos. Pero las sospechas hacia él, crecían sobremanera. Sin embargo, al verlo, enclenque y doblado hacia adelante y aquellos ojos hundidos, supo o quiso saber que no podría ser el asesino.

—Uhhmm. —Esas extrañas letras sonaron como un graznido en la garganta de Andrés.

—¿Piensa usted que puedo ser yo el asesino?

Andrés meneó la cabeza.

—No he llegado a ninguna conclusión todavía —mintió Andrés.

—Me está usted mintiendo —sentenció Emilio arrugando los labios. Su chaqueta marrón mostraba una gran mancha oscura desde los hombros hasta el pecho. Era agua.

El inspector se quedó mudo.

Era la primera vez que le pasaba.

45

A través de la ventana, reflejados en el techo de la habitación, las luces azules y amarillas dibujaron extrañas formas que parecían danzar en todos los rincones. Unas vigas de maderas retorcidas, cruzaban todo el techo y Maria Ángels se preguntaba muchas veces que sería de ella si alguna vez se cayera sobre la cama una de estas vigas en mitad de la noche.

Dejó a un lado los malos pensamientos y se centró en el reflejo de aquellas luces que le resultaban más que familiares. Eran las luces de los coches patrulla de la policía y la Guardia Civil. No tenía duda alguna. De vez en cuando, en esos mismos rincones, retumbaban unos reflejos amarillos que procedían de los grandes camiones de transporte de agua mineral. A unos cinco kilómetros estaba la fuente Font Vella, y sintió nostalgia al recordarlo. Antes del accidente. Antes de verse postrada en la silla o en la cama. Emilio y ella iban en busca de agua cristalina y fresca en las fuentes donde estaba la embotelladora más grande de España.

Ella estaba inquieta delante de la ventana sin poder ver nada, bueno sí, el techo del taxi o mejor dicho el marcador del taxi iluminado en rojo, que indicaba el estado de "ocupado". Emilio no estaba; una vez más y, pensó que quizá solo por esta vez, lo vería en la explanada frente a la casa, pero no fue así. ¿Cómo se había se le había escapado? ¿En qué momento había salido por la puerta sin hacer ruido? Ya llevaba bastante tiempo fuera.

Ahora el zumbido de aquellas ruedas invisibles para ella, se alejaba como un gran grupo de abejas. Pero las ruedas de su silla de ruedas, no eran invisibles, sino grandes y estrechas con el borde áspero. Con la ayuda de sus manos, agarró las gomas y empezó a empujar hacia adelante. La silla se movió en dirección hacia el pasillo. Un corto pasillo de apenas tres metros, pero que para ella se hacía largo e insidioso.

—Es la policía —susurró a la mitad del camino—. ¿Quién la ha llamado?

Lo podía adivinar porque seguían zumbando hacia arriba. Hacia el pantano. Lo sabía porque aquellos neumáticos no habían parado de sonar en la distancia de momento.

Estuvo a punto de coger de nuevo el teléfono que tenía sobre las piernas inútiles. Sin embargo, una vez más, no lo hizo.

Prefirió esperar.

46

—¿Qué hace aquí? —preguntó el sargento al tiempo que se bajaba del coche patrulla de color verde y blanco.

Andrés se lo quedó mirando con un rostro serio. Aunque sabía que no era a él a quien se dirigía. Las luces de colores ahora, se reflejaban en las pocas hojas que aún seguían colgando de las ramas. El sol era un hechizo oculto y la zona estaba casi en penumbras.

Emilio lo miró también detenidamente. Estaba de pie y tenía sus manos escondidas en los bolsillos de su chaqueta mojada.

—Sargento, hay un pequeño problema. Ahora no recuerda nada —explicó Andrés desde el lado de la posible víctima enterrada con hojas. De no haber aparecido allí Emilio, habría apartado las hojas con el lápiz y habría descubierto la cara. Quizá habría seguido por el pecho y los brazos. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Además, eso habría implicado ir demasiado lejos en

el asunto. Modificar las pruebas en el estado que se encontraba Andrés, hubiera sido un grave delito.

—¿Ya está otra vez con el mismo sermón? —Los ojos del sargento estaban inyectados en sangre. A sus espaldas se escucharon cerrarse las portezuelas de los vehículos. En total había cuatro. Dos de la Guardia Civil y entre la Policía Nacional y la Judicial. Dos de aquellos hombres ya se estaban preparando para enfundarse en un traje como de papel blanco y tenían en las manos unas mascarillas. Las iban a necesitar.

Iñaki se dejó la portezuela abierta.

—Creo que será mejor decir, con el mismo problema —acucio Andrés con cara de muy malas pulgas. Curiosamente no había ningún cigarrillo pendiendo de sus labios, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas.

Iñaki se acercaba hacia ellos como un gorila por la forma de andar.

—Cojonudo. Un inspector que está al margen del caso y un hombre al que se le va la cabeza. ¿Estoy en lo cierto? ¿Ha sucedido otra vez?

—Quizá deberían abrir más los ojos y no llevar tanto traje —rezongó Andrés. Esta vez sí, su mano se hundió en su bolsillo. Iba a fumar de nuevo.

—En fin. No sé qué decirle al respecto. ¿Dónde está el cuerpo?

Andrés sacó la cajetilla de cigarrillos y señaló con el puño cerrado en ella, hacia el borde del camino. El pie seguía estando visible en un entorno húmedo y aislado de la tierra. Salvo que ahora se podía ver el pie y parte de la pierna. El lápiz estaba en el suelo.

—¿Por qué hay tanta gente aquí? —preguntó de repente Emilio con la mirada perdida. Ya llevaba un buen rato así. Después de la larga charla que había mantenido con el inspector sus neuronas le habían vuelto a traicionar. Era su hermana, pero ahora no recordaba que al lado suyo había un cuerpo aún sin identificar que él había reconocido como su hermana.

Hermana, hermana.

Siempre se repetía en la cabeza de Andrés y no en la de Emilio.

Ahora los dos hombres vestidos de blanco y con la mascarilla puestas como bufandas en sus bocas, se acercaron al lugar, mientras estiraban el látex de los guantes al ponérselos.

—Y encima no reconoce a la Guardia Civil —declaró Iñaki ya junto a ellos—. Señor, somos la gente que velan por su seguridad. Los que nos cómenos todos los marrones. Los que investigamos las desapariciones o las jodidas muertes. —Señaló su pecho y sus ojos le miraron con profundidad.

—Lo siento señor. No quería molestarle.

—Bueno, veamos qué hay ahí debajo...

—¿Debajo de qué? —Le interrumpió Emilio con cara de sorpresa.

Este tío se está quedando con todos nosotros, pensó Iñaki y Andrés estuvo al límite de pensar en lo mismo. No comprendía como de extraño se manifestaba esa jodida enfermedad mental en aquel hombre.

—No si al final serás arrestado como sospechoso... —susurró Iñaki.

—¿Qué?

El sargento apretó sus amarillentos dientes.

Los demás comenzaron a realizar su trabajo.

Primero apartaron la montaña de hojas ennegrecidas que había sobre lo que era un cuerpo desnudo, de mujer.

Maria Ángeles se decidió por fin.

Se llevó el teléfono a la oreja y empezó a escuchar el tono de llamada. En el otro extremo de la línea, no muy lejos de allí, en el bosque, una melodía se escuchaba dentro del bolsillo de la chaqueta de Emilio. Este puso cara de sorpresa, como si no entendiera que era lo que estaba sucediendo dentro de su bolsillo.

Andrés, ya con un cigarro encendido entre sus labios, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de Emilio. Sacó el teléfono móvil y vio un nombre; chuchi.

¡Vaya!, pensó Andrés y descolgó.

—¿Emilio donde estás?

—No soy Emilio, soy el inspector Andrés. Supongo que no me habrá olvidado, porque él sí.

—Oh, perdone señor inspector. Mi marido está fatal. Y la enfermedad no mejora. Al contrario, es cada vez más destructiva. Yo ya lo entiendo. Tendrá que adaptarse a él. —Hubo un momento de silencio para tomar aire y añadió—. ¿Qué hace mi marido con usted? ¿Dónde están?

—¿Dónde supone que estamos?

—¿En el mismo lugar donde apareció Aina?

—Vaya. Casi ha acertado. Sí, señora. Estamos un poco más arriba. Delante de otro fiambre. —Andrés no fue especialmente sensible y Maria Ángels había ahogado un grito—. Su esposo o pareja o lo que sea, dijo que era su hermana. Ahora no recuerda ni como coger el puto teléfono y mucho menos todo lo que me dijo cuando estaba, llamémosle, lucido.

En el extremo opuesto se escuchaba sollozar, pero Andrés tenía sus dudas.

—Esto es una desgracia en la familia. Emilio empeorará cuando vuelva a la normalidad. Esto no podrá soportarlo. Primero su hija, ahora según usted, una de sus hermanas...

—No lo dije yo. Eso es cosa de Emilio —le cortó Andrés. Iñaki le estaba mirando de reojo con un ruido misterioso en sus tripas.

—Bueno sí, tiene usted razón.

El cigarrillo se paseó de un lado a otro en su boca, con un extremo dibujando el ojo del mismo diablo.

—¿Sabría decirme cuál de sus dos hermanas es la que está en el suelo?

—Estoy en silla de ruedas.

—Yo se la describo dentro de lo posible. Dependiendo del estado del cuerpo. Así, empezando de pronto está desnuda.

—Ajá.

—¿Sería capaz de saber cuál de ellas dos, es?

—Yo creo que sí —admitió Maria Àngels que lloraba en la penumbra, ahora, de su comedor.

¿Por qué narices habían instalado el interruptor de la luz tan alto?

—Pues vamos a ello. ¿Sabe el orden cronológico de las fechas en la que desaparecieron sus hermanas?

—Creo que hubo tres días de por medio —dijo con voz trémula ella.

—¿Está segura de ello?

—Sí, no tengo muy buena memoria, pero hubo días espaciados en todas las desapariciones.

—¿Y no lo habían denunciado en esos momentos? ¿No le extrañaba todo lo sucedido?

—Oh, claro que los denunciábamos. Por cada una de ellas. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada. Solo estoy dilatando mi mente. Quiero llegar hasta el fondo de todo esto.

Se hizo el silencio durante un instante. La línea parecía un cuenco vacío en el que pones el oído y no escuchas nada. La Policía Judicial seguía trabajando sobre la mujer putrefacta y oscura. Había gusanos por todas partes y el rostro había desaparecido, pero se mantenía el cabello intacto. Era rizado y negro, como el azabache.

Andrés estaba escuchando el silencio y observando el cadáver. El

cigarrillo volvió a ocupar el otro extremo de la comisura.

—¿Puede usted describirme como es la mujer?

A Andrés le pareció ahora un poco tétrica esa pregunta. De pronto había cambiado de opinión.

—Esto es cosa de la Policía Judicial —contestó. Ahora el cigarrillo estaba en el centro de la boca. Las hojas del suelo comenzaron a moverse, siendo arrastradas por un leve viento, suave, pero frío.

—Si puedo aportar algo me sentiré mejor —explicó ella entre lágrimas que se escuchaban en su voz, como sollozos.

—Está bien. Solo puedo decirle que tiene o tenía el cabello largo, negro y rizado.

—Esa es Laura. Si tiene el pelo rizado y muy oscuro es Laura. Y si sus ojos son grises, entonces estoy en lo cierto. Sebastiana, la otra hermana tiene el pelo largo también, pero liso y más claro.

—Bueno lo de los ojos no sabría decírselo ahora mismo. Tengo que comprobar que siguen en su sitio. —Andrés se acercó al cadáver ante la arrugada nariz del sargento y los brazos puestos en jarra. Se agachó levemente y comprobó que los ojos seguían allí. Dentro de sus cuencas, pero no tenía párpados. Se habían consumido. En realidad se lo habían comido los gusanos. El cigarrillo se soltó de sus labios y cayó sobre el cuerpo, humeando —. Sí, son grises. Aunque no se ve muy bien, yo diría que son grises.

—Los de Sebastiana son marrones —dijo Maria Ángels aún sollozando.

—¿Cómo es que sabe tantos detalles? ¿Tenían buena relación todos en la familia?

—Por supuesto señor inspector. Todas las semanas recibíamos visita. Ellas me adoraban...

—¿Y la hija de Emilio?

—Ella todavía más. La consideraba como una hija mía. Se había casado

con un hombre mayor que ella, el cual estaba bien posicionado, con un buen patrimonio. Hace dos semanas que murió de un infarto...

—¿Y quién ha recibido la herencia? —Le cortó Andrés—. Bueno, si es que había alguna.

—Sí que la había. De momento nadie. La herencia iba destinada para Aina y mi nieta Beatriu de solo dieciséis años. Una está muerta y la otra desaparecida.

—Lo sé señora. Por eso estoy investigando. ¿No había algún heredero más?

Los sollozos se habían cortado de cuajo.

—¿Qué insinúa?

—Solo quiero estar bien informado.

—Todo esto ya lo hemos declarado anteriormente en la policía. No queremos el dinero de nadie. Solo estar todos unidos...

—Vale, vale. Disculpe señora. Es el protocolo —explicó Andrés dejando que siguieran trabajando los dos hombres de blanco sobre el cadáver de Laura. Una mosca verde pasó zumbando alrededor de su cabeza. La pudo escuchar aletear.

—Mi esposo tiene un hermano.

De pronto, los ojos de Andrés observaron las ramas de los árboles. Estos, se agitaban con el viento y algunas hojas se dejaban caer al vacío, muertas e inquietantemente oscuras. El sol reapareció entre el hueco de las ramas iluminando sus ojos de forma mezquina y después se ocultaba, dejando que una alargada sombra lo barriese todo.

Emilio tenía la cabeza gacha y no miraba hacia los hombres vestidos de blanco, ni a la mujer que había en el suelo. No miraba a ninguna parte. Sus ojos estaban cerrados y los oídos, bien abiertos.

—¿Y está vivo?

—Por supuesto que sí. Es menor que Emilio. Se diferencian unos dieciocho años. —La voz de Maria Ángels había dejado todo rastro de lloriqueo y ahora su voz sonaba aguda, pero intensa. Andrés se la imaginaba con el teléfono pegado a su oreja enrojecida, con sus pequeños ojos hundidos en sus cuencas, tratando de buscar algo en el poco espacio que tenía a su alrededor.

Y mientras tanto, ahora, ponían el cadáver sobre una tela blanca y al romperse algunas partes de la piel hinchada, el olor a fétido inundó el bosque y casi todos los allí presentes, se taparon la nariz con los dedos.

Andrés dejó de mirar las ramas.

Todo había cambiado.

48

El teléfono de Marta empezó a sonar como una serpiente de cascabel sobre el sofá. No tenía melodía y la pantalla se iluminaba de un color verde, con unas letras que caían como gotas de agua de un manantial. Ella estaba sentada, con el portátil sobre sus piernas calientes, navegando en Internet simplemente para pasar el rato. Su afición a descifrar códigos secretos, parecía haberse relegado a un segundo puesto. Aunque de vez en cuando volvía a ello. La realidad es que los sistemas de cifrado se volvían cada vez más difíciles y ya no eran un juego para ella, sino un verdadero reto.

Miró el móvil a través de los cristales de sus gafas, porque su visión se había vuelto borrosa en los últimos meses, cuando se ponía delante de la pantalla del ordenador. Andrés aún no la había visto con gafas y tampoco nunca le había dicho ella nada al respecto.

La llamada entrante ponía; papá.

Su corazón dio un vuelco y su mano se adelantó a sus pensamientos apresando el teléfono y pasando el dedo pulgar por el icono verde.

—¡Dime! —Su voz sonaba jocosa.

—Uy, mi niña. Está contenta hoy. —Era la voz de Andrés que se escuchó diferente en gran medida. Ahora su voz era más aterciopelada y parecía dejar escapar un hilo de sonrisa. Eso únicamente sucedía cuando hablaba con Marta y cada vez era mucho mejor—. Te necesito hija.

Marta escuchó en silencio. Su rostro iluminado por el resplandor de la pantalla portátil.

—Necesito que te enteres de toda la vida de Carlos Rostan, es el hermano de Emilio Rostan, Laura y Sebastiana. Qué hace, que come, que caga o mea. Seguro que lo puedes hacer. Metete en los servicios de hacienda, ayuntamiento o en la propia policía.

—¿Eso es ilegal no?

—También lo que estoy haciendo yo, pero aquí no pasa nada. Hay más corruptos dentro que fuera, y no me refiero a hackear o meter las narices en una investigación que no te han designado, sino a los chorizos que hacen desaparecer millones de euros.

Marta sonrió y el ruido producido viajó hasta el oído de Andrés en forma de crujidos en la línea. Sentado, en la parte de atrás del taxi, mantenía el semblante serio con su teléfono móvil pegado como una lapa en su oreja. Se había puesto en el papel de nuevo.

—Sabes que lo haré. Precisamente ahora estaba aburrida y pensando en cómo podía ayudarte. Ya sabes que soy muy inquieta.

—Sí, como yo.

—Tú eres un inspector peculiar de rostro serio y carácter complejo. Te puede la curiosidad y utilizas métodos poco tradicionales en tu trabajo, pero me gustas como papá.

Se escuchó una especie de silbido. Era una risilla. Una de las pocas que podía dejar escapar Andrés.

—Te llamaré más tarde nena.

Le había dicho «nena». Los ojos de Marta se encendieron como dos

luces en la oscuridad.

Entonces Andrés colgó el teléfono.

49

—Usted no me dijo que tenía un hermano —dijo Andrés desde el marco de la puerta—. Hasta ahora todos creíamos que habían desaparecido su hija, sus hermanas y su nieta. Dígame, ¿ha desaparecido su hermano?

Emilio negó con la cabeza.

—¿Usted, cree que no se lo habría dicho? —Emilio estaba de nuevo lucido, pero eso fue tres horas más tarde de que encontraran el cuerpo de su hermana y le hubieran llevado de nuevo a casa, como a un crío travieso que se escapa siempre del colegio y tiene la capacidad de mentir fácilmente, poniendo cara de lástima—. Además, ¿qué tiene que ver mi hermano en esta historia? ¿Acaso sospecha de él? Está usted en lo cierto si piensa que nos llevamos mal. Eso sería poco. Nos llevamos bastante mal y si no recuerdo mal, le está esperando un taxi allí abajo, toda la jodida mañana. El único que me preocupa es mi hijo.

—Por culpa de usted. Ahora me tocará pagar unos cuantos de esos marrones. —Andrés apretó los dientes. No tenía ningún cigarrillo atrapado entre sus secos labios. Estaba salivando y el estómago hizo un extraño ruido claramente audible para todos. También le hizo pensar en lo último que había dicho.

—Está usted hambriento y sigue de pie ahí, apoyado en el marco de la puerta. Váyase a visitar a su amiga y haga el favor de cerrar la puerta.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¿El qué? ¿Lo de su amiga?

—Sí.

—Creo que escuché indebidamente su conversación por teléfono.

—¿No estaba usted en un estado zombificado?

—Pero puedo escuchar —gruñó Emilio desde el sofá. El último lugar que abandonaría de su casa. Parecía que estaba postrado eternamente ahí. Hundido, con su chaqueta puesta y los mocasines bien rector pisando las piedras del suelo, sin moverse.

—¿Sabe? Creo que usted sabe mucho de todo esto y que eso del Alzheimer es una artimaña creada por usted...

—¡Eso no es cierto! Mi esposo sufre esa maldita enfermedad —vociferó Maria Ángels desde el centro del salón, con las manos agarradas en las dos ruedas de su silla. Se movió hacia adelante y mostró su fea cara de ojos hundidos—. Como tan cierto es que mi hija murió ahogada cuando empezaba a vivir. Eso me jode cada noche cada vez que me acuesto y me da ganas de vomitar cada amanecer.

Andrés rebuscó desesperadamente en sus bolsillos. Ya no tenía cigarrillos. Solo las cerillas, Las jodidas cerillas, pensó. Sacó una de ellas y la trincó con los dientes, empezando a morderla.

—Ya sé lo de su hija —graznó Andrés con una furia en su mirada. Las cosas se le estaban complicando. Era como hablar con un par de locos y tratar de resolver una ecuación. Las constantes variaciones de las declaraciones y el misterio que parecía abofetear el escenario, le hacían perder los nervios muy a pesar de su tranquilidad habitual.

—¡Entonces váyase! —ladró Maria Ángels, acercándose más a él. Las ruedas de goma no se escuchaban al rodar sobre el suelo. Solo los cojinetes, que parecían chirriar como una chicharra—. ¡Hace frío!

—Quizá necesite hacerle alguna visita más —explicó Andrés dando un paso atrás. El cielo estaba encapotado y comenzaron a caer las primeras gotas de la lluvia. Andrés se abrochó la gabardina y mordió la cerilla que jugueteaba entre sus dientes. Cuando se dio la vuelta, la voz de Emilio hizo que se detuviera.

—Todavía no han encontrado el maldito coche de mi hija. Mi hijo está detrás de todo esto.

—¿Qué coche es? ¿Qué tiene que ver su hijo? ¿Por qué menciona tanto a su hijo? —preguntó Andrés mientras las gotas de agua le cubrían los hombros creando una mancha oscura que crecía por momentos.

—Creo que ya lo he dicho varias veces. Un Citroën C3 de color negro. —Emilio hizo una breve pausa y añadió—. Y en cuanto mi hijo, creo que ha regresado de Jaén, después de más treinta años de exilio.

—¿Y qué le hace suponer que el coche está perdido o desaparecido? ¿Y que su hijo ha venido desde Jaén hasta aquí? —Andrés estaba bajando las escaleras, mientras su voz era arrastrada por el viento que venía del bosque.

—No está en su casa —voceo Emilio. El suelo respondió con un eco de sus palabras y se ahogaron entre las gotas de la lluvia.

—Esto es cada vez más incomprensible. ¿Recuerda algo más?

—¿El qué?

Emilio había vuelto a perder la memoria.

Andrés siguió bajando las escaleras y detrás de él, escuchó la puerta repicar contra el marco de forma violenta.

Y siguió bajando las escaleras.

—¿Hay algo que quiera decirme que yo no sepa? —Le preguntó el sargento ya en su oficina y cuando el sol se había escondido tras los nubarrones y las montañas arboladas.

—Sí, que el taxista me ha desangrado. —Andrés tenía un escozor en el estómago por haber soltado cincuenta euros. Esa noche no iba a cenar.

—¿No recuerda que este no es su caso? —El sargento lo miraba con un halo de misterio y una condenada furia como si estuviera sospechando de él. Algo en su mente le decía; este tío te miente cada vez que abre la boca, no le

digas nada—. Está aquí porque quiere y se está saltando las normas.

Andrés que ya había comprado un par de paquetes de cigarrillos, ya tenía uno temblando en sus labios. Estaba a punto de encenderlo ante la mirada profunda y seria de Iñaki, que estaba echado literalmente sobre la mesa verde.

—¿Y a usted no le parece que está delante de un caso importante? ¿Dónde todos son culpables?

—Todos no —respondió Iñaki.

—¿Que me oculta?

—Nada, porque usted está fuera de servicio.

Andrés encendió la cerilla y esta soltó un siseo entre silencio que vino inmediatamente después de hablar Iñaki. Acercó la pequeña llama a un extremo del cigarrillo y la boca hueca de Andrés aspiró con fuerza. El cigarrillo se encendió como un ojo diminuto, enrojecido y rodeado de humo. El olor a nicotina embriagó la densa capa de aire caliente del despacho.

—Sé que no le apetece verme fumar y que no soporta este jodido olor a nicotina, así que suéltelo. Sé que quiere decirme algo. Lo veo en sus ojos.

El sargento se echó para atrás hasta apoyar su espalda contra el respaldo de la silla. Estaba deseando decírselo.

—El ADN encontrado en el segundo cuerpo es de Aina.

Andrés dejó que el humo se escapara por su boca abierta.

—¿Está usted sugiriendo que la asesina fue Aina y después se suicidó?

—Es una opción.

Y Andrés pensó en Marta, no sabía por qué.

Aunque pronto lo descubriría.

Carles abrió la puerta con una sonrisa dibujada de oreja oreja, que Andrés vislumbró como la de un payaso. Incluso podía ver el color blanco de la pintura en ella. Sus ojos brillaban y tenía la nariz arrugada. El tipo ni le caía bien ni mal. El día anterior lo había visto de soslayo, como quien ve un árbol desde un coche entre tantos en el bosque. No lo conocía.

—Hola señor inspector. Que gusto tenerle aquí de nuevo. —Carles había extendido la mano abierta.

Andrés se limitó a mirarla y dijo;

—¿Supongo que Marta estará dentro verdad?

Carles retiró de su cara esa estúpida sonrisa que tanto le jodia al inspector y bajó la mano. De alguna manera sabía que Andrés no iba a estrechársela más de dos veces. La presentación fue la presentación, pero ahora no estaba por la labor.

—Si claro que está dentro. Siempre lo está. Ella sale poco.

—No le he pedido tantas explicaciones —se enervó Andrés.

Carles se quedó desmotivado. Serio, y la sonrisa había dejado de existir ya como una sombra que desaparece cuando se enciende la luz del pasillo.

—¡Hola papá! —Marta estaba en el centro del comedor moviendo la mano con unos chispeantes ojos que brillaban bajo un flequillo oscuro bien recortado. Andrés la vio a través del pasillo que media solo un metro y medio de largo. La puerta de color caoba, estaba abierta y las bisagras, enormes, parecían ojos que escrutaban los rostros de los dos.

Andrés, con las manos enfundadas en los bolsillos de la gabardina húmeda, dio un primer paso para entrar en casa. El aire dentro era denso y caliente. Aun más difícil de respirar que la propia nicotina. Sus ojos claros se entorpecían tras los parpados que parecían cerrarse continuamente. Estaba cansado. O mejor dicho, tenía la mente cansada.

—Hola hija. Necesitaba verte. Ya sabes que necesito tu ayuda. Y más ahora que estoy hecho un lio o quizá la edad me esté pasando factura, o

ambas cosas a la vez. Pero además necesitaba un poco de calor. —Andrés había pasado de largo rozando a Carles al cual ni le miro ahora y sus zapatos dejaron sus huellas en el suelo. Unas marcas de agua. Esa jodida tarde noche estaba lloviendo.

—¿Que te sucede Andrés? ¿Nunca te he visto tan nervioso? —Le preguntó Marta apagando su sonrisa.

—Será el jodido tabaco.

Andrés se acercó a Marta y le dio un beso en la mejilla derecha. Sus secos labios acariciaron la suave piel de ella. Marta le respondió con otro beso y un abrazo, en la cual se veía muy pequeña alrededor de él.

En el otro extremo del pasillo, Carles cerró la puerta con un golpe seco. Después entró en el comedor y dirigiéndose hacia el pasillo que conducía a las habitaciones dijo;

—Voy a acostarme. Si necesitais algo solo teneis que pedirmelo.

Marta le dirigió una esforzada sonrisa.

Carles se hundió en la oscuridad del pasillo.

—Me acostaré un poco más tarde —explicó Marta con su aguda voz.

Carles había levantado la mano.

—Parece buen chico —dijo Andrés mientras tomaba asiento en el sofá.

—Lo es —acucio Marta.

Ella se sentó al lado de él, cogiendo de la mesa el ordenador portátil.

—Necesito fumar un poco, aunque no debiera hacerlo debido a tu estado de gestación. —Andrés hundió la mano en su bolsillo, pero la retiró rápidamente. Decidió que no iba a fumar delante de ella.

—Puedes hacerlo papá. No me molesta. Solo tienes que escupir el humo al otro lado.

Andrés esbozó una ligera sonrisa y sus ojos claros se iluminaron por

completo. Le había hecho gracia la palabra; «escupir el humo». Marta se puso sobre sus muslos el portátil y soltó una risa, mostrando sus blancos dientes. Iba en pijama. Un pijama rosa, al completo, con unas zapatillas azules.

—Pero no lo voy a hacer hija —informó Andrés y sus palmas estaban frotándose, al tiempo que arrugaba su frente—. Es reconfortable el calor. Ultimamente me estoy resintiendo de los huesos con el frío.

—¡Que no eres tan mayor! —exclamó Marta dándole un codazo carnosos.

—Bueno, dime que has conseguido adivinar...

—Espero que algo que te sirva para lo que te traes entre manos —le interrumpió ella mientras sus dedos se agarraban a los bordes del ordenador portátil. Abrió la pantalla y pulsó un solo botón. El icono del sistema operativo se mostró en el arranque del sistema de forma casi inmediata. Andrés lo observó como un niño a un pastel.

La gabardina de Andrés estaba fraguando una mancha oscura en el respaldo del sofá. Se le erizaron los pelos de la espalda al notar el frío que se escurría entre su piel y la camiseta.

—Justo cuando te pido una información, aparece otra y luego otra —explicó Andrés haciendo caso omiso al frío en su espalda—. No sé si saber algo de su hermano me servirá de mucho. Lo que está claro es que debo conocer a toda la familia. Y ver si descubro un interés en alguno de ellos, para querer ver muertas a gran parte de ella.

Marta lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Sospechas de alguien de la familia?

—Ese hombre al que se le va la cabeza cuando le viene en gana dijo algo que pasamos por alto, todos. Su hijo. Él asegura que todo es obra de su hijo al cual abandonó hace más de treinta años. Nombró la palabra exilio, de ahí al abandono. No sé en que se fundamenta, porque ese hijo vive en Jaén. En teoría. Y ha pasado mucho tiempo. Ese hombre dice que ha regresado de Jaén y que es pieza clave, por la insistencia de recordarlo una y otra vez. Y

otra cosa que complica todavía más las cosas es que las huellas encontradas en el segundo cadáver, el de su hermana, son las de su hija. Lo que la pone en la primera de la lista como sospechosa, pero ella fue encontrada sin vida la primera. Ahora los médicos forenses deben determinar quién murió antes, para descartar o admitir esa teoría. —Andrés se había quedado sin aire y su garganta parecía ahora un fuelle. Su cabeza estaba desbordada de datos los cuales no encajaban del todo.

Marta absorta con lo que escuchaba iba tecleando ya la contraseña de inicio de sesión en su ordenador. Era una serie de caracteres que aparecían como asteriscos en la pantalla.

—Resulta bastante interesante. Yo creo que debemos poner todas las piezas en su sitio y a partir de ahí, desgarnar posibilidades. ¿Hay algo más que quieras contarme? —Marta parecía una subinspectora del grupo de homicidios de la Jefatura superior de la Policía. Solo le faltaba estar embutida en uno de esos trajes oscuros.

—Bueno, pues que faltan dos cuerpos más y el jodido coche de su hija.

Marta meneó la cabeza como si esto ya lo supiera de antemano. Miró la pantalla del ordenador que reflejaba todo tipo de combinación de colores sobre su rostro y empezó a teclear y a mover el ratón que estaba situado en el centro del teclado.

—Lo que puedo decirte y espero que te sirva de algo, es que Carlos Rostan, el hermano de Emilio, vive en Gerona. En la propia ciudad y ha sido así durante los últimos treinta años desde que se fue de casa de sus padres. Anteriormente, estaba empadronado con ellos en Salt. Se casó y estudio de ingeniero de telecomunicaciones. Hizo la mili en Cartagena y no ha tenido hijos. No consta ningún delito o antecedente en su ficha, porque no la tiene. No tiene carnet de conducir y tampoco coche. No se aprecian impagos de ningún tipo. En lo personal con Emilio, ya no te puedo decir nada, porque son detalles que no quedan reflejados en ningún sitio. Sus padres murieron hace diez años.

—¿Y todo eso lo has sabido con ese chisme? —Andrés señaló el portátil con el dedo índice ligeramente curvado.

—Sí. He tenido que introducirme en las bases de datos de la DGT, el ayuntamiento, la RAI, el ASNEF, la Policía Nacional y unos cuantos sitios más.

Andrés estaba deseando llevarse un coigarrillo a la boca. Sentía como si miles de agujas le pincharan desde dentro. Ya se había olvidado de su espalda helada. Y ahora tenía una cosa menos en su embrollo mental. Algo que agradeció asintiendo con la cabeza.

—Eso me facilita las cosas Marta.

Ella le sonrió como sabía hacer siempre.

Andrés fijó la mirada en el techo blanco, pensativo.

Tenía muchas cosas que ordenar en su cabeza.

Y la iba a necesitar de nuevo.

52

Andrés, tumbado en la cama de la habitación del hotel y con la garganta como chimenea, recordó lo último que le dijo a Marta antes de marcharse; quiero que escarbes en su hijo. Había sido escueto, como también parecía escueto el que Emilio nombrase a su hijo culpable de todo lo que sucedía. Mientras aspiraba nicotina y sus claros ojos se hundían literalmente, en sus cuencas, Andrés vio pasar delante de sí, en el techo, una serie de diapositivas que conformaban todo lo que conocía hasta ahora. ¿Sabría lo mismo el sargento? Apostaba el culo a que no.

Fuera el viento aullaba en los bordes de la ventana, pero dentro solo se escuchaba su corazón y el traqueteo de su garganta expulsando el humo del cigarrillo. Con los zapatos puestos y con los pies sobre la cama, estaba metido en un buen lío. Sin embargo, había pedido tres días de «vacaciones» y aún le quedaba uno. La gabardina estaba tirada sobre la silla que había a los pies de la cama, observándole, como un gigantesco monstruo de fauces oscuras. Al apagar la luz, aquello se convertiría en un monstruo que se lanzaría sobre él.

Pero no fue así.

Se durmió antes de ordenar todas las cosas en su cabeza.

53

A esa misma hora, a cuarenta y siete kilómetros, la puerta de madera graznó sobre sus bisagras en la gélida noche sin despertar sospecha. Unas manos esqueléticas tiraron del bombín de la puerta y esta se ahogó en un golpe sordo. La noche era silenciosa y la luna estaba oculta en alguna parte, detrás de las nubes ennegrecidas que a decir verdad, daba igual del color que fuesen, pues todo era oscuridad. Excepto los cuarenta escalones que tenía que bajar, los cuales estaban iluminados por el potente foco de la linterna.

Emilio se disponía a bajarlos sin hacer ruido.

En algún lugar, una liebre salió corriendo campo a través y provocó un ligero ruido en unos matorrales.

Sus pies bajaron los escalones.

Y las primeras gotas de agua de aquella noche empezaron a caer desde el cielo, inertes, brillando dentro del campo visual de la linterna, como el polvo suspendido en los rayos del sol en primavera.

54

Cuando el reloj del comedor marcaba las doce y cuarto, la única luz que estaba encendida en el comedor de Marta, era la de la pantalla del ordenador. Su rostro, lejos de ser angelical, parecía ahora una obra abstracta proyectando multitud de colores como si un pintor descabellado hubiera llenado el lienzo de pintura de forma caótica.

Sus finos dedos estaban tecleando mientras el gato ronroneaba a su lado hecho una rosca. En un registro del ayuntamiento, había encontrado un

empadronamiento en Inglés, en el que aparecía Emilio, su exmujer y sus hijos.

Él se llamaba Eduardo.

55

No era ni la primera ni la última vez que salía a pasear de noche con su linterna. Lo habitual en él, era ir a salir a buscar caracoles y regresar con un pequeño saco lleno de cuernos babeantes. Pero esa noche no iba a buscar caracoles precisamente, sino el coche de su hija. Se había despertado de una terrible pesadilla en la que veía la parte superior del coche sobre el nivel del agua del pantano, mientras el resto permanecía hundido en el agua y las ruedas hincadas en el lodo del fondo. Maria Ángels que se acostaba cada noche tras ingerir una Dormidina, ni se había enterado de que Emilio se había erguido sobre la cama como si este hubiera sido empujado por un enorme muelle silencioso.

Después de esto, sus pies enfundados con calcetines, porque Emilio dormía con ellos puestos, tocaban la alfombra rugosa del suelo. Se había levantado y había caminado a tientas hacia la silla donde estaba toda su ropa; un pantalón vaquero, una camisa blanca, un jersey de lana y la chaqueta marrón con una gran cremallera que le tapaba desde los huevos hasta la nuez de Adán.

Todo eso a oscuras, como también había recorrido el pasillo y el comedor. La linterna la había cogido de la mesa. Siempre estaba allí, aunque Maria Ángels, cuando se quedaba a oscuras en la penumbra nunca la utilizara; para ahorrar pilas decía.

Dos minutos después pisó la gravilla de la explanada que rechinó bajo sus pies. Y tras esto siguió el foco de la linterna hacia el otro extremo de la explanada, para horadar con su cuerpo el denso bosque, que lo separaba de la carretera. Siempre era mejor tomar este camino. Y mientras su respiración se convertía en humo y su frente comenzaba a sudar, pensando en el coche de Aina y no en nada más, algo le llamó la atención de pronto.

Era un olor a fétido. Nauseabundo y acre. Provenía de los arbustos. Desde su lado derecho. Entonces olfateo el aire y dejó de andar. El foco de la linterna se movió hacia ese lugar. Emilio pensó que se trataría de un animal del bosque muerto. Quizás ratas, aunque creía recordar, eso era una palabra de gran envergadura para él, que las ratas no apestaban tanto.

La luz de la linterna dibujó extrañas formas entre los arbustos más retirados del foco. Emilio se detuvo, después se movió incrédulo, avanzó dos pasos y el olor era cada vez más insoportable. Ese jodido olor no estaba presente la otra noche, claro, porque recordó que caminó a la vera de la carretera, hasta el camino donde pisaba las castañas y las setas. Su enfermedad le había dejado un espacio de tiempo para recordar. Su corazón comenzó a bombearle de forma estrepitosa bajo su pecho y el sudor le invadía ya la cara. Sus ojos, escondidos en sus cuencas, dibujaban un panorama nada halagüeño. Y no sabía por qué sentía toda esa extraña serie de sensaciones.

El jodido olor.

Se detuvo de nuevo. Le tembló la mano que afecto al foco de la linterna que bailaba sobre los matorrales. Estaba tan asustado que no se podía creer que viviera esa situación. Un hombre tan tranquilo, que había tratado a todo tipo de enfermos mentales con extrañas sensaciones en sus mentes, estaba asustándose; cuando sabía lo que era la propia muerte y no le tenía miedo.

El foco de la linterna osciló. Tenía los dedos agarrotados en torno al mango de ella. Apretándola con fuerza, hasta que sus nudillos se mostraron blancos. Su chaqueta se estaba empapando de agua. Una llovizna, pero suficiente para fastidiarle la noche. Era el momento más adecuado para recoger caracoles, pero eso ahora no importaba.

Sino el jodido olor.

Ahora la palpitación de su corazón la sentía en las sienas. Dirigió el foco de la linterna hacia otros matorrales, avanzo dos pasos más y otro y entonces la vio.

Un torso con dos pechos desnudos de color purpúreo que tenía los pezones ennegrecidos apuntando hacia las copas de los árboles. En la cabeza,

de una mujer con cabello largo y oscuro, había una bolsa de plástico atada en su cuello. Sus ojos estaban abiertos y la boca también, de donde salía un gusano en esos momentos.

56

Mientras Andrés dormía a pata suelta, la Policía Local había llegado al lugar de los hechos. Fueron los primeros a los que llamó Emilio. Ellos prepararon el terreno para los demás agentes, recabando datos y perseverando la zona para la Policía Judicial También lo hicieron los Mossos d'Esquadra con un recién estrenado inspector Jordi, el sobrino del sargento Iñaki, que también había llegado al lugar. Los hombres de blanco también llegaron; pertenecían a la Policía Judicial y científica y se habían puesto manos a la obra recogiendo pruebas como pelo, tejido, fibras si las había y tomando fotografías como un par de aficionados. El médico forense y el juez, llegaron después, para certificar la muerte de aquella pobre desgraciada y la existencia de tal. Ahora a Iñaki le había salido un grano en el culo; se trataba del subinspector de la Policía Nacional del grupo de Homicidios, Ginés.

Y es que no era para menos. La cosa ya rozaba la locura y se habían cometido un error tras otro o lo que venía a ser lo mismo. La investigación no seguía un curso correcto.

Todavía faltaba una desaparecida.

—¿Conoce usted a esta mujer? —Le pregunto el subinspector Ginés a Emilio que permanecía con la linterna encendida y la mirada perdida entre las luces destellantes de todos aquellos vehículos policiales.

—No recuerdo nada. ¿La encontré yo?

Iñaki esbozó una sonrisa bajo el mostacho y había ladeado su cara para no ser visto en esa conjetura.

—¿Pero no ha llamado usted?

—No me acuerdo. —Los ojos de Emilio casi bailaban dentro de las

cuencas, como canicas. Tenía la cara pálida.

—¿Está usted tomándome el pelo? —Ginés sostenía un bolígrafo en una mano y con la otra, un bloc con la hoja en blanco. Parecía una situación cómica.

El subinspector Ginés tenía barba rala y el pelo de punta, algo largo. Su cabello era oscuro. Vestía un pantalón vaquero y uno de esos chalecos fosforitos ocultando su placa de identificación. A Iñaki le pareció tan peculiar como Andrés. El subinspector no llevaba el traje reglamentario. Era alto y atlético. Sus menudas manos eran grandes y su mandíbula bastante ancha. Sus ojos eran marrón oscuro.

Ahora estaba perplejo.

Las luces se reflejaban en las ramas de los árboles y el suelo, como si una nave extraterrestre de la película «encuentros en la tercera fase», fuera a aterrizar allí mismo.

—Este hombre sufre Alzheimer en momentos puntuales. La enfermedad no se le manifiesta de forma progresiva, sino abrupta y a saltos en el tiempo. Lo mismo no recuerda nada que te suelta una verborrea sobre cualquier cosa. Era psiquiatra —explicó el sargento Iñaki con los pulgares medidos por dentro del cinturón. Empujó hacia adelante para comprobar si cedía y vio que no lo hacía. Su barriga había estado creciendo en los últimos meses.

—Eso no lo he visto en mi vida —convino el subinspector Ginés volviéndose hacia él, dado que Iñaki estaba a un lado, revuelto con los demás agentes.

—Ni yo tampoco. Pero ya me he acostumbrado.

—¿Está solo?

—¡Qué va! Su mujer está ahí dentro. —El sargento señaló la casa con su dedo índice. Las luces de los vehículos que estaban aparcados en la explanada, se reflejaban en la pared de las escaleras y parte de la fachada. Entre las sombras y el ir y venir de las luces, asomó una sombra que apenas rebosaba el borde de la pared de las escaleras, justo debajo de la puerta

abierta—. Y si no me equivoco, aquella sombra que ve allí, es su mujer.

—¿Por qué no baja?

—Porque está en silla de ruedas —contestó Iñaki arqueando las cejas.

El subinspector movió la cabeza.

Su mano derecha se puso a escribir algo con el bolígrafo sobre la hoja en blanco. Sus ojos, estaban fijos en esa jodida hoja.

—¿Tienen hijos?

Iñaki meneó la cabeza en sentido de noes.

—si te hubieras documentado antes de venir aquí de buenas a primera, no harías tantas preguntas estúpidas.

—¿Sabe usted que puedo abrirle un expediente?

—¿No me diga? Espere a conocer al inspector... —Y de pronto un puño cerrado tapó su boca tratando de ahogar la frase.

El subinspector. El nuevo grano en el culo. La mosca cojonera, que se había subido al carro, le miró de reojo con una mirada profunda. Nada original.

—¿Cuántos estamos investigando el caso? —El subinspector parecía tener un pico de oro en cuanto a preguntas se refería. Había sido el último en llegar y pretendía que todo el peso de la investigación recayera sobre él. Es lo que pasa en estos casos, unas veces no hay quien investigue un caso y queda archivado y otras, se presenta todo el regimiento.

—Por lo pronto le diré que ya estorbamos —sugirió Iñaki mientras comenzaba a caminar en redondo, con la cabeza gacha—. Me temo que somos demasiados ya.

—Quizá estén estorbando desde el principio —dijo Ginés con la voz seca.

El sargento lo miro en la cara. La luz azul se reflejó en ella y dibujó un fantasma, después el color naranja, y lo llenó de fuego.

—¿Es usted muy atrevido, verdad?

—¡Ehh! ¡Basta ya! —vociferó el recién nombrado inspector de homicidios. Jordi. El sobrino de Iñaki. Con su atuendo para la ocasión se interpuso entre los dos—. El caso lo voy a llevar yo en colaboración con los demás cuerpos de policía. Si se da el caso, le informaré señor... —Estaba esperando un nombre.

—Subinspector Ginés, de la Policía Nacional. Homicidios.

—... Eso.

Se miraron a los ojos todos y cada uno de ellos y eso fue todo.

57

Su corazón estaba palpitándole en la lengua. Se despertó con un sabor agrio en la garganta. Con los ojos casi cerrados miró su reloj y vio que eran algo menos de las dos de la mañana. No estaba muy seguro. En la mesita de noche estaba la cajetilla de cigarrillos y la caja de cerillas, desgastada por un lado. Se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió y empezó a aspirar como un drogadicto. No se despertó del todo ni pensó en nada. Había encendido la luz de la mesilla, donde aguardaba una lámpara de metal, como una estatua rígida y polvorienta. Le dio tres caladas al cigarro y lo aplastó contra la superficie de la mesita. El cenicero estaba a un lado.

Y se durmió el resto de la noche.

58

—A ver, que yo me entere. ¿Cuántos miembros de la familia han desaparecido? —El bolígrafo estaba situado entre sus dedos de nuevo. El subinspector estaba esperando la respuesta.

—Cuatro. En total han sido cuatro. Todas de la parte de mi marido —

dijo Maria Àngels desde su silla de ruedas. Una manta de color marrón deslavazada le cubría las piernas. En la parte superior le cubría la camiseta de un pijama oscuro. Sería azul o algo así—. Pero como es evidente, me tocan a mí también. Primero fue su hija Aina...

—¡Ah, el caso Aina! —exclamó Ginés apuntándolo en su bloc de notas.

Iñaki pensó que aquel tipo debió haber sido despertado por algún superior de su letargo, en medio de la noche y que aquella figura no le correspondía, sino la de un gordito, bajo y tontorrón. El sargento estaba de pie, al lado derecho de la silla de ruedas y la inquilina.

—¿Así esperan resolver el caso? —preguntó la vieja con cara de asco.

El inspector Jordi, se tapó la boca con la palma de la mano en un acto para frenar un ataque de risa. Todos estaban al tanto y el nuevo subinspector parecía un perfecto idiota en medio de todos.

—De lo que se trata es de ir avanzado hacia adelante y no dar pasos hacia atrás —explicó de repente Emilio, desde donde mejor sabía estar, sentado en el sofá.

—No ha hablado en toda la noche y, ¿ahora se atreve a ponerme a prueba? —El subinspector bajó las manos y le dedicó una mirada seria. Con la frente arrugada.

—Ya se lo advertí —acució el sargento con una amplia sonrisa de oreja a oreja. Fuera, seguían tomando pruebas y escrutando el área del lugar del crimen.

El subinspector lo miró con cara de malas pulgas.

Yo sé quién falta aquí pensó Iñaki, mi amigo Andrés.

Y las investigaciones se alargaron hasta el amanecer.

Todo estaba sucediendo demasiado deprisa.

En menos de setenta y dos horas.

—Dime cariño. —La voz de Andrés sonaba ronca, como desgañitada. Inusual en él. Le había despertado el sonido de su teléfono. Era Marta.

—¿Estabas durmiendo todavía?

—¿Qué hora es? —Los ojos de Andrés apenas se abrían. La luz del día penetraba por la ventana de forma mezquina, con un sol apagado. Oculto tras una estela grisácea. No llovía, pero sí hacía bastante frío, aunque dentro de la habitación y, más aún, dentro de la cama, eso sonaba lejano.

—¡Las nueve y media! —La voz de Marta, aguda, sonó como una alarma que se eleva como una espiral, subiendo de volumen. Evidentemente, después de ello, vino un sonido muy conocido por Andrés. La risa cálida de ella.

Como si hubiera pisado una tabla de un suelo viejo de una casa abandonada, su cuerpo se balanceó hacia adelante como lo haría la tabla sobre su eje. En menos de un segundo estaba erguido sobre la cama.

—¡Joder! Es la primera vez que me ha pasado —rezongó Andrés. Abrió los ojos y el color azul celeste brillo de nuevo, esa mañana.

Apartó las sábanas y las mantas con el pie y sosteniendo el teléfono pegado a su oreja, se sentó en el borde de la cama. En calzoncillos. Sus pies desnudos rozaron la suave superficie de la alfombra.

—He buscado lo que me pediste. No hay nada extraño en todo este asunto. Su hijo se llama Eduardo y vive actualmente en Jaén. Estuvo empadronado con Emilio, su padre y Ana, su madre en Anglés. Por supuesto estaba Aina. No tiene antecedentes penales ni tampoco multas de tráfico. Solo que está pagando una hipoteca y está casado con una tal Carmen. Es ingeniero en Telecomunicaciones y colabora con los ayuntamientos, el ministerio de industria y es autónomo. No tiene ninguna dolencia. Me he encargado de revisar su historial médico y no, no ha visitado nunca a ningún psiquiatra.

Andrés se quedó más blanco que el papel solo por el hecho de que todo eso no le decía nada. Absolutamente nada.

—Está limpio. Lleva una vida normal. No veo indicio ninguno de que pueda ser él, el sospechoso. No hay motivos. Esto me desconcierta cada vez más.

—¿Acaso sospechabas de él?

—No, en absoluto —Andrés se había dado cuenta de que había contestado lo contrario a lo que había pensado. Se sintió ridículo por ello. Sus labios secos, le escocían. Necesitaba tener un cigarro entre ellos.

—¿Puedo hacer más cosas por ti, papá? —La voz de Marta le pareció extremadamente dulce.

—Hija. —Se asombró por haberse quedado sin palabras en un súbito silencio y añadió—. De momento no. Intentaré averiguar en qué estado están las cosas en estos momentos. Así que toca visita. Su hijo queda descartado. Ese hombre delira.

—¿Y faltan más desaparecidas que descubrir verdad?

—Sí —Y pensó en Aina y en Laura. Faltaban dos más; otra hermana y su nieta, pero que Sebastiana había sido descubierta muerta por su hermano, eso no lo sabía, al menos de momento.

Todo tendía a desbocar en un tobogán por el que te lanzabas con todo tu peso y resbalabas sobre el hueco a gran velocidad.

Sus dedos tocaron la cajetilla de cigarrillos.

Ya se sabía lo que iba a hacer.

—Anoche. —La voz del sargento sonaba cada día más grave. Su rostro sorteaba una serie de arrugas afligidas por la preocupación. Tenía el mentón

apoyado en su mano cerrada. El codo hincado sobre la mesa.

Andrés había dado un corto paseo hasta la casa de las beneméritas bajo un caudal de aire fresco y hojas revoloteando alrededor de sus zapatos. Se había asegurado de fumar dos cigarrillos en los dos escasos kilómetros que le separaban del cuartel. En su reloj marcaban las diez y diez de la mañana, pero no era así. Su minuterero se había adelantado diez minutos más. El sol había querido salir de entre las nubes, pero finalmente, no había podido ser. Gerona siempre había sido así, oscura, fría y tétrica en algunos momentos.

—Ese hombre es un dilema —dijo Andrés acomodado en su silla. La luz de la bombilla brillaba mezquina sobre ellos.

—Y que lo digas. Viejo, enfermo y todo y nos lleva la delantera. A veces pienso que ese hombre nos esconde algo y me dan ganas de arrestarlo, pero no, todo apunta que las muertes han sido producidas por una misma persona. —Los ojos de Iñaki se fijaron como los de una serpiente embaucadora y añadió—. Su hija.

Andrés estiró la cabeza hacia atrás y abriendo la boca soltó un chorro de humo que subió en espiral hasta el techo, llegando a rozar el candente cristal de la bombilla.

—No puede ser verdad —dijo finalmente Andrés, volviendo a mirar a los ojos del sargento y aspirando una calada. Sus mofletes se desinflaron—. No es tan sencillo como eso. No puede haberlas matado y después, ¿qué? ¿Se habría suicidado?

—Ya lo hemos dicho varias veces. Vaya tres días de vértigo.

—Y falta su nieta. —Andrés hizo una pausa y añadió—. ¿Apareció el jodido coche?

Iñaki se llevó la mano menuda a la cara como si estuviera secándose el sudor. Las sienas le latían de forma constante. Le dolían la cabeza y los ojos, tan difícil como eso.

—No. —Hizo una pausa—. Pero si ha aparecido un grano...

—¿Qué?

—Pues que tengo un grano en el culo que se llama subinspector Ginés, de homicidios, que al parecer trataría de llevar el caso a partir de ahora. Esto es una puta jaula de grillos.

Andrés esbozó una ligera sonrisa, mientras el cigarrillo seguía humeando, esta vez, entre sus dedos.

—Y antes te quejabas de mi viejo conocido —acucio Andrés. Con sus piernas hizo fuerza para que la silla se levantara de las dos patas delanteras y la dejara en una posición incómoda desafiando a la ley del equilibrio.

Iñaki sonrió un poco.

—Ayer ascendieron a mi sobrino a inspector.

—¿Lo conozco?

—Creo que no. Está en el cuerpo de los Mossos d'Esquadra. Ellos también llevan el caso.

Andrés llevándose el cigarrillo casi terminado, a su boca, dejó escapar una risa. Era la primera vez que se había reído.

—¿Y todos dándole vueltas al mismo círculo no?

—¿Qué?

—Ahora todos esperando a ver quién se la folla primero.

El sargento enarcó sus pobladas cejas.

La silla de Andrés se inclinó y volvió a estar a cuatro patas sobre el helado suelo. Tiró la colilla y el humo dibujó una estela tan fina como una cremallera cerrada de un metro de longitud.

—Sí, una casa de putas.

Estuvieron mirándose mutuamente durante algo más de un minuto. Sin decirse nada. Andrés no había encendido otro cigarrillo e Iñaki no había movido las manos de la mesa. Era una escena cómica que en la mente de ambos pasaba de todo. Desde la risa a la más absoluta incertidumbre. No lo confesaron. Hasta que uno de ellos rompió el hielo. Fue Andrés.

—He estado investigando algunas cosas —dijo con voz templada—. Emilio tiene un hermano menor que él y que al parecer no le hace mucha gracia. El sentimiento es mutuo. Después tiene un hijo, que no voy a decir el nombre porque no he encontrado nada en él. Ninguna mancha. Un ciudadano ejemplar. No contemplo la venganza...

—¿La venganza de qué? —Le cortó el sargento mientras se llevaba los dedos regordetes a su bigote para mesarlo.

—Lo echó de casa con tan solo dieciséis años.

—¡Ah! Eso sería una opción.

—Pero no la es. —Andrés se mordía los labios mientras su mano se extendía hacia la cajetilla de cigarrillos.

—¿Y qué me dice de su hermano?

—Tampoco entra en el plan. Está limpio y además vivió separado de la familia. No veo ningún motivo para enzarzarse con su familia. Él tiene una nueva vida y parece que más tranquila que la nuestra.

—¡Ajá! —el sargento cruzó los dedos delante de su cara y algunos metacarpianos sonaron como cascarones secos.

—Después, ¿qué tenemos de los resultados de las autopsias?

—Los cuerpos presentan varias heridas de arma blanca hincadas con pena. Es como si un chiquillo se hubiera ensañado con ellas. Pero, la muerte les sobrevino más bien por asfixia. Anoche encontramos una bolsa de plástico atada al cuello de su hermana mayor. Se llama Sebastiana. También presenta cortes, pero esta mañana, bien temprano me han confirmado que la muerte ha sido por asfixia. En la bolsa han encontrado huellas dactilares y se corresponde a la hija de Emilio, Aina. Falta por aparecer su nieta; Beatriu. Es todo lo que sabemos.

—Y que dos de los cuerpos los encontró Emilio. Eso hay que subrayarlo —explicó Andrés con un cigarro apagado pendiendo entre sus labios.

Iñaki se puso serio de golpe. Sabía que habían metido la pata. Desde las desapariciones había pasado más de un mes. Y pensó en que algo había fallado en las dos búsquedas que se realizaron. Eso sí, en Inglés y Bescanó, no en Amer.

—Es como si alguien hubiera puesto los cuerpos en el camino de Emilio. En Amer.

—Tiene sentido. Él vive allí. Quizás estuvieran allí desde el principio.

El sargento se repantigó en su silla.

—Por eso he ordenado una nueva búsqueda por la misma zona, para encontrar supuestamente el cuerpo de Beatriu y el jodido coche. A menos que ya esté allí el subinspector Ginés, con su bloc de notas en la mano. Creo que lo han destinado desde Barcelona. —Iñaki se mesó el mentón.

Andrés ya había encendido el cigarro con un fósforo. Todavía no había comprado un mechero. Hasta que no se acabaran las cerillas, no.

De pronto se escucharon tres golpes en la puerta y una voz que decía, ¿Se puede?

Iñaki se incorporó en la silla, recto como un palo.

—¡Adelante!

La puerta se abrió lentamente y un rostro con unos pequeños ojillos se asomó por el hueco. Era el cabo Javier, un escuálido joven que llevaba gafas tan grandes como las de una fiesta de despedida de solteros. Tenía el cabello corto, moreno y estaba bien afeitado. Era alto.

—Señor, el subinspector Ginés, creo que ha dicho, que está tratando de llamarle por teléfono pero dice que comunica todo el rato.

Iñaki miró el teléfono. Estaba descolgado.

Y lanzó un gruñido.

—Ya me empieza a picar el grano del culo —dijo—. Puede retirarse cabo.

La puerta se cerró suavemente.

Andrés ni se dio la vuelta.

Todo quedaba registrado. Hacia menos de dos años que habían digitalizado los archivos y ahora Marta tenía acceso a ellos, burlando el sistema de seguridad, que no es que fuera contundente, pues se trataba de la redacción del periódico regional El Punt.

Más difícil era la red interna del servicio de salud.

Una niña de ocho años, ahogada en la piscina de Inglés, rezaba el titular. Y más abajo se veía una fotografía de la piscina en blanco y negro. Tan grande como un portaviones, rectangular y con una profundidad de casi tres metros. La niña se había caído en la parte más profunda, ella, que se llamaba Clara y otra niña que se llamaba Aina, de nueve años. La madre se llamaba Maria Ángels y no había fotografía de ella, pero de él sí; era Emilio. Un joven apuesto, con pelo oscuro, patillas largas, una barba prominente y una buena musculatura. La fotografía lo mostraba casi de perfil, señalando el borde de la piscina donde presuntamente se habían caído las dos niñas. Al parecer, la pareja, Emilio y Maria Ángels, tenían los ojos cerrados mientras tomaban el sol a tan solo unos dos metros del borde de la piscina, sobre el suelo de piedra de color gris y rojo. Cuando ambas niñas se habían sentado a jugar con el agua en aquel fatídico borde. El sol era radiante ese día y sus pequeñas manos movían el agua como dos remos. Hacía calor y sus pequeños cuerpos se estaban tostando bajo aquel implacable sol, cuando Clara perdió el equilibrio y se cayó al agua al tiempo que agarraba de la mano a Aina, que fue detrás de ella en la caída. Los gritos de Aina, al parecer habían sido el causante de que Emilio se alertara. No había nadie más. Eran las dos y media y a esa hora la piscina estaba vacía, comentaba Emilio en la entrevista. Me incliné y vi como el agua salpicaba la piedra del borde y escuché sus gritos. Pero solo los de Aina. Sin pensárselo dos veces aquel joven apuesto de piel blancuzca y pálida se levantó, salió corriendo y se lanzó al agua. Clara estaba

un metro bajo la línea del agua que zozobraba como las olas del mar. Aina flotaba como un perrito y solo asomaba su cabeza empapada y con los ojos más grandes que había visto. Maria Àngels ya estaba en ese momento tratando de meter su brazo dentro del agua, pero ella no sabía nadar, por esto no se atrevió a lanzarse al agua. Mi hija, gritaba y Emilio sacaba a flote a Aina la cual fue recogida por los brazos desesperados de la mujer con una melena hasta los hombros. Rubia entonces. Emilio se sumergió y fue a por Clara. La niña tenía los ojos abiertos como canicas. Parecían inflados y de su boca no salía una sola burbuja. Apenas habían pasado unos segundos. La cogió y con su poderoso brazo la alzó sobre la línea del agua. Para entonces, la pequeña ya no respiraba. Su pelo mojado, los ojos ya cerrados y el agua que salía de su boca hacía pensar en lo peor.

Maria Àngels, la cogió en sus dos brazos, que temblaban como hojas. La puso bocarriba sobre el borde de la piscina y se quedó mirándola sin saber qué hacer.

Cuando el socorrista llegó apenas un minuto después, ya era demasiado tarde.

Clara había muerto.

Marta se echó para atrás con los ojos húmedos y el corazón encogido en un puño. Se llevó la mano a la barriga y le pareció sentir los latidos de su propio embrión. No sé si debo explicarle esto a Andrés pensó, y cuando hubo trascurrido al menos un cuarto de hora, siguió rastreando por los archivos. Buscaba algo más, que encontró con la misma facilidad que lo anterior.

El accidente de tráfico que sufrió Maria Àngels.

—¿Parece que se está haciendo usted el remolón no? —Era la voz de Ginés, que parecía estar cabreado, aunque no tanto como Iñaki.

—¿Por qué debería hacerlo?

Andrés soltó un torrente de humo hacia la bombilla, mientras permanecía en silencio, disimulando no escuchar nada.

Iñaki le hizo un gesto con el ceño que quería decir algo así como; el tío, ese grano del que te he hablado está en la línea.

—Bueno, veamos. Dejemos las diferencias a un lado. Necesito cuanta información disponga usted de las anteriores víctimas en el momento de localizarlas. Antes de que el juez forense diera la orden para levantar el cadáver.

—Eso está en los informes de archivo. Puede usted consultarlos con una solicitud expresa —explicó Iñaki balanceándose en su silla.

El aire se estaba volviendo especialmente irrespirable. Denso y pegajoso.

—No quiero tener que enfrentarme a usted, pero quiero esos informes, ya mismo. No soy hombre de rellenar formularios. Además, el caso lo estoy llevando yo desde ahora. ¿Le parece bien?

Iñaki desde el otro extremo de la comunicación meneó la cabeza como si el subinspector pudiera verlo.

—Creo que deberá cumplir como todos. No hay excepciones. —Iñaki estaba esbozando una sonrisa diabólica bajo su bigote. Andrés lo estaba mirando ahora con sus profundos ojos azules. Una mirada tensa y cómplice.

—Son ustedes tan inútiles que voy a tener que detener yo mismo al asesino. Emilio.

El sargento puso cara de asombro.

Andrés había escuchado, aunque muy débilmente, el nombre de Emilio. Se inclinó hacia adelante.

—Lo siento, me están reclamando desde la otra línea —dijo el sargento y colgó con un golpe seco.

—Vaya. Veo que no te ha sentado bien el desayuno —dijo Andrés mientras escupía literalmente el humo por la boca.

—Ya te dije antes que me había salido un grano en el culo —dijo el sargento poniendo las manos sobre la mesa repleta de papeles amontonados.

—¿Que te ha dicho?

—Que Emilio es el asesino.

Andrés aspiró suavemente del cigarrillo sin dejar de mirar el rostro del sargento.

—Que bien —dijo

La mujer, Maria Ángels, natural de Amer iba embriagada cuando sufrió el accidente de tráfico.

Marta enarcó las cejas ante este titular. Después había leído el resto y la conclusión era clara. Maria Ángels no había superado la muerte de su hija y se había abrazado a la botella de *Whisky*, mezclándolos con los antidepresivos. Un buen día, en el frío invierno y cuando la carretera esta helada y recubierta de placas de hielo, ella le había pisado hasta el fondo, el pedal del gas. Una nube ennegrecida había ascendido desde el tubo de escape como un barco de carbón. La densa niebla dificultaba la visibilidad, pero sus ojos veían cuatro perfiles de la carretera en línea recta. Una recta de más de diez kilómetros, que está a las afueras de Anglés que une con Bonmati. Esa mañana se había bebido casi media botella de whisky y había ingerido cuatro pastillas de Mirtazapina. El Renault ocho, que pertenecía a su pareja, Emilio, sucumbía y vibraba sobre la carretera y las líneas blancas delimitadoras de carril se hacían casi invisibles, como si despegara desde un avión. No había puesto el parabrisas y su pie derecho no dejaba de pisar a fondo el pedal del gas, formándose nuevas y densas nubes de humo por la parte de atrás. Eso visto a cámara lenta, parecería casi gracioso. El metal de la carrocería del

Renault vibraba y hacia extraños ruidos. Pero ella seguía aferrada al volante con sus blancuzcas manos. Los dientes apretados y los ojos desorbitados hasta que sucedió.

Se salió de la carretera y dio cuatro vueltas de campana, arrastrando placas de hielo, tierra y matojos con las ruedas. La chapa de la carrocería del coche se desgranaba a cámara lenta y las ruedas giraban en el aire. Su frente se golpeaba contra el parabrisas, contra el lateral y el techo. No tenía puesto el cinturón de seguridad y su cuerpo, entonces, rechoncha, bailaba histéricamente dentro del coche hasta que se empotró con un enorme árbol que ya no tenía hojas que soltar. El impacto había sido tal que Maria Ángels podría haberse podido clavar como una flecha en el tronco del árbol, pero el destino dibujó un vacío por llenar. Mientras volaba como un proyectil, uno de sus zapatos se desprendió como la mierda de un pájaro cagando en pleno vuelo. Su cuerpo tomaba posturas irreconocibles y finalmente tomaba tierra como un avión estrellándose. Sus dientes se habían quedado clavados en la tierra, mientras su cuello se retorció de forma inquietante. Después su cuerpo tomaba formas extrañas y propias del arte de la Yoga, por las difíciles posturas que tomaba, mientras iba derrapando por el suelo y golpeándose con las piedras y llevándose los matojos helados. Como una pelota corriendo sobre el suelo, pero desinflada. Finalmente, Maria Ángels se había quedado casi incrustada en el suelo, con las piernas en alto, en un ángulo complejo y el cuello torcido. Ella misma habría escuchado crujir cada uno de los huesos de su cuerpo y había acabado cerrando los ojos, hasta que veinte minutos más tarde, el sonido sordo de un motor se caló justo al lado de ella.

Marta había leído el parte médico del Hospital La Trueta de Gerona; tetrapléjica.

Punto final.

Marta respiró profundamente. Ya no había nada más que indagar.

Esta era la última vez que la cagarían, había dicho literalmente Iñaki, cuando Andrés se disponía a cruzar el umbral de la puerta. Había dado una orden de búsqueda alrededor de los lugares en donde habían aparecido las tres víctimas. Esta vez se iban a emplear a fondo y daría un paso más allá que el que pudiera dar el subinspector, su propio sobrino o el propio Andrés.

No tenía contemplado detener a nadie de momento. Lo de Emilio le había sonado a delirios de alguien que quiere hacerse notar, por lo tanto, estaba descartado. Y eso que había dudas en algunos momentos tanto para Iñaki como Andrés.

Andrés había pisoteado hasta dos colillas en el suelo y había dejado sendos manchurroneos negros con la ceniza. No era gris tal y como se lo había imaginado. Cuando pisas uno de esos se queda todo negro. Y lo supo en ese momento, cuando sus ojos lo observaron.

—No te digo que vengas, porque te gusta meter las narices en todo — explicó Iñaki con voz queda.

—Bueno, piensa que yo fui el primer grano en tu culo —Y Andrés cerró la puerta sin hacer ruido.

El sargento sabía a donde iba Andrés.

Por supuesto que lo sabía.

Andrés iba repantigado en la parte de atrás del taxi cuando su teléfono móvil chilló de desesperación más que una llamada. El sonido fue absorbido por el techo espumoso del vehículo y las puertas decoradas, pero aun así fue tan intenso y repentino el timbre de llamada, que el taxista botó literalmente de su asiento, perdiendo momentáneamente el control del volante.

—¡Joder! ¿Eso qué es? —El abuelo, porque era casi un abuelo, tenía sesenta y dos años y más de cuarenta de oficio, se había zafado con el

volante. Tenía el pelo en una melena gris y llevaba barba. Entre sus dientes había bailando un trozo de palillo y sus labios estaban secos, con cortes superficiales y algo de piel despegada. Vestía una camisa blanca y un pantalón de pana. Nada más horrible que eso. Mojado, pesaría unos cuarenta y cinco kilos. Andrés tuvo sus sospechas de si aquel hombre estaba ya en las últimas. Y lo más importante de todo; tenía hemorroides.

—Es mi teléfono —dijo Andrés al tiempo que pulsaba el botón de descolgar.

—¡Pues toda la sangre me ha ido a parar a mis almorranas! —rezongó el abuelete con una voz quebradiza.

—¿Te pillo en mal momento? —Le preguntó Marta queriendo decir todas las palabras al mismo tiempo.

—A mí no, pero al taxista creo que se acaba de hinchar una hemorroide —explicó Andrés con un rictus en los labios, algo impropio de él.

El taxista vio la cara de Andrés reflejada en el retrovisor.

—¿Adónde había dicho que quería ir? —La voz del taxista que se llamaba Ismael, sonaba ahora más desgarrada, como si de repente se hubiera bebido un chupito de whisky y le hubiera quemado la garganta.

Andrés miró al retrovisor, donde podía contemplar los ojos oscuros del taxista y dijo;

—Usted vaya en dirección a Amer. Ya le diré dónde debe pararse.

—¿Estás de camino a Amer? —inquirió Marta desde el otro extremo de la línea.

El tubo de escape del taxi producía extraños estampidos como si una matraca de cohetes se hubiera introducido por el hueco del tubo.

—Tengo que acabar con todo esto. Anoche apareció la tercera víctima. Emilio la encontró y ese hombre enfermo como está nos lleva la delantera. A mí y a todo el cuerpo de las diferentes categorías. Ahora creo que están de camino igual que yo. No sé realmente lo que busco.

Marta no pareció sorprendida, quizá porque tenía urgencia por contar lo que aquella mujer había sufrido en su vida.

—Pues yo poco puedo aportar, salvo detalles de la vida de Emilio y sobre todo, de esa pobre mujer, Maria Ángels. —Un súbito silencio se hizo de pronto, rozando lo absurdo, quizá como si hubiera olvidado algo o quizá como si hubiera dicho algo que no debía. No era ni lo uno ni lo otro.

—Lo que puedas decirme es bastante para mí, ya lo sabes hija —La voz de Andrés no dejaba de sonar grave y Marta se lo podía imaginar con una estela de humo delante de sus ojos claros y pudriéndose lentamente por dentro.

—Está bien. He estado mirando, bueno, curioseando sobre la vida de Emilio y sobre todo de Maria Ángels y te puedo decir que es una verdadera mártir de este mundo. Esta mujer tenía una hija llamada Clara de corta edad de su anterior matrimonio, un alcoholizado como mi padre que se murió de cáncer de pulmón. Emilio venía de otro matrimonio martirizado cuando conoció a Maria Ángels. He descubierto que Emilio se llevó a vivir a su hija Aina con ellos, junto a Clara, mientras que de su hijo no se habla nada. Al parecer se fue con sus tíos de Jaén. El caso es que Clara murió ahogada en la piscina de Anglés. Mientras jugaba sentada en el borde la piscina, con Aina, en un mal momento resbaló y se cayeron ambas al agua. Emilio consiguió salvar a su hija Aina, pero para Clara la cosa fue peor. Murió casi de inmediato. A partir de ahí, Maria Ángels se sumió en una profunda depresión que la llevó al alcohol, y meses después, en el invierno, tuvo un accidente de coche, motivo por el cual está en una silla de ruedas. Es todo lo que he podido saber y me da mucha pena. Ahora esto.

Andrés en el nuevo silencio que se produjo, sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios. El taxista se quejó haciéndole señas por el retrovisor, pero el fósforo prendió al cigarrillo que empezó a humear como una chimenea.

—¿Sabes que le ha llevado a la silla de ruedas? —preguntó finalmente Andrés.

—No. La verdad es que no, pero supongo que será una lesión medular y algo más. Sufrió un terrible accidente que la dejó inválida.

—¿Has conseguido el informe médico?

—No, pero puedo hacerlo si lo han escaneado alguna vez. Puedo mirar sus visitas al médico de cabecera también.

—No servirá de nada, pero hazlo si puedes, hija. —La frente de Andrés se arrugó como un pergamino. Y el humo siguió empapando el techo del taxi.

Sabía que todos los inspectores, subinspectores y demás galimatías estarían en los alrededores de la casa de Emilio, cuando él llegase. El taxista conducía muy lento.

Demasiado lento.

Y por eso Andrés, ennegreció sus pulmones con una docena de cigarrillos más.

66

Vestido con un pantalón vaquero, un jersey de lana gris y un chaleco azul oscuro, tan negro como ese día. El subinspector Ginés casi golpeó con sus duros nudillos la puerta de madera que se caía a cachos. Y descubrió, antes de que esta se abriera, que tenía al menos dos colores diferentes.

La cara desconcertada y de ojos hundidos siguió al chirrido de las bisagras. Del interior, el comedor escupió una bocanada de aire caliente y con un olor a agrio. Ginés se retractó en un primer momento y se mantuvo callado, para no abrir la boca. Había dejado de respirar. En un segundo el viento que provenía de los árboles, se llevó consigo el calor y aquel fastidioso olor.

—Hola, soy el subinspector Ginés...

—Ya sé, quien es —le cortó Emilio y bajando el brazo que estaba a la altura del pomo de la puerta, se dio la vuelta y caminó hacia el sofá—. ¿Ha encontrado ya a mi sobrina?

—En realidad debería yo preguntarle a usted, ¿recuerda donde la ha

enterrado o dejado abandonada?

Maria Àngels que para variar se encontraba en medio del comedor, postrada en su silla de ruedas, abrió la boca en una O perfecta.

—Emilio —dijo, sin más.

Esta vez, y solo esta vez, en las manos del subinspector no había ni bolígrafo ni bloc. Su aspecto estaba deslavazado esa mañana. Vaya un engendro pensaría Andrés si se lo encontrase cara cara. Si no fuera por el chaleco y la identificación, le habría señalado con el dedo; tú eres el asesino.

—¿Sabe usted como es el proceso de incineración? —La pregunta la había formulado Emilio. Ginés sintió un deseo explícito de esposarle allí mismo, creía que se estaba riendo en su propia cara, pero al parecer, no habría movido ni un solo dedo en leer el historial de Emilio.

—Nunca me ha preocupado ese tipo de cosas. Yo me dedico a coger a los malos de la película. —El subinspector soltó una maliciosa sonrisa. Daba la impresión de que ni se había lavado la cara.

—Usan un ataúd altamente inflamable en cuyo interior no existe aire. Una vez que el ataúd corre por los rodillos y se coloca en el centro del horno se procede a cerrar la puerta y esperar a que se eleve la temperatura allí dentro. Para ello, hay varias lenguas de fuego que lamen el ataúd y que van creciendo de tamaño hasta que el ataúd se prende. La temperatura va en aumento de veinte grados a trescientos antes de que la caldera del Oveerlook estalle. Lo primero en quemarse son el vello y el pelo que viene ser lo mismo. Después, se van quemando las primeras capas de piel hasta llegar al musculo. Es después de la séptima capa de piel que el cuerpo está completamente rojo. Las venas superficiales se hinchan y estallan arrojando ingentes cantidades de sangre negruzca, aunque toda la sangre esté toda depositada en la espalda del muerto. A partir de ahí se va quemando el musculo que va encogiéndose lentamente y soltando la grasa que dicho sea de paso, se evapora. Ahora los ojos se hinchan y explotan y las uñas se prenden como mecheros. No mucho más tarde toda la musculatura ya se ha consumido y le llega el turno a los intestinos, riñones, pulmones y corazón entre otros. Estos se hinchan y explotan, para contraerse de nuevo y evaporarse dentro de la vorágine de

fuego que ahora ya ha sobrepasado los mil grados. Conforme el calor aumenta más y más, se quedan los huesos limpios y secos, pero tan blancos como sus jodidos dientes. El ataúd ya no existe y el núcleo del fuego deja de ser alimentado hasta extinguirse como una bombilla al fundirse. Tras dejar enfriar los huesos, estos se sacan y se trocean con un mazo. Después en trozos muy pequeños, se pasa por una trituradora que es la que genera la arenilla. Adivino a que no lo sabía usted.

El subinspector Ginés se había quedado estupefacto. Entre la calle y el comedor, con un pie dentro y otro fuera. Sin temblar. Sin titubear, pero asqueado.

—Que mente más enfermiza —murmuró.

—Oh, señor. No le haga mucho caso a mi marido. Está enfermo — explicó Maria Ángels acercándose al subinspector, haciendo girar las grandes ruedas de su silla—. Pase y coja algo de calor. No se quede ahí fuera señor...

—No hace falta señora, estoy aquí por otros motivos.

—¿Para buscar a mi nieta? —preguntó desde la distancia Emilio sin dejar de mirar el suelo. Postura que había mantenido desde el principio, como si tuviera la mirada perdida en una fila de hormigas.

—¿Cómo lo sabe? —Ginés se movió hacia adelante. Por Dios que deseaba esposarlo. Cada vez creía más en la tesis de que él era el asesino.

—Es lo único que les falta por hacer, ¿verdad?

El subinspector se detuvo y sus ojos inyectados en sangre se relajaron mostrando su cara más amable.

—Bueno, eso es lógico. —Ginés había pensado que después de todo, Emilio tan solo seguía una lógica. S'-i, eso era lo único que faltaba. Encontrar a su nieta—. Pues voy a ello.

—Les deseo mucha suerte —dijo Maria Ángels con los ojos húmedos. De una parte hacia aquí estaba bastante sensible y no sabía porque, dado que siempre se las había dado de mujer dura. Aunque le dieran asco todas las mañanas y vivir cada día sin su hija Clara, fuera un infierno.

El subinspector no contestó.

Al darse la vuelta y disponerse a bajar los cuarenta escalones se dio de bruces con el rostro del sargento Iñaki.

—¡Vaya! Mira a quien tenemos aquí —dijo jocoso Iñaki. Subir aquellas escaleras ya no le agotaba tanto y su respiración se mantenía pausada.

El subinspector lo miró a los ojos y agachó la cabeza mientras empezó el descenso.

—Me voy a hacer los deberes que ustedes nunca terminaron —dijo cuando ya había bajado cinco escalones. Iñaki estaba de espalda.

—Sera cabr...

—¡Hola sargento! —le interrumpió Maria Àngels con una cómica sonrisa dibujada en su demacrada cara.

67

El teléfono de Andrés sonó de nuevo y aunque el taxista ya lo había escuchado antes, era como si lo hiciera por primera vez. El salto en el asiento le hizo agarrarse con fuerza al volante al tiempo que apretaba los dientes y sus ojos se manifestaban como dos bolas gigantes a punto de caérseles rodando delante del indicador de velocidad.

—¡Joder, con el puto teléfono!

Andrés que en esos momentos no fumaba, impropio de él, contuvo una risilla y descolgó el teléfono pegándoselo a la oreja. En los altavoces del coche, susurraba el grupo flamenco Camela.

—Dime hija. —Andrés sabía que había averiguado algo, mientras el sol se preparaba para culminar el día en las próximas horas.

—No han escaneado los resultados de la intervención quirúrgica ni su

registro de entrada en el Hospital Trueta, aunque eso es algo que es real, porque el accidente si aparece en el periódico regional. Sin embargo si he podido encontrar sus constantes visitas al centro de rehabilitación desde el año 1989. En ninguno de ellos se ve un progreso positivo. Incluso es tratada por una fuerte depresión. Creo que todavía hoy por hoy sigue estando en tratamiento por ello. La pobre mujer no ha superado el trauma.

—¿Hay alguna cosa más?

—Bueno si, que ha sido tratada por el doctor Andreu, que casualmente era su hermano, hasta que falleció hace dos años.

—¡Vaya! Todo queda en familia. Su traumatólogo era su hermano y su psiquiatra, su segundo marido.

—¿Te dice algo eso papá?

—Creo que no.

Y colgó.

68

Se habían desplazado casi una docena de agentes de la Policía Nacional, el subinspector Ginés y ocho Mossos d'Esquadra, capitaneados por Jordi; que ahora era inspector. La benemérita con sus seis hombres también estaban allí. El sargento Iñaki había subido a casa de Emilio para informarle de que no pasaría de ese día, en el que no encontrasen a su nieta y el jodido coche. De paso, también, algunas pruebas que apuntaran a alguna dirección.

—¿De veras no sabría decirme usted si algún paciente suyo cuando ejercía le podría haber cogido manía? —Le había preguntado Iñaki desde la puerta, antes de volver a bajar los dichosos cuarenta escalones. Aquello parecía el tronco enorme de un árbol por la inclinación que tenía.

Emilio había contestado que ya no recordaba nada.

—¡Vaya por Dios! —había exclamado Iñaki y le daba la espalda.

Maria Àngels, con los ojos llorosos había cerrado la puerta extendiendo su largo brazo.

Al acabar de bajar todos los escalones, Iñaki vio entrar en la explanada un taxi que resoplaba por el tubo de escape y que venía acompañado con una capa de barro salpicado en la parte de atrás, desde donde a través del hueco de la ventanilla, escupía humo como si allí dentro se hubiera incendiado algo.

—Andrés —dijo.

69

Marta no podía hacer nada más que esperar. Desde un ordenador no podías seguir el rastro de una víctima ni ver con unas cámaras instaladas en un dron, al asesino, arrastrando el cadáver por el camino, el lago o la calzada de la carretera. Su mente estaba ahora vacía y sus dedos, quietos. La pantalla del ordenador le miraba a ella con miles de ojos ocultos. No había nada.

Salvo esperar.

70

—¿Qué? ¿De excursión? —inquirió Andrés mientras se encendía el cigarrillo atrapado entre sus labios. Una cortina de humo tapó su mirada seria.

—Sí, tengo el bocadillo en uno de esos coches y una cerveza. —Señaló Iñaki a toda una serie de vehículos de todos los colores que estaban aparcados en la explanada, junto a la casa de los cuarenta escalones.

Andrés escupió al suelo con un fuerte ruido en su garganta.

—Supongo que por fin os ha dado la gana de buscar a fondo en este jodido bosque, ya que al parecer, todas deberían estar aquí escondidas en alguna parte. Bueno, ahora solo queda la pequeña.

—De todas formas lo hubiéramos hecho tarde o temprano ya que todo apunta a que fue Aina la asesina de sus dos tías y su propia hija. Después se suicidó ella.

—¿Y qué te hace pensar en eso?

—Los informes de las autopsias y el contraste de los resultados. Aina lleva menos tiempo, muerta, que sus dos tías. Ahora sospechamos que su hija tiene que estar en alguna parte de este jodido bosque o quién sabe, dentro de la zona del pantano.

—¿Eso es lo último que sabe?

—Sí, claro. ¿Por qué lo dice? —Iñaki estaba caminando ahora hacia el que era su vehículo, mitad verde, mitad; blanco.

—Por nada. Por conocer la última hora.

—Todos los cadáveres siguen en la morgue y se están realizando nuevas investigaciones sobre las pocas pistas de las que disponemos. Pero una cosa ha sido tajante, las huellas y el ADN analizado en cabello e incluso en un trozo de uña, son de Aina.

—¿Un poco rápido para contrastar el ADN verdad?

El sargento dejó de pisar la gravilla que rechinaba bajo sus pies.

—¿Qué insinúas?

—Nada. —El humo del cigarrillo tapaba el rostro de Andrés, que permanecía quieto, junto al lado del taxi que seguía escupiendo humo grisáceo por el tubo de escape.

—Si dejas de fumar ahora mismo, tu sistema se recuperará de forma asombrosa antes de 24 horas. En realidad a los pocos minutos de hacerlo, la tensión arterial bajará y el pulso se normalizará. En esas 24 horas, el monóxido de carbono ha desaparecido del organismo y los pulmones empiezan a trabajar para eliminar las partículas acumuladas. Cada cigarrillo que consumes te deja 1 mg de nicotina en sangre, de modo que cuanto más seguido fumes, más cantidad de nicotina te quedará en sangre y el proceso

ahí, podría prolongarse hasta varios días. El cuerpo es muy sabio. Si por el contrario sigues fumando, lo más probable es que te mueras de cáncer. Eso lo sabe todo el mundo. —Era la voz rasgada de Emilio. Había aparecido de la nada como un fantasma y había tenido tiempo de escuchar casi todo antes de soltar esta perorata.

—¡Joder! Es usted todo un elemento. ¿De dónde ha salido? —Le preguntó el sargento apoyando una mano en el frío capó de su vehículo.

—De mi casa.

—Ya, ya, pero no lo había visto. Como se supone está usted...

—dígallo. —Emilio lo miraba con unos ojos inquietos—. Diga que estoy loco o mejor aún, que soy el principal sospechoso como dice el nuevo.

—¿Qué nuevo? ¡Ah, ese! —Iñaki había caído en la cuenta del subinspector Ginés. Esbozó una sonrisa—. Si lleva mucho tiempo detrás de nosotros habrá escuchado que todo apunta a su hija.

—Eso es imposible —dijo Emilio sin inmutarse. Estaba de pie, a un metro de ellos. Andrés con la cabeza gacha encendiendo otro cigarrillo, estaba a su izquierda. Iñaki, al frente.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello? —Iñaki se estaba empezando a mosquear y pensó solo por un instante que quizá el subinspector tendría razón...

—Mi hija amaba la vida. Quería a su familia. Excepto a su hermano. Él es quien está de todo esto. Estoy seguro.

Andrés levantó el mentón ligeramente y recordó todo lo que le había explicado Marta de Eduardo, su hijo.

—No puede usted afirmar eso de forma tan contundente —dijo Iñaki apoyándose ahora con el culo en el borde del coche.

—Ni los resultados del ADN son tan concluyentes en tan poco espacio de tiempo. Hay veces que hasta una prueba de paternidad tarda más de dos días.

—Pero las huellas son de su hija —intervino Andrés con su grave voz. Emilio lo miró fijamente—. Aunque yo también pienso que ella no es la asesina.

Esto desconcertó todavía más al sargento.

—Es usted muy listillo, ¿verdad? —Iñaki se estaba mesando el bigote y cuando lo hacía es que estaba empezando a cabrearse de verdad. Las nubes se apoderaron del cielo ya casi oscuro y la lluvia empezó a caer débilmente.

—¿Por qué lo dice? —Emilio había cambiado el timbre de su voz.

—Por sus sugerencias.

—No recuerdo haber dicho nada.

Iñaki se llevó las manos a la cabeza.

Andrés mientras tanto, aspiró de su cigarrillo. Tenía una mosca cojonera rondándole por la cabeza. Creía saber quién estaba detrás de todo.

De repente, el intercomunicador de Iñaki empezó a carraspear como una vieja radio de los años cincuenta. Todos los ojos se fijaron en el pequeño dispositivo que tenía sujeto en uno de los bolsillos del chaleco.

—Iñaki. Soy yo, Jordi. Creo que hemos divisado un vehículo a la orilla del pantano, parece ser de color negro. Está cubierto de barro.

—Que compadreo, un inspector de los Mossos d'Esquadra utilizando la vía de comunicación de la Guardia Civil —dijo Andrés con unos ojos brillantes.

—¡Joder Jordi, no puedes usar este canal! —vociferó el sargento al tiempo que pulsaba un botón lateral del transceptor—. ¿Es que mis hombres se han caído por algún terraplén?

—Tío, solo quería informarte...

—Está bien chico, gracias. —Con el intercomunicador pegado a la boca y un poco más tranquilo, añadió—. ¿Dónde cojones, estáis?

—Al final del mismo camino, a unos tres kilómetros. Hay un caminito

estrecho que lleva a una de las orillas del pantano.

—Joder, se nos había pasado la otra vez —reconoció Iñaki y se tapó la boca con la mano—. ¿Qué dice el subinspector?

—Que sois unos inútiles.

—Me cago en... —Pero no terminó la frase.

Andrés escupió la colilla. Tenía los hombros húmedos y helados. Su cabello corto brillaba bajo las sombras de un atardecer sombrío. Cada vez cobraba más fuerza su hipótesis, que todavía no había formulado. El asesino estaba cerca de ellos. Detrás de sus cogotes. Muy cerca. Demasiado, y estaban ciegos.

El taxista había apagado el motor y el humo desapareció con el viento. Se difuminó y finalmente se hizo impoluto. Sus dedos cadavéricos seguían aferrados a un volante inmóvil, frío. Emilio se había quedado sin memoria. Ahora estaba callado, pero sus ojos estaban inquietos. Era como si algo en su interior se estuviera retorciendo de angustia. No hablaba. Andrés estaba apurando la última cajetilla de cigarrillos que le quedaba y los últimos fósforos. Estaba pensativo, con buen temple, aguantando la llovizna y el frío.

Maria Àngels estaba llorando en el pequeño rellano de un metro cuadrado que tenía delante de la puerta. Arriba, a cuarenta escalones sin poder moverse ni sobre su silla de ruedas. Sus delgadas piernas habían perdido, masa muscular a través de todos los años que había pasado postrada en la jodida silla. A pesar de las múltiples rehabilitaciones, no habían servido para nada. Había escuchado al sargento. Su voz era grave y lo suficientemente fuerte como para que sus agudos oídos los escucharan. Parecía que el fin estaba llegando, pero ¿estarían cerca del asesino?

No lo sabía.

Así que esperó y esperó mientras las gotas de la lluvia la cubrían con un

manto helado.

Mientras Emilio se mordía los labios.

72

El coche, un Citroën C3, estaba con medio morro metido en las frías aguas del pantano y el resto con las ruedas hundidas en la arena, al borde de la orilla, como si esta fuera un monstruo gigante que estuviera abriendo la boca para tragarse el coche.

Una buena parte del grupo de búsqueda estaba pululando por alrededor, sin tocar nada y, por supuesto, estaba el subinspector Ginés tomando notas.

—¡Al fin el jodido coche! —vociferó Iñaki mientras aguardaba una distancia prudencial, para no borrar huellas. Ni siquiera los demás agentes se habían acercado y estaban rodeando el vehículo como moscardones a una mierda, mientras sus voces se elevaban por encima del sonido del viento.

—¿Este es el coche que andaban buscando? —inquirió el subinspector Ginés con muy mala leche, mientras seguía apuntando cosas en el bloc.

Iñaki no le contestó al momento.

Se tomó su tiempo.

—Me parece que usted y yo no vamos a hacer muy buenas migas, ¿verdad? —Los dedos de la mano derecha de Iñaki mesaban el bigote en un extremo de forma tranquila, aunque en su fuero, el corazón estaba desatado como una yegua.

—Que va hombre, seremos muy buenos amigos a partir de ahora. Ahora solo queda esperar a confirmar los resultados que encontremos en el volante o en el cambio de marchas de este coche, para determinar la autoría de Emilio. Ese que se hace el loco y que ustedes no son capaces de desenmascarar. —Ginés le mostró una estúpida sonrisa.

Pero se estaba equivocando, porque las cosas darían un terrible giro

inesperado.

Con la ayuda de unas linternas descubrieron algo.

El hombre ataviado con una funda blanca se había dispuesto a abrir la portezuela del vehículo cuando la vio.

—¡Aquí hay alguien!

Todos los agentes de los diversos cuerpos de seguridad y de homicidios, levantaron la cabeza como una manada de polluelos hambrientos que esperan con el pico abierto, la comida que les trae su madre.

—¡Dios! Ha aparecido —musitó Iñaki con los ojos desencajados. Sus menudas manos se sujetaron con los pulgares dentro de su cinturón, a la altura de sus huevos.

—Se trata de un niño o una niña, por el tamaño del cuerpo —explicó el hombre de blanco. Sus ojos, tras unas mascarillas, como los de un buzo, se abrieron inquietantemente al tiempo que se acercaba al cuerpo con una mano extendida. El sol aunque oculto detrás de unos nubarrones, se conocía que iba a acostarse tras las montañas rocosas una vez más. Los focos de las linternas se dirigieron hacia el interior del vehículo.

—Está bien, quiero que me diga cómo está el cuerpo —dijo Ginés al tiempo que agachaba la vista de nuevo hacia el bloc de notas. Tenía el semblante serio y había desaparecido toda sonrisa de su cara.

El hombre de blanco, que era alto y delgado y del cual no se podía adivinar nada más, tocó con el guante lo que era una bolsa de plástico sobre la cabeza del cuerpo y empezó a explicar el estado del cuerpo analizado.

—Tiene una bolsa de plástico en la cabeza. El plástico está todavía intacto, aunque ya sabemos que no es biodegradable. Puedo ver sus ojos. Están blancos, acuosos y tiene la cara hinchada. Por el cabello largo diría que es una niña. No veo todavía protuberancias en los pechos. Tiene el cuerpo hinchado y lleno de gusanos. La boca está abierta y la lengua ennegrecida. La humedad y el frío la han mantenido así. El proceso de descomposición no se ha acelerado mucho, teniendo en cuenta que podría llevar así un mes o algo más. Sus manos están hinchadas, purpúreas y las uñas están rotas. Alrededor

del cuello hay una cuerda atada al reposa cabezas del asiento. Ha sido estrangulada desde la parte de atrás. Aquí tienen huellas por todas partes. Huellas de sangre, dactilares y cabello.

El sargento tenía ahora la mano sobre el pecho y tenía ganas de vomitar. Él sabía que se trataba de la nieta de Emilio. El enigmático hombre. Sabía que era Beatriu.

—Pues analicen todas las huellas. Quiero un informe completo. Creo que puedo resolver este caso mañana mismo si se dan prisa.

Junto al hombre de blanco se le unió otro más. Con el cabello gris y las mandíbulas anchas. Era algo más bajo que su compañero y se estaba poniendo los guantes blancos.

Mientras tanto el subinspector Ginés seguía apuntando cosas con un bolígrafo que no titubeaba.

Y la noche seguía avanzado lenta y ociosamente en aquella estación de otoño.

73

Sonó la chicharra y Emilio despertó del coma profundo en el que estaba bajo la lluvia, abriendo espantosamente los ojos. Tenía los labios apretados, con la forma de un ano. Sus ojos apagados, miraron el bolsillo de la gabardina de Andrés. Este hundió su áspera mano y tras dos chillidos más del timbre del teléfono móvil, lo alzo como a un gatito.

En la llamada entrante ponía; panza.

Andrés enarcó las cejas.

—Acabamos de encontrar el cuerpo de Beatriu, dadas las descripciones. Tiene el cabello rubio o quizá castaño. Está dentro del jodido coche de su madre. A la pobre la han estrangulado. —La voz de Iñaki sonaba como un susurro. Y es que en realidad estaba hablando bien bajo, apartado de

toda la multitud que tomaban fotografías, obtenían huellas y confirmaban el cadáver.

—¿Estás escondido entre unos matorrales?

—Joder Andrés, no estoy de broma. No quiero que el subinspector se entere de que tú estás metido en todo este meollo. Ya sabes, estás de vacaciones y no te corresponde meter las narices en todo este asunto, pero en el fondo me caes bien.

Andrés no soltó ninguna risita. El cigarrillo seguía pendiendo de sus mojados labios y el humo casi desaparecía bajo la fuerza de la lluvia.

—Vaya, ¿te has enamorado de mí?

—Joder Andrés. Dime si su nieta tiene el pelo rubio o clareado. Si es que recuerda algo el atolondrado ese, que por cierto según el subinspector va a detener hasta que concluya la investigación.

—Yo tengo una idea mejor —dijo Andrés con su áspera voz.

Emilio lo estaba mirando fijamente a los ojos.

—Déjate de tonterías, pregúntale el color de su cabello.

Andrés miró abiertamente a Emilio y dijo;

—¿Tu nieta es rubia?

Emilio hundió sus raquílicas manos en los bolsillos de su chaqueta marrón que ahora era una sombra oscura bajo la mezquina luz de fachada de la casa.

—Querrás decir, era rubia, porque ahora está muerta. Ya no está entre nosotros.

Pero Andrés sabía que a pesar de todo, Emilio no era el asesino. Al fin y al cabo si la habían encontrado después de un mes, desaparecida, que otra cosa quedaba esperar; muerte. Y eso lo dejaba todo en el mismo sitio que al principio.

—Sargento, es ella —dijo Andrés escupiendo al mismo tiempo la

boquilla húmeda. Esta vez a la colilla no le siguió la estela de humo.

—Hay muchas huellas dentro del jodido coche. Mañana saldremos de dudas...

—Dígale al sargento que las huellas serán las de mi hija Aina —acució Emilio a viva voz.

—¿Qué? ¿Cómo sabe eso? —Iñaki lo había escuchado perfectamente. Era la voz de Emilio en la distancia. Quizá un metro. Y así había sido, y por un largo e intenso momento pensó que Ginés tendría razón.

—No le haga mucho caso —dijo Andrés mirando a Emilio. El hombre que caminaba solo, tenía una cara de espanto grabada a fuego. Sus ojos se habían reducido ahora a dos olivas oscuras—. Yo sé quién es el asesino.

Y colgó.

74

Cuando hubieron subido los cuarenta escalones dichosos, Andrés y Emilio se encontraron con la puerta abierta y la luz del comedor apagada. En el centro se vislumbraba la silla de ruedas; pero había algo extraño en ella, que ambos repararon de inmediato.

—Sí, he sido yo —dijo una voz aguda en el fondo del comedor que estaba en plena oscuridad. Solo se veían las tinieblas de la noche—. ¿Por qué narices instalan los interruptores de la luz tan altos?

—Para que tú te levantes de la silla de ruedas —explicó Andrés escrutando la oscuridad.

Emilio se giró hacia Andrés con cara de sorprendido.

—Ella no...

—Sí, imbécil. Para que yo me levante de la jodida silla de ruedas cuando tu no estás. Cuando tú estás caminando solo por el bosque. Cuando

sales a recordar a tu hija y a las otras. Pero sobre todo, a tu hija. A tu jodida hija que salvaste de ser ahogada, pero no a la mía. Eso nunca te lo he perdonado.

Entonces de pronto, se encendió la bombilla que colgaba del techo y fue como un relámpago en medio de una tormenta, solo que era una luz opaca, amarillenta.

Ella estaba de pie.

—Desde un primer instante sospeché de usted —dijo Andrés—. Así que en su honor, voy a fumarme el último cigarrillo que me queda. Creo que tengo dos cerillas en la caja.

—Maria Ángels. ¿Cómo es que estás de pie?

—Mejor dime con cuántos hombres he estado además de, contigo, y pregúntame por qué las maté a todas. Y sobre todo como disfrute casi cortándole el cuello a tu nieta con esa áspera cuerda que están analizando ahora esos estúpidos.

Emilio entró en el salón despacio. Casi de puntillas.

Andrés permanecía bajo el marco de la puerta. Ya no le importaba mojarse más. Encendió la cerilla y prendió el cigarrillo. El humo le embriagó y se sintió bastante bien con ello.

—No te acerques Emilio. Nunca me has gustado. Y menos desde aquella fatídica mañana y si, sufrí un accidente que me dejó en silla de ruedas, pero ya ves, tenía un buen médico que me susurró en cierta ocasión que lo que yo tenía era reversible. Que me iba a recuperar. Y aquí estoy. Ya he realizado todo el trabajo sucio y puedo respirar tranquila. Es solo una venganza. Quitarte lo que más has querido en esta vida. No te lo tomes a mal, porque dentro de un rato a lo mejor ya no te acuerdas. Eres un viejo enfermo y deprimente.

Maria Ángels caminó hacia el centro del comedor.

—Ya sabes que se te ha acabado el tiempo —explicó Andrés.

—Sí, lo sé. Y estoy preparada para ello, pero nunca me tendréis viva.

Emilio abrió la boca al tiempo que Andrés levantó la mirada del cigarrillo humeante.

—¿El viejo truco del cianuro? —Andrés se había anticipado.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Entonces tienes una cápsula en la boca que se está humedeciendo con la saliva y que liberará cianuro una vez se rompa dentro de tu boca? —La voz de Emilio lejos de ser seductora o sedosa, estaba temblando.

—Siempre aciertas en todo, pero se te han pasado varias cosas, viejo genio, egoísta y repugnante —acució Maria Ángels—. No es exactamente eso lo que tengo en la boca. Habéis fallado los dos. He calculado bien y he ingerido con champán para celebrarlo, dos cajas de Diazepan. He contado cada una de las malditas pastillas, como si fueran los días que he vivido sufriendo. Es suficiente con eso.

—Entonces entrarás en un sueño profundo y si no llegas a tiempo, pasaras al coma y después los latidos del corazón serán cada vez más lentos hasta el fallo total —explicó Emilio con los ojos llorosos. No por ella, sino por lo que había hecho con su hija, con su nieta y con sus dos hermanas—. La verdad es que no te echaré de menos.

—Ni yo a ti —dijo ella y empezó a marearse.

Emilio siguió en el centro del comedor. Sin moverse.

Andrés siguió fumando mientras alzaba el teléfono.

—Iñaki, necesito una ambulancia que no disponemos —dijo.

—Morirá —añadió Emilio mirándola fijamente. Sus ojos soltaron dos lágrimas que resbalaron por su mentón, calientes. Y cerró los ojos para recordar a su hija, su nieta, a sus hermanas y a pensar cómo lo había engañado.

Y mientras Andrés colgaba el teléfono, ella se iba mareando hasta sentirse entumecida. Se le había dormido la lengua y solo pudo decir una

cosa.

—Jódete.

Su cuerpo esquelético resonó como una bolsa de piedras sobre el suelo.

La ambulancia llegó demasiado tarde.

Eso estaba bien para Emilio, el cual volvió a perder la memoria.

—¿Quién es ella? —preguntó mientras los dos hombres con chalecos rojos trataban de reanimarla—. ¿Quién es ella?

Y fuera la lluvia seguía su curso en un otoño frío.

Andrés contemplaba ahora la lluvia y escuchaba el particular sonido de las gotas al estrellarse en la tierra, y el aroma a tierra húmeda le impregnó los pulmones; mientras se mordía los labios porque no le quedaban más cigarrillos.

75

—¿Quién iba a imaginarse eso? —inquirió Marta mientras sus dedos se enredaban en su pelo—. No quiero ni pensar cómo se quedaría la cara del sargento y del subinspector ese.

Andrés encendió otro cigarrillo y el humo fue arrastrado por una corriente de aire. Había pasado la máquina del tren y estaba frenando con un estruendoso chillido en sus ruedas metálicas. Era su tren.

—Ya ves hija. La liebre salta de donde menos te lo esperas —dijo Andrés mientras intercalaba una calada al cigarrillo. Sus ojos claros estaban observando la belleza de su hija adoptiva. La abrazó y le susurró algo en el oído—. Quiero que me consigas un parte médico hospitalario del Trueta como que he estado, estos tres días, con una gastroenteritis. Si no, me lo van a descontar del sueldo.

Marta le dijo que eso estaba hecho.

Y le besó en la mejilla.

—Te quiero papá —dijo.

—Y yo también, hija. Ya te lo dije la última vez en este mismo andén. Una mañana fría como hoy aunque esta vez solo hay agua. —Andrés apartó la cara y le mostró lo que nunca sabía hacer; una sonrisa.

—¡Oh! ¡Cuánto te echaré de menos! —exclamó Marta abrazándolo con todas sus fuerzas.

—Tengo que irme cariño —dijo Andrés y se separó suavemente de ella, mientras la observaba, como los ojos de ella estaban húmedos.

Sus ojos en cambio, estaban escondidos detrás de una cortina de humo.

Como siempre.

FIN

Biografía del autor

Creí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. En Amazon ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom" la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El frío invierno", "Otoño lluvioso" y "La primavera de Ann". Pero no serán las únicas que pretendo publicar este año.